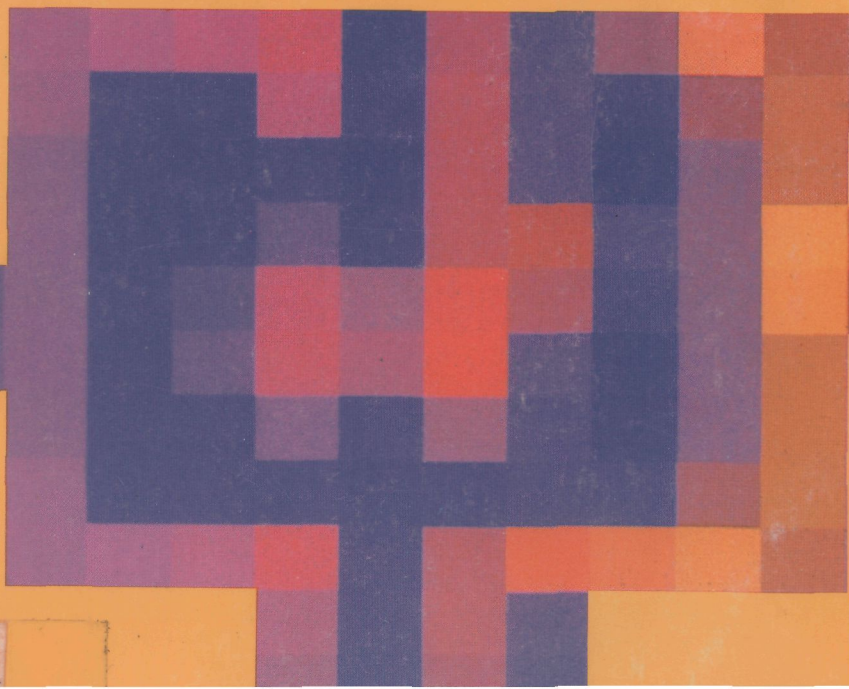


Jean-Pierre Charlier

JESÚS EN MEDIO DE SU PUEBLO I



1. MARTIN HENGEL: *Propiedad y riqueza en el cristianismo primitivo.*
2. JOSE M.º DIEZ-ALEGRIA: *La cara oculta del cristianismo.*
3. A. PEREZ-ESQUIVEL: *Lucha no violenta por la paz.*
4. BENOIT. A. DUMAS: *Los milagros de Jesús.*
5. JOSE GOMEZ CAFFARENA: *La entraña humanista del cristianismo.*
6. MARCIANO VIDAL: *Ética civil y sociedad democrática.*
7. GURMERSINDO LORENZO: *Juan Pablo II y las caras de su iglesia.*
8. JOSE M.º MARDONES: *Sociedad moderna y cristianismo.*
9. GURMERSINDO LORENZO: *Una Iglesia democrática (Tomo I).*
10. GURMERSINDO LORENZO: *Una Iglesia democrática (Tomo II).*
11. JAMES L. CRENSHAW: *Los falsos profetas.*
12. GERHARD LOHFINK: *La Iglesia que Jesús quería.*
13. RAYMON E. BROWN: *Las Iglesias que los Apóstoles nos dejaron.*
14. RAFAEL AGUIRRE: *Del movimiento de Jesús a la Iglesia cristiana.*
15. JESUS ASURMENDI: *El profetismo. Desde sus orígenes a la época moderna.*
16. LUCIO PINKUS: *El mito de María. Aproximación simbólica.*
17. P. IMHOF y H. BIALLOWONS: *La fe en tiempos de invierno, diálogos con Karl Rahner en los últimos años de su vida.*
18. E. SHUSSLER FIORENZA: *En memoria de ella. Una reconstrucción teológico-feminista de los orígenes del cristianismo.*
19. ALBERNO INIESTA: *Memorándum. Ayer, hoy y mañana de la Iglesia en España.*
20. NORBERT LOHFINK: *Violencia y pacifismo en el antiguo Testamento.*
21. FELICISIMO MARTINEZ: *Caminos de liberación y de vida.*
22. XABIER PIKAZA: *La mujer en las grandes religiones.*
23. PATRICK GRANFIELD: *Los límites del papado.*
24. RENZO PETRAGLIO: *Objeción de conciencia.*
25. WAYNE A. MEEKS: *El mundo moral de los primeros cristianos.*
26. JEAN-PIERRE CHARLIER: *Jesús en medio de su pueblo I.*
27. JEAN-PIERRE CHARLIER: *Jesús en medio de su pueblo II. La tierra de Abraham y de Jesús.*
28. JEAN-PIERRE CHARLIER: *Jesús en medio de su pueblo III. Calendario litúrgico y ritmo de vida.*

JESÚS EN MEDIO DE SU PUEBLO I

Traducción española: Miguel Montes

© EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, S.A. - 1993
Henao, 6 - 480009 BILBAO

Printed in Spain
ISBN: 84-330-0968-0
Depósito Legal: BI-396-93
Fotocomposición: DIDOT, S.A.
Impreso por GRAFO, S. A. - Bilbao

PREÁMBULO

El entorno social condiciona muchas cosas en la vida de un hombre. No existe ninguna razón para poner en duda que esta ley jugó su papel en la existencia de Jesús de Nazaret. La encarnación de Dios entre nosotros se realizó a través de los mil y un aspectos terrestres que fueron los del Emmanuel: la política y los encargados de la misma, la economía y la fiscalidad que regían la vida palestina, el entramado humano, urbano, provincial o rural en el que se perfilaban las diferentes clases de la sociedad, la organización de la Iglesia de Israel, las diferentes espiritualidades que anidaban en su seno —dividiéndola a veces—, el derecho y la jurisprudencia que estaban en vigor por aquel tiempo, la lengua y la geografía: todo eso —y muchas otras cosas— hicieron de Jesús el hombre, el predicador, el profeta y la presencia personal de Dios que fue. No será, pues, tarea vana explorar un poco ese mundo que fue el suyo, a fin de descubrirlo mejor.

He dicho «un poco», porque no faltan obras infinitamente más completas y más sabias que este pequeño libro. En la bibliografía que presentamos en las últimas páginas las señalamos, desanimando quizás al lector a que recurra a ellas, porque se trata de gruesos volúmenes que consagran en ocasiones cien páginas a un punto que nosotros despachamos en tres. La erudición es cosa hermosa, pero hemos hecho que ceda el paso a lo estrictamente necesario. Y, para nosotros, lo necesario era que el lector se hiciera una idea más precisa y no excesivamente falsa de Palestina en tiempos de Jesús y, con ello, mejorar una cierta lectura del evangelio y de otros pasajes del Nuevo Testamento.

De lo dicho se desprende que esta presentación de las realidades palestinas del siglo I es incompleta. Nada se dice de la lengua o del relieve geográfico (y, sin embargo, ¿se tiene la misma mentalidad cuando se vive en la montaña o a la orilla del mar?). Tampoco decimos nada sobre los tribunales o los preceptos litúrgicos. En pocas palabras: hay lagunas, pero

las hemos dejado de manera deliberada y quizás están esperando el día en que sean colmadas.

Si existe algún mérito o hay algún interés en estas páginas es el de indicar el provecho que podemos obtener de estos conocimientos sociológicos, aunque sean limitados, para entender mejor ciertas palabras de Jesús. Por eso he entremezclado párrafos de documentación con párrafos de exégesis. El empleo de una tipografía diferente permitirá separar fácilmente unos de otros.

Con todo, ojalá pueda este librito, a pesar de sus lagunas y, a veces, de sus aproximaciones, dar otro sabor a ciertas páginas que siguen siendo eternas.

Capítulo I

EL IMPERIO ROMANO

A. CRONOLOGÍA SUMARIA

El año 709 de la fundación de Roma, es decir, el 44 antes de nuestra era, en los idus de marzo (por consiguiente, el 15 de ese mes), es asesinado en medio del senado Julio César, tenía cincuenta y siete años.

Le sucede un triunvirato formado por Marco Antonio, Octavio y Lépido. De estos tres hombres fue finalmente Octavio, el hijo adoptivo de César, el que se impuso como el hombre fuerte, después de haber triunfado sobre su rival Marco Antonio. Este había recibido el Oriente en el reparto, y allí se dejó arrebatar por los encantos de la bella Cleopatra. Deseando casarse con ella, repudia a su mujer, Octavia, la propia hermana de Octavio, con quien se malquista. De ahí provino la célebre batalla naval de Actium, que contempló la derrota total de Marco Antonio el año 31 a. de Cristo, quedando Octavio como único señor del mundo antiguo.

Cuatro años más tarde, el 27 a. de Cristo, el nuevo César adopta el título de Augusto, en griego *sebastos*, término que implica una cierta veneración religiosa y que calificará, en lo sucesivo, a todos los emperadores romanos. Para organizar la administración de su vasto imperio, Augusto repartió las tareas entre él mismo y el senado, siguiendo una división simple y flexible. Las regiones enteramente pacificadas son consideradas «provincias senatoriales» y cada una de ellas depende de un procónsul designado por la suerte entre los antiguos cónsules o pretores. En contrapartida, las regiones turbulentas donde persisten amenazas dependen del emperador, que envía a ellas pretores o propretors. Egipto, en cambio, goza de una modalidad administrativa excepcional: en razón de las tradiciones monárquicas y burocráticas establecidas allí por los Ptolomeos, depende directamente de Augusto, representado in situ por un prefecto de rango ecuestre. Por último, ciertos territorios que constituyen casos especiales están confiados a procuradores, que dependen a su vez del legado de la provincia más cercana. Este será el caso de la Judea tras la muerte de Herodes el Grande; el procurador que administrará este

pequeño país, en tiempos de Jesús, será, de hecho, el representante local del legado de Siria.

De esta suerte, bajo Augusto, el Imperio está hábilmente administrado, a pesar de sus dimensiones (más de tres millones de kilómetros cuadrados), a pesar de los enormes problemas que surgen constantemente en uno u otro sitio. Con Octavio Augusto la historia de Roma rebasa la de la ciudad y se convierte en la de un conjunto considerable de países, que gozan de concepciones universales merced a un pensamiento coherente. «La inmensa majestad de la paz romana», siguiendo la famosa expresión de Plinio el Viejo: eso es lo más admirado del Imperio en sus comienzos.

El año 12 a. de Cristo Octavio unifica el poder político y el poder religioso y se arroga el título de pontífice supremo. Tres años más tarde, un prócansul de Asia propone que, en lo sucesivo, el año civil comience el día del aniversario del nacimiento de Augusto, porque resulta evidente que este ha inaugurado una era nueva y admirable. Hay una inscripción encontrada en Priene (hoy Samsún), situada en Asia Menor, no lejos de Éfeso, que refleja bien el estado de ánimo de estos años. He aquí la traducción: *La Providencia ha suscitado y adornado maravillosamente la vida humana dándonos a Augusto, colmado de virtudes, para convertirlo en el benefactor de los hombres, en nuestro Salvador, nuestro y de aquellos que vendrán después de nosotros, para hacer cesar la guerra y establecer el orden en todas partes. El día del nacimiento de este dios ha significado para el mundo el comienzo de las buenas nuevas recibidas gracias a él.* ¡«Comienzo de la Buena Nueva»! ¿Cómo no pensar en el título que va a dar un tal Marcos a su pequeño libro menos de un siglo más tarde? ¿Cómo no oír también en estas palabras el eco anticipado del anuncio hecho por los ángeles a los pastores de Belén, en la pluma de san Lucas (2, 10-11)?

En todo caso, fue bajo el reinado de Octavio Augusto cuando, en un pueblo perdido de Palestina, nace un muchachito que recibe el nombre de Jesús. Ve la luz cuando su país, como todos los demás, conoce la dominación romana, pero una dominación que, todavía por dos años, se ejercerá a través de la persona interpuesta de Herodes el Grande, sobre quien volveremos más adelante. En el universo sometido a Roma reina la *pax romana*, Roma se beneficia aún de los méritos y de las sabias medidas de Augusto. Cuatro años después del nacimiento de Jesús, esto es, el año 2, la plebe y el senado se ponen de acuerdo en conceder al emperador el sobrenombre de «Padre de la patria». El año 14 de nuestra era, al tiempo que Jesús alcanza sus veinte años, se extingue la vida de Augusto con una muerte apacible, al término de un largo reinado de cincuenta y siete años.

Accede al trono Tiberio, su yerno. Ya desde el comienzo surge una incompatibilidad de humores entre él y el senado. La oposición crece hasta tal punto que Tiberio no ejerce ya su gobierno más que a través del terror.

En abierto conflicto con el senado, no muestra ya la menor inquietud por administrar los intereses de este último, sino que consagra todos sus esfuerzos a promover los intereses superiores del Estado y de las provincias. De este modo, más aún que su carácter frío y cerrado, fueron los actos de su gobierno, realizados con la mirada puesta en el bien común, pero incomprendidos por la masa e interpretados tendenciosamente por sus adversarios, los que arrebataron a Tiberio el amor de las principales clases sociales de Italia. Por contra, la situación de las provincias alejadas mejoró considerablemente bajo su reinado. En efecto, Tiberio se dedicó constantemente a dotarlas de una mejor administración y a protegerlas contra las exacciones de los gobernadores y de los recaudadores de impuestos.

Así pues, son firmemente sancionados todos los abusos administrativos, y refiere Suetonio que Tiberio dio un día este consejo a un gobernador que daba muestras de un celo excesivo en el cobro de los impuestos: «Un buen pastor esquila sus ovejas, pero no las desuella.»

Sigue reinando todavía Tiberio cuando, en el año 30, muere Jesús crucificado en Jerusalén. Siete años después de este acontecimiento, muere el sucesor de Augusto en circunstancias poco claras. Se cree que podría haber sido ahogado voluntariamente —pero ¿por quién?— durante un malestar que le habría sobrevenido por sorpresa.

Por tanto, durante sus treinta y seis años de vida terrestre, Jesús no habría conocido más que dos césaes: Octavio Augusto y Tiberio. Podríamos parar aquí este breve recuerdo de la cronología de Roma, pero quizás nos resulte útil ocuparnos aún, de manera rápida, de la seguida y del final del período neotestamentario.

A Tiberio le sucede Cayo, más conocido por su sobrenombre de Calígula, diminutivo de *caliga*, calzado del soldado romano, lo que recuerda los medios militares en los que fue educado Cayo. El nuevo señor del mundo es conocido por sus crímenes, por sus extravagancias y su desorden mental. Sus actuaciones terminaron por inspirar a mucha gente la idea de deshacerse de él. Fracasó una primera conjura, pero el proyecto terminó por llegar a puerto. Calígula fue asesinado cuando llevaba menos de cuatro años de reinado, del 37 al 41.

Fue su tío, Claudio, quien tomó el poder a continuación, cuando contaba cincuenta años. Al decir de Suetonio, fue un hombre miedoso, desconfiado, carente de cabeza e inconsciente. Sin embargo, su reinado presenta aspectos beneficiosos, especialmente en lo tocante a los progresos realizados en la administración imperial. Los Hechos de los apóstoles citan el nombre de este emperador para datar una época de hambre, conocida de los historiadores antiguos, que golpeó a Roma y a ciertas provincias del Imperio (Hch 11, 28-29). El mismo libro alude también a un edicto promulgado por Claudio para expulsar a los judíos de Roma (Hch 18, 2).

Suetonio lo afirma también, pero da la impresión de apuntar más bien a los cristianos cuando escribe: «Claudio habría expulsado a los judíos que se sublevaban sin cesar por instigación de un tal Chrestus» (*Vida de Claudio*, XXV). Sin embargo, otro autor antiguo, Dion Cassius, no habla más que de una prohibición de celebrar reuniones públicas dirigida contra los judíos, lo que habría tenido como efecto añadido apresurar a los creyentes a abandonar Roma. Resulta difícil datar con precisión este edicto: debió ser entre los años 46 y 49. En cuanto al emperador, que había accedido al poder en enero del 41, murió envenenado en octubre del 54, dejando la plaza a su hijo adoptivo.

Este se llama Nerón y no cuenta más que diecisiete años cuando las intrigas y los crímenes de su madre Agripina lo conducen hasta el trono; en efecto, esta se había casado en segundas nupcias con Claudio, para que este adoptara a su hijo. Después, cuando el asunto estuvo concluido, envenenó limpiamente a su marido y aparentó dejar a Nerón la responsabilidad del Imperio. En realidad el nuevo César era joven y frívolo, a pesar de las lecciones de prudencia recibidas de su preceptor Séneca. Durante cinco años fue Agripina quien administró el Imperio y las cosas se desarrollan más o menos pacíficamente. Viene, a continuación, el momento en que Nerón quiere mandar él mismo. Hace asesinar a su madre, luego a Séneca, más tarde a otro de sus preceptores, Burrus, por entonces prefecto del pretorio. La vida de Nerón es antojadiza y su reinado ambiguo. En Roma se ganó una sólida reputación de desarreglo y de crueldad, que se manifiesta tanto en los crímenes que comete como en los juegos que hace organizar en el valle vaticano; sin embargo, lejos de Roma, en Oriente sobre todo, su popularidad es grande, gracias a las buenas medidas administrativas que tomó en favor de estas provincias; a eso se debe que Pablo recurra con confianza al César ante Festo (Hch 25, 9-13). Casi toda la actividad epistolar de Pablo, exceptuando las dos cartas a los Tesalonicenses, se desarrolló bajo el reinado de Nerón, a quien el apóstol recomienda se sometan los cristianos como a un poder procedente de Dios (Rm 13, 1-9). Es verdad que en este momento el emperador no está aún más que en sus comienzos: el Apocalipsis, a través de sus alusiones apenas veladas, nos hace oír sonos diferentes.

Amenazado en Roma por los levantamientos que suscitan sus locuras, sus excesos y sus gastos suntuarios, Nerón acaba por darse finalmente la muerte el año 68, tras haber reinado catorce años. Pero en Oriente comienza a circular una leyenda: César no ha muerto, se ha refugiado entre los partos, de donde vendrá un día para reinar de nuevo. A esto se debe que falsos nerones pretendieran el poder más tarde, especialmente los años 69 y 88, pero el autor del Apocalipsis no ve en estas creencias más que una parodia de la fe en la resurrección (Cf. Ap 13, 3.12; 17, 8-11).

Golpe a golpe se van sucediendo tres emperadores, que llevan a su colmo la anarquía que reina en Roma: Galba (68-69), Otón (69) y Vitelio (69), todos ellos perecieron de manera violenta.

Vitelio había sido proclamado emperador por las legiones de Occidente. Ofendido por la marginación en que había sido tenido, el Oriente proclamó otro, Vespasiano, que mandaba los ejércitos del Este y se esforzaba en aquel momento en pacificar Galilea y Judea. Egipto fue el primero en reconocer al nuevo *imperator*, seguido pronto de todos los demás países. El 20 de diciembre del 69 Vespasiano es recibido en Roma; quedando confiando el mando de los ejércitos de Oriente a Tito, el hijo del emperador, que puso asedio a Jerusalén y arruinó la ciudad ocho meses más tarde, en agosto del 70. Los objetos más característicos del Templo, como la Mesa de los panes de la propiciación y el candelabro de los siete brazos, son llevados a Roma, donde Vespasiano los depositó en un templo dedicado a la diosa de la Paz, erigido por él el año 75. Los diez años de su reinado (69-79) fueron de calma y, poco a poco, vuelve el orden a Roma. Lo mismo sucede durante el cortísimo reinado de Tito, que sucedió a su padre durante dos cortos años solamente (79-81).

Por último, el final del siglo I está dominado por la figura del hermano de Tito, Domiciano, que ocupa el trono imperial desde el año 81 al 96. Bástenos recordar aquí la extraordinaria vanidad de este hombre, que construyó monumentos insensatos a su gloria y que se arrogó los títulos de *Domínus Deus Omnipotens*, *kyrios ho theos pantocrator*, Señor Dios Todopoderoso (cf. Ap 1, 8). Los cristianos, por el hecho de rehusar inclinarse ante semejantes títulos, atrajeron sobre sí el odio profundo de Domiciano: con él, y por vez primera, la persecución franqueó los muros de Roma para ejercerse con furor en todo el Imperio.

Pequeño cuadro sincrónico

Año	Imperio	Cristianismo	Escritos
-44	Muerte de Julio César		
-40	Triunvirato	Herodes en Jerusalén	
-30	Octavio-Augusto		
- 6		Nacimiento de Jesús	
14	Tiberio		
28		Bautismo de Jesús	
30		Muerte de Jesús	
35		Conversión de Saulo (?)	
37	Calígula	Comienzo del ministerio de Pablo	
41	Claudio		
54	Nerón	Grandes viajes de Pablo y actividad epistolar	Cartas de Pablo
68	Galba-Otón		
69	Vitelio	Vespasiano en Siria y Judea	
69	Vespasiano	Los cristianos abandonan Jerusalén	
70		Saqueo de Jerusalén por Tito	
75			Mc (?)
79	Tito		
81	Domiciano		Mt, Lc, Hch
95			Ap
96	Nerva		Jn
98	Trajano		

B UNA OJEADA SOBRE EL IMPERIO

1 La sociedad en general

En la época de Jesús de Nazaret alcanza su apogeo el mundo romano. Según las estimaciones, la población oscila entre 50 y 80 millones de habitantes, y posiblemente sea esta última cifra la que se acerque más a la realidad. Este inmenso imperio se encuentra protegido por un ejército relativamente poco numeroso, pero excelentemente formado, está compuesto por unos 400 000 hombres de oficio, repartidos en una treintena de legiones, tres de las cuales están estacionadas en Siria. Esta cifra no incluye, sin embargo, un número bastante elevado de mercenarios, reclutados ocasionalmente para ciertas necesidades particulares, en todas las provincias del Imperio.

Tres grandes ciudades polarizan la atención. Evidentemente Roma, desde donde se ejerce el gobierno del mundo, cuenta por entonces con un millón de habitantes de todas las categorías, pero se adivina que la ciudad es rica, está habitada por una gran cantidad de funcionarios de alto rango, senadores, juristas, etc. Está en vísperas de los desarreglos y libertinajes a que da libre curso Nerón. La segunda metrópolis es Alejandría, que cuenta con 750 000 habitantes —más o menos la misma población que hoy—, es el gran puerto del Mediterráneo meridional y su faro es célebre. También su biblioteca, la más rica del mundo de entonces, lo es, en ella se encuentra implantada una importantísima colonia judía, que ocupa casi un tercio de la ciudad. La ciudad es un hormiguero de toda clase de actividades, marítimas, comerciales, turísticas, pero sobre todo es una capital intelectual. El cristianismo echó raíces muy pronto en ella, puesto que Pablo, cuando llega a Éfeso, sin duda el año 54, encuentra allí a un judío alejandrino convertido, un tal Apolo, erudito y elocuente, «que enseña con exactitud y fervor todo lo concerniente a Jesús, predicando con firmeza en las sinagogas» (cf. Hch 18, 24-28, 19, 1, 1 Co 1, 12, 3, 4-6 22, 4, 6, 16, 12). Por último, la tercera ciudad del mundo es por entonces Antioquía, a orillas del Orontes, capital de Siria, pero que juega asimismo su papel en relación con el Oriente en general, antes de ceder el sitio a Éfeso (Asia). Antioquía cuenta con cerca de 500 000 habitantes; está admirablemente defendida por su situación geográfica y no dista más que diez kilómetros de su puerto natural, Seleucia, donde se llevan a cabo unos trabajos considerables de protección contra el enarenamiento. Como en Roma y en Alejandría, también aquí se implanta muy pronto el cristianismo, es sabido que fue la Iglesia de Antioquía la que tomó la responsabilidad de enviar a Saulo de Tarso, joven convertido, en misión a las naciones (Hch 13, 2-3).

El Imperio está lejos de constituir un bloque monolítico, está fuertemente abigarrado por las diferencias de etnias, de derecho, de lenguas, de religión y de culturas. Lo más frecuente es que la población esté mezclada, pero hay ciudades en que el reparto por barrios está definido. Las numerosas ciudades que llevan el nombre de Tetrápolis, Trípoli, Traplús, etc., expresan esta realidad urbana de la división en tres o cuatro partes bien distintas. Desde el punto de vista jurídico, hay, de hecho, tres categorías principales de ciudadanos.

Los primeros son los ciudadanos romanos de pleno derecho. Se es ciudadano romano o bien por nacimiento, o bien por adopción por parte de un gran personaje romano. Saulo de Tarso lo es, dice él, por nacimiento (Hch 22, 25-29), mientras que el tribuno que se apresta a juzgarlo no ha adquirido la *civitas romana* sino al precio de una fuerte suma de dinero. Los ciudadanos romanos gozan de grandes privilegios tanto judiciales como fiscales. no pueden, por ejemplo, ser azotados, ni están sometidos

a cierto número de tasas que tienen que soportar las otras clases de la sociedad.

La segunda categoría de ciudadanos es la gente de derecho peregrino. Son todos los extranjeros a la ciudad romana, en el sentido jurídico estricto del término. Estos últimos dependen en todo del derecho local, escrito o consuetudinario; no están sometidos a la autoridad de Roma más que en materia de derecho penal y de fiscalidad. Jesús era, en Galilea, un ciudadano de derecho peregrino, lo que subraya el carácter insidioso de la cuestión que le plantearon sobre el tema del tributo debido al César (Mc 12, 14 y par.): era este un campo en que se excluía toda libertad de juicio.

Quedan, por último, los esclavos, que son numerosos. En derecho, no tienen ninguna existencia. Sin embargo, su condición es extremadamente variable, según los usos de las regiones, las costumbres de sus amos o la naturaleza del trabajo al que están dedicados. Los mineros tienen la suerte más penosa, los artesanos especializados llevan una vida cómoda: volveremos sobre el tema de manera más detenida a propósito de la sociedad judía. Desde el punto de vista jurídico, están sometidos, en principio, a sus únicos amos (porque pueden tener varios: cf. Mt 6, 24 y par.). Según sus capacidades, pueden tener un gran precio en el mercado y se liberan con bastante facilidad.

2. Economía

Lo que más sorprende en la vida económica del Imperio romano, al principio de la era cristiana, es la constatación de que Italia ocupa una posición privilegiada en relación con las provincias, tanto en el sector agrícola como en el industrial y el comercial.

Bajo Augusto, la agricultura italiana es, en conjunto, floreciente. Sin embargo, las tierras se concentran en manos de unas cuantas familias nobles y ricas o de caballeros. Los *latifundia*, donde auténticos ejércitos de esclavos cultivan la viña o el olivo, van reemplazando cada vez más las pequeñas propiedades de campesinos libres, que en su mayoría emigran hacia Roma con la esperanza de encontrar allí un empleo de otro tipo.

¿Qué ocurre en las provincias? Los datos que tenemos son bastante escasos. En Sicilia, en Cerdeña y en Córcega se encuentran inmensos prados y la producción principal es la lana. La Galia meridional explota la viña y el olivo; el Norte de África es el principal productor de cereales, lo mismo que Egipto, donde abundan los jardines y los huertos. Macedonia y Grecia atraviesan una grave crisis. El Asia Menor, por último, ofrece grandes recursos de todo tipo: agrícolas, industriales, bancarios y uni-

versitarios. Recuérdese el substrato histórico de las cartas a las siete Iglesias de Asia en el Apocalipsis (Ap 2-3).

Así pues, bajo Augusto, la agricultura italiana es la más próspera y exporta productos de calidad hacia numerosas regiones, incluidas las más alejadas. Pero, poco a poco, se van emancipando las provincias. No sólo las más fértiles de ellas cesan de importar el vino y el aceite de Italia, sino que pronto empiezan ellas mismas a exportar y van hasta Roma a concurrir en el mercado local. A finales del siglo I una gran parte del suelo italiano estará consagrado al cultivo del trigo, que no carece de salidas comerciales.

La ganadería ocupa también un lugar no despreciable. Los destinos del ganado son múltiples: por supuesto, el consumo de carne, pero también las expediciones militares, el tiro, los sacrificios y todos los trabajos de curtidos.

Por este mismo tiempo, alcanza la industria su apogeo en Italia. Se trabaja el vidrio, el bronce, la plata, el ámbar amarillo. La situación parece menos próspera en las provincias, salvo en el Asia Menor, que prosigue sus actividades en el vidrio, la lana y la tela, pero soporta difícilmente la competencia italiana en este momento. Hay un gran centro provincial que, bajo César Augusto, sigue con una gran actividad: Alejandría. Allí se produce papiro, tela, perfumes, ungüentos, artículos de marfil y de vidrio, joyas, vajilla de bronce, así como la mayor parte de los objetos de plata empleados en el Imperio.

La prosperidad industrial y agrícola, la paz interior, la relativa seguridad de las vías terrestres y marítimas, la conquista de nuevos territorios que ofrecen nuevas salidas, tales son las circunstancias que contribuyen al impulso que marca el comienzo del Imperio. Los emperadores practican una política muy liberal de «dejar hacer-dejar pasar». Sólo se paga unos módicos peajes en las fronteras de cada provincia. El comercio interior predomina evidentemente, pero tampoco hay que subestimar el desarrollo con el extranjero. Horacio lo atestigua: «¡Corres, ávido comerciante, hasta las Indias, en el extremo del mundo!». En sentido inverso, Roma importa del lejano Oriente los productos de lujo estimados por las clases acomodadas: de la China viene la seda, de la India telas de algodón, especias y plantas aromáticas, piedras preciosas y también algunos animales raros para los juegos.

Tal es, pues, la situación del Imperio durante la infancia y la adolescencia de Jesús. Los ruidos de la guerra se han apaciguado, los conflictos y las rivalidades para acceder al poder imperial pertenecen ya a una época superada, reina una relativa prosperidad, se consolida el derecho. Nos falta aún ver con más detalle cómo son vividas estas realidades en el país de Jesús: esto será objeto del capítulo siguiente, pero, antes de abordar-

lo, notemos aún, en pocas palabras, un punto particular **que va a interesar, un poco más tarde**, a la expansión del cristianismo en el Imperio.

3. Los transportes

Un medio de transporte rápido y poco costoso es el barco. El Mediterráneo está surcado de múltiples vías marítimas frecuentadas sin vacilación, pues se viaja enormemente, por negocios, gobierno, cultura, turismo y devociones religiosas a los innumerables santuarios de mayor o menor fama implantados por todas partes. El período de vientos regulares va del 5 de marzo al 11 de noviembre y permite garantizar la regularidad de los intercambios; es siempre peligroso, pero a veces necesario, aventurarse en el mar fuera de estos meses de verano. Una travesía Roma-Alejandro o Roma-Efeso (o Antioquía) dura, según los favores del cielo, entre dos y seis semanas.

Las vías terrestres, por su parte, han mejorado de modo considerable. Roma tenía un doble interés en ello: estratégico y militar uno, y administrativo el otro, pues el correo debía llegar a Roma desde las provincias más alejadas en el más breve lapso de tiempo. Por eso existe una red bastante densa de rutas imperiales —nuestras actuales autopistas— en las que tiene prioridad, en caso de necesidad, el ejército; esta red está conectada con la de las vías postales, de dimensiones más modestas.

Además, el correo imperial dispone de postas y de posadas, dispuestas a distancias regulares sobre el conjunto de la red y donde los viajeros encuentran albergue y alimento, con fortuna diversa. La mención de una posada en la parábola del buen samaritano (Lc 10, 34-35, esto es, en el mismo capítulo en que se dan consignas a los setenta enviados en misión) goza, por tanto, de toda verosimilitud. Esta excelente organización fue muy beneficiosa para la predicación evangélica, permitiendo a hombres *animosos como Pablo* surcar el mundo romano anunciando la Buena Nueva de Jesucristo.

Capítulo II

LA PALESTINA EN EL IMPERIO

A. EL ORIENTE ABIGARRADO

1. Un mosaico de reinos

No cabe duda de que el Imperio romano estaba extremadamente centralizado, puesto que su administración se encontraba por completo entre las manos del senado y, a fin de cuentas, en las del emperador. Con todo, esta administración se lleva a cabo con una asombrosa flexibilidad. Al conquistar una a una las provincias, Roma había tenido la sabia prudencia de no trastornar inútilmente los usos y los sentimientos de la gente. Al atraer territorios a su órbita, se desposaba al mismo tiempo con la historia que había moldeado estas comarcas y los regímenes políticos que las gobernaban. Así fue como el Imperio incluía, dentro de unos límites convenidos, un gran número de pequeños reinos sobre los que conservaban autoridad sus respectivos soberanos. Roma podía, por supuesto, mantener o destituir a estos reyezuelos en cualquier momento, según fueran o no capaces, fieles o útiles a los intereses generales del Imperio. Como dice el libro primero de los Macabeos: «a los demás reinos y a las islas, a cuantos en alguna ocasión les hicieron frente, los destruyeron y redujeron a servidumbre. En cambio a sus amigos y a los que en ellos (los romanos) buscaron apoyo, les mantuvieron su amistad. Tienen bajo dominio a los reyes vecinos y a los lejanos y todos cuantos oyen su nombre les temen. Aquellos a quienes quieren ayudar a conseguir el trono, reinan; y deponen a los que ellos quieren. Están en la cumbre del poder» (1 M 8, 11-13).

El desmantelamiento del inmenso imperio de Alejandro, sobrevenido a la muerte inesperada de este, había dividido prácticamente el mundo oriental en dos: Seleuco había heredado las comarcas asiáticas, Lago había recibido Egipto en el reparto. A pesar de la presencia romana en este país, los Seléucidas siguen en el trono hasta el año 65 a. de Cristo, reinando como pueden en Asia Menor y en Siria hasta Antíoco XIII, último soberano de la dinastía. Los Lagidas continúan dominando Egipto a través

de los catorce Ptolomeos, que se van sucediendo antes de dejar el sitio a Cleopatra, cuyo final de todos es sabido. Armenia, situada en el extremo oriental, tiene también su propia dinastía, pero su rey Tigranes se muestra un poco demasiado ambicioso y es destituido por Roma. Los Partos apenas son inquietados en sus territorios, que corresponden al nordeste del Irán actual. Los Antígónidas reinan en Grecia y los Atálidas gobiernan el pequeño reino de Pérgamo, en el Asia Menor occidental.

Esta situación, un tanto embrollada, no siempre facilita el gobierno, que se dedica, sin prisa, a reemplazar esta paleta de colores por la bella unidad de los funcionarios romanos. Si existe unidad en este mundo oriental, es la de la lengua, la cultura y el arte, una unidad que procede de la dominación helenística, que emprendió una vasta operación de conversión a los valores y a la lengua griegos.

En espera de la nivelación política por parte de Roma, cada uno de estos reyes efímeros apenas es otra cosa que un jefe militar preocupado por mantener y perfeccionar su ejército, no sólo para defenderse contra las incursiones de los vecinos, sino también para poder socorrer a Roma en caso de peligro para esta. Los tratados de alianza hacen mención expresa de esto, como en este memorial de paz enviado a Judea por el senado de Roma: «Si le sobreviene una guerra primero a Roma o a cualquiera de sus aliados en cualquier parte de sus dominios, la nación de los judíos luchará a su lado, según las circunstancias se lo dicten, de todo corazón. No darán a los enemigos ni les suministrarán trigo, armas, dinero ni naves. Así lo ha decidido Roma. Guardarán sus compromisos sin recibir compensación alguna» (1 M 8, 24-26). Por supuesto, Roma obrará igual en caso recíproco.

El margen de soberanía local es, por consiguiente, bastante estrecho. El rey puede recaudar impuestos para las necesidades de su administración y para construcciones. En el mejor de los casos, está autorizado a reclutar y mantener un ejército que incluye infantería pesada, la *falange*, caballería pesada, los *catafractarios*, y caballería ligera; y, según países, también está permitida una fuerza compuesta por algunos cientos de elefantes.

Tal es, pues, la situación general y un poco teórica en Oriente. Sin embargo, y un poco por todos lados, existen casos especiales que reclaman disposiciones particulares. Esto se verifica especialmente en el país de Jesús, del que conviene que hagamos un examen particular.

2. La situación en Judea

Sin recordar brevemente la historia de la nación judía durante los dos siglos que precedieron a nuestra era, resulta bastante difícil hacerse una idea justa de la situación de este país en tiempos de Jesús. Varios elementos

de este resumen nos serán útiles asimismo para comprender mejor, de manera más profunda, la evolución y las tendencias de las ideas religiosas.

La Judea, sacudida durante mucho tiempo entre los Lagidas y los Seléucidas, terminó por caer de manera estable en manos de estos últimos. La dominación griega plantea un buen número de problemas específicos al mundo judío, que no logra conciliar los valores griegos, que intentaron imponerle, con la fe yahvista. La resistencia a la cultura nueva se lleva a cabo de manera pacífica hasta el reinado de Antíoco IV Epífanes (175-164). Este quiere lograr, de grado o por fuerza, la incorporación total del mundo judío en el mundo griego: a partir de entonces hubo que dar culto a Zeus Olímpico en el Templo de Jerusalén, y el año 167 a. de Cristo hizo erigir un altar pagano en el santuario. Con esta ocasión, un judío piadoso y aguerrido, Matatías, se echa al monte con sus hermanos, reúne «guerrilleros» y emprende el hostigamiento al ejército del ocupante. A su muerte será su hijo Judas, apodado ya Macabeo (Judas el Martillo), quien tome la dirección de las operaciones. Consigue algunas victorias importantes y termina incluso por triunfar totalmente sobre el enemigo algunas semanas después de que Antíoco IV se hubiera apagado (164 a. de Cristo). Su sucesor, Antíoco V, concede la libertad religiosa a los judíos y, desde entonces, la Judea retoma el curso de su historia con una gran autonomía, no sin haber concluido con Roma un tratado de alianza, del que hemos citado un fragmento más arriba. Para tener más información sobre este segmento histórico y sobre sus consecuencias inmediatas, haría falta evidentemente releer los dos *Libros de los Macabeos* así como el de *Daniel*.

Así pues, comienza una nueva era para la Judea, donde la familia de los Macabeos ejerce el gobierno político y religioso. Los descendientes constituyen una verdadera dinastía, llamados «Asmoneos» por Flavio Josefo, término que posiblemente derive del nombre de Simón, el hijo menor de Matatías. Fue él quien obtuvo por fin la independencia total del país, gobernándolo entre el año 143 y el 135. Pero ya con antelación, el año 152, había recibido su hermano primogénito Jonatán, de manos del Seléucida Alejandro Balas, el cargo de sumo sacerdote. De este modo, los Asmoneos acumulan las funciones de gobierno y el sumo pontificado, a veces incluso unen los dos cargos en una misma persona. Como los descendientes de Matatías habían perdido mucho de la santidad y de la fe de su antepasado, las cosas no siempre se desarrollan de manera pacífica. A pesar de las rivalidades, la dinastía asmonea se mantiene en el poder hasta el año 40 antes de nuestra era. Para comprender las razones del cambio de régimen que sobreviene entonces, es preciso, no obstante, que remontemos un poco más atrás en el tiempo.

No es ilegítimo simplificar un poco la historia diciendo que el octavo sucesor de Matatías fue Hircano II, en quien recayeron, por herencia, la

realiza y el sumo pontificado. Era este un hombre débil y tímido, todo lo contrario de su hermano menor, Aristóbulo, que, tras una guerra civil y fratricida, le arrebató el doble poder. En este momento interviene un reyezuelo del Sur, un idumeo llamado Antipatro, que hizo causa común con Hircano, a quien se esforzó por restablecer en el trono *manu militari*. Sin duda, calculaba sus propias posibilidades de anexionar la Judea, en favor de este soberano inconsistente. Ambos hermanos, Hircano y Aristóbulo, se vieron sorprendidos y no encontraron nada mejor que solicitar el arbitraje del general romano Pompeyo, que se encontraba entonces en Damasco. Este fue el tercero —o el cuarto— ladrón que supo aprovecharse de la confusión: él mismo puso sitio a Jerusalén y se apoderó de la ciudad el año 63 a. de Cristo: de este modo, la Judea se convertía en provincia tributaria de Roma. Hircano II fue destituido como rey, pero confirmado como sumo sacerdote. Con todo, se le concedió el título de etnarca de Judea, función que ejerció, con total vasallaje respecto a Roma, hasta el año 40 a. de Cristo.

En suma, la situación se iba degradando, pero el astuto Antipatro velaba. Tenía ambiciones, no ya para él mismo, sino para su hijo, llamado Herodes. Este aprendió a cortejar a Roma y a los poderosos que la administraban entonces —el triunvirato formado por Marco Antonio, Octavio y Lépido—, buscando el caballo por el que convenía apostar. Se equivocó por partida doble. Apostó por Marco Antonio, pero se hizo perdonar por Octavio a base de bajezas. Le hubiera gustado recibir la realza sobre Comagene, pero la recibió sobre Judea, con la condición de conquistarla él mismo. Estamos ahora en el año 40 a. de Cristo y la confusión no cesa de crecer. En Jerusalén toma el poder un sobrino de Hircano II, llamado Antígono, y le corta las orejas a su tío, haciéndolo así no apto legalmente para ejercer el sumo sacerdocio (cf. Lv 21, 16-21). Será contra Antígono, atrincherado en Jerusalén, contra quien combata Herodes durante dos años, antes de apoderarse de la capital. En cuanto lo logró, el nuevo rey hizo decapitar a Antígono y condenó a muerte al resto de la descendencia de los Asmoneos, excepto a una muchacha, Mariamme, con quien se casó esperando hacerse perdonar su propia ascendencia pagana y que el pueblo se dejara conquistar y viera en él al continuador de los Macabeos.

Este Herodes es conocido en la historia con el calificativo de el Grande. Era la costumbre: a Herodes no se le llama así más que por ser el primero de una dinastía que, a fin de cuentas, no alcanzó su objetivo. Él mismo fue extremadamente impopular en la nación judía. Se había casado con una judía, pero él era pagano; es amigo de Roma, pero con servilismo; es un gran constructor, pero arruina al pueblo; es un helenizante y carece de simpatía por la religión profunda de su pueblo; tenía diez mujeres (la tradición oral, conservada en la Mishná, le permitía un máximo de dieciocho), pero entre las diez figuraba una samaritana, conocida con el

nombre de Malthace. En resumidas cuentas: el reinado de Herodes el Grande, que duró teóricamente treinta y seis años (del 40 al 4, aunque de manera efectiva del 37 al 4), dejó en la memoria de Israel un recuerdo muy malo. Al final de su vida, el rey de Judea hizo asesinar a varios de sus hijos y a algunas de sus mujeres. Dos años después del nacimiento de Jesús en Belén de Judea, muere, sin duda, el viejo rey en Jericó, unos días antes de la Pascua judía del año 4 antes de nuestra era. Se supone que fue enterrado en la colina artificial que había hecho edificar —colmo de la ironía de la historia— a unos cuantos kilómetros del pueblo donde había nacido «el rey de los judíos».

Herodes el Grande ha muerto y lega, por testamento, su reino a los tres hijos a quienes perdonó la vida. El testamento tiene que ser validado por Augusto, que termina por hacerlo añadiendo una cláusula: ninguno de estos hombres podrá llevar el título de rey.

El primogénito de los tres es Arquelao, hijo de la samaritana Malthace. Recibe Judea, Samaria y la Idumea. Lleva el título de etnarca y puede recaudar un impuesto personal de 600 talentos, es decir, 3.600.000 denarios, el denario equivale al salario diario de un jornalero agrícola.

El segundo es Antipas, hermano uterino del anterior. Recibe Galilea y Perea, al otro lado del Jordán. Sólo tiene derecho al título de tetrarca (jefe de un cuarto) y puede recaudar 200 talentos de impuestos.

Por último, el pequeño se llama Filipo, que obtiene como herencia la Batanea, Auranitida y Traconitida, al nordeste de Galilea, donde hará construir la ciudad conocida por los evangelios con el nombre de Cesarea de Filipo, sobre los contrafuertes del Hermón. También él lleva el título de tetrarca y percibirá asimismo hasta 200 talentos de impuestos.

El reparto se hace así, pero cada uno de los herederos tiene reservada una suerte diferente. Filipo, que se casó más tarde con Salomé, la muchacha que pidió como precio de su danza la cabeza de Juan el Bautista, fue un hombre amado y estimado por los ciudadanos. Murió el año 34 de nuestra era y tuvo unos funerales emotivos. Herodes Antipas se mantuvo en el poder hasta el año 39. La ambición de su mujer y ex-cuñada, Herodías, le decidió a solicitar a Calígula el título de rey. Pero, en vez de ello, obtuvo el exilio en compañía de Herodías, quizás en España, pero es más probable que fuera en la Galia. En cuanto a Arquelao, etnarca de Judea, no lo fue más que hasta el año 6 de nuestra era, cuando Jesús, que había cumplido doce años, subió posiblemente por primera vez a Jerusalén, donde la sede política acababa de ser declarada vacante. Su crueldad para con su pueblo, tanto el judío como el samaritano, había decidido, en efecto, a Augusto a destituir a este déspota, que murió exiliado también en la Galia. En lo que respecta a Judea y Jerusalén había terminado de una vez por todas la corta dinastía de los Herodes. La provincia pasaba

a ser romana y su gobierno fue confiado a procuradores, en dependencia directa del legado de Siria.

Comienza entonces la larga serie de los trece gobernadores romanos, que presidirán los destinos de la Judea entre los años 6 y 64 de nuestra era. Especialmente durante la primera mitad de este período, permanecen poco tiempo en el cargo, con excepción del quinto de ellos, llamado Poncio Pilato, que estuvo diez años, del 26 al 36. Pero ha llegado el momento de echar una ojeada sobre lo que podía ser la administración romana en el tiempo y en el país de Jesús.

B. LA AUTORIDAD ROMANA

1. Disposiciones generales

Tras la deposición de Arquelao, decretó Augusto que la Judea —aunque la medida afectaba concretamente a casi toda Palestina— fuera separada de la provincia de Siria y se convirtiera en provincia imperial de tercera clase. Esto suponía darle un estatuto excepcional, comparable al de Egipto, reservado por lo general a regiones cuya cultura original estuviera demasiado alejada de la de Roma. A la cabeza de tales provincias se pone a un gobernador cuyo título oficial es el de *praefectus, eparchos*, como atestigua, entre otras, la inscripción de Cesarea, donde se designa así a Poncio Pilato.

Este alto funcionario es elegido personalmente por el emperador entre el rango ecuestre. En determinados sectores está bajo la dependencia del legado de Siria, que vigila su modo de administrar los asuntos públicos. Sin embargo, en los asuntos de importancia mayor, el prefecto debe dirigirse directamente al emperador. En el trabajo administrativo cotidiano su autonomía es prácticamente total. Detenta los poderes civil y militar, así como, en cierto modo, también el poder judicial, atemperado por la Ley de Moisés, que está reconocida.

Desde el punto de vista militar, el prefecto no dispone más que de una fuerza relativamente modesta. Sabemos que había estacionada una cohorte (600 hombres) en Jerusalén, en la fortaleza Antonia (cf. Mc 15, 16; Mt 27, 27; Hch 21, 31); hay, además, tropas auxiliares reclutadas en Siria e incluso en Palestina. Los judíos no están sometidos al servicio militar, en razón de la observancia del sábado y de los imperativos de la pureza alimentaria. Con todo, hay quienes, por pobreza, se resignan a ser mercenarios. Estos últimos no son llevados a las posibles guerras, sino que constituyen una especie de gendarmería, que garantiza el orden público y vela por la seguridad de los recaudadores de impuestos: de ellos se habla en Lc 3, 14.

El ejercicio de la justicia está regulado, en principio, según la ley judía, salvo en algunas materias reservadas, como la fiscalidad o las sentencias capitales. En lo demás se reconoce la Torah como ley de Estado para todos los judíos, incluidos los de la diáspora. Corresponde al sanedrín aplicarla y sus decisiones son soberanas en todo el territorio judío. La religión judía está reconocida, en efecto, oficialmente como *religio licita*, privilegio que se extenderá al cristianismo en el nacimiento de este último. Pero esta medida será abolida cuando se consume el divorcio entre la Sinagoga y la Iglesia. Por lo demás, es difícil pensar que una ley cristiana pudiera ser reconocida como ley de Estado, puesto que Jesucristo vino precisamente a liberar a los suyos de toda ley. En consecuencia, todo lo más el año 90, el cristianismo es legalmente prohibido en el Imperio.

Todas estas disposiciones manifiestan que el pueblo judío goza, bajo los procuradores romanos y por la gracia del emperador, de un derecho peregrino particular y, posiblemente, único en su género en todo el Imperio.

2. La fiscalidad

Como todos los gobiernos, también Roma recauda impuestos. Lo hace directamente cuando el país está bajo el régimen de procuradores: hay unos funcionarios que recaudan el dinero, tras haber calculado el montante, y el prefecto es el responsable del pago a Roma; en caso de negligencia, debe pagar la suma de su fortuna personal. Las tasas pueden transitar asimismo a través de otra autoridad política, cuando esta ha sido confiada a etnarcas o a tetrarcas, que tienen un límite autorizado para los gastos de sus cortes, como ya hemos visto más arriba. La parábola del hombre que debe a su señor una suma de diez mil talentos (Mt 18, 24), suma fabulosa, no cobra verosimilitud más que de un caso semejante: un altísimo funcionario ha dilapidado los ingresos del Tesoro que estaba encargado de recaudar.

Hace falta, pues, recaudadores de impuestos, llamados publicanos. Estos compran su cargo con dinero y lo reciben en arriendo. Tienen la misión de calcular el montante del impuesto y recogerlo. No reciben ninguna retribución por este trabajo, pero tienen derecho a incrementar, con un porcentaje variable, las tasas que reclaman para garantizar sus propios ingresos. Esta práctica tiene una doble consecuencia. La primera es que la mayoría de ellos tienen la tentación de cargar la nota para facilitar sus fines de mes. La segunda es que los publicanos se convierten fácilmente en los banqueros de sus ciudades, prestando a un interés elevado a los contribuyentes las cantidades que estos acaban de pagar al Tesoro. Se comprende que, en el mundo romano en general, estos recaudadores sean

infamados y que lo sean todavía más en el país de Israel, donde a sus fechorías añaden la vergüenza de traficar con el dinero del ocupante pagano. Para colmo, los judíos están sometidos a un doble derecho fiscal el de la Torah y el de Roma. El primero se paga normalmente en moneda nacional, mientras que el segundo exige la moneda imperial. Esta se compone de piezas que llevan la efigie del emperador aureolado por el sol, con su titular considerado blasfematorio, piezas que el fariseo —un tanto jansenista— se esfuerza en no manipular.

En la época de Jesús la unidad de cuenta más corriente es el denario, *denarius*, equivalente al dracma griego, *drachmé* con esta cantidad se puede comprar 25 litros de trigo. Se trata de una moneda de plata, igual que sus múltiplos: el didracma, que vale el doble, y el tetradracma (llamado también siclo o estáter) que vale el cuádruple. Los submúltiplos del denario son de bronce y son el as (1/24 de denario), el cuadrante (1/4 de as) y el lepto (1/8 de as «la monedita de la viuda» echada en el tesoro del Templo de Lc 21,2 es de dos leptos). Existe, por último, monedas de cuenta que no están realmente acuñadas, pero que sirven en los cálculos: la mina, que vale 100 denarios, y el talento, que vale 6 000.

La mención de las monedas en el Nuevo Testamento está repartida de manera extraña. El primero y el tercer evangelio van a la cabeza de la clasificación por el número de veces que las mencionan. Mateo, el antiguo recaudador de impuestos, y Lucas, «tan preocupado por la pobreza material» Juan y Marcos no citan cada uno más que dos cantidades, en textos paralelos. Además, el resto del NT no hace ninguna alusión al dinero, excepto un pasaje del Apocalipsis. Salvo error u omisión, he aquí los diferentes episodios en que se hace mención de estas monedas.

El denario es el que se menciona con más frecuencia: es el salario de los obreros enviados a la viña, para un día o para una hora, en Mt 20, 2-16, es también la pieza con la que hay que pagar el tributo al César, según Mt 22, 19 y par. En la parábola de los dos deudores, Mt 18, 24-28 grava al primero con diez mil talentos, mientras que el segundo no tiene más que una deuda de 100 denarios. Por último, Ap 6, 6 estima el curso del mercado negro en 1 litro de trigo por 1 denario, o 3 litros de cebada por la misma suma.

Lc 7, 40-43, más modesto, pone en escena también a dos deudores, pero con deudas respectivamente de 500 y 50 denarios. En la parábola del «buen samaritano», este da al posadero dos denarios a cuenta (Lc 10, 35).

Mc y Jn están de acuerdo en dos montantes: la estimación del coste del pan necesario para alimentar a cinco mil personas, al menos 200 denarios (Mc 6, 37 = Jn 6, 7), en cuanto al precio del perfume derramado sobre los pies de Jesús se evalúa en 300 denarios, a pesar de las diferentes circunstancias, en Mc 14, 4 y en Jn 12, 5.

Las monedas de cuenta son raras. Sólo Mt habla de talentos, la primera vez en la parábola ya citada del intendente que debe 10 000 talentos, deuda que le es perdonada de inmediato (Mt 18, 24), la segunda en otra parábola

donde un señor, antes de partir de viaje, confía respectivamente a tres de sus siervos cinco, dos y un talento (Mt 25, 14-30).

En su texto paralelo de esta última parábola, Lc se muestra más tacaño: puesto que no habla más que de un depósito de diez minas, confiado colegialmente a diez siervos (Lc 19, 12-26).

El *didracma* y su doble, el *estáter*, no intervienen más que en la curiosa parábola en acción de Mt 17, 24-27, la segunda de estas monedas aporta aún una precisión al precio de la traición de Judas: treinta *estáteres* (Mt 26, 16).

Según Mt o Lc varía lo que puede comprarse con un as: dos pajarillos por un as (Mt 10, 29) o cinco pajarillos por dos ases según Lc 12, 6, que posiblemente regatea mejor.

El primer evangelio recomienda tratar directamente con el hermano el reembolso de la deuda contraída con él: si se recurre a los tribunales, habrá que pagar hasta el último cuadrante (Mt 5, 26, que piensa, sin duda, en los intereses de demora).

Por último, el lepto no aparece más que en la pluma de Lc 21, 2, ya citado, que descubre dos en el monedero de la viuda generosa. Volvemos más adelante sobre la mujer que barre su casa con objeto de encontrar la moneda de diez dracmas que ha perdido (Lc 15, 8-9).

Roma recauda, pues, diferentes impuestos en los territorios de su Imperio. Están principalmente los derechos de aduana, a la salida de las ciudades y en las fronteras de las diferentes provincias, y los impuestos directos. Los diferentes peajes son relativamente baratos, pero el montante es fijado por cada aduanero, a quien el gobierno fija un mínimo que debe llegar a las arcas del Estado: la ganancia es asunto suyo.

Cuatro son los impuestos directos que gravan al contribuyente. El primero es el impuesto sobre los bienes raíces, proporcional a la superficie de terreno que se posee: es el *tributum soli*. El segundo es una tasa sobre los ingresos mobiliarios y se llama el *tributum capitis*, porque todo el mundo está sujeto a él. Viene, a continuación, el impuesto directo sobre los ciudadanos de derecho peregrino que, en principio, es el mismo para todos: es el *tributum Caesaris*, objeto de la controversia con los fariseos y los herodianos, reunidos para tender una trampa a Jesús (Mt 22, 15-22 y par.). Queda, por último, en cuarto lugar, las tasas sobre las herencias, estas son mucho menos pesadas que hoy, pues se las estima en torno al 5% de los haberes.

Como se ve, la fiscalidad es onerosa, sobre todo para el judío, que está sometido, además, al impuesto del Templo (dos dracmas por cabeza y año) y a los diezmos de que hablaremos más adelante. Un pequeño carpintero de pueblo, casado y padre de un hijo, no debía llevar una vida fácil.

La cuestión económica tiene su importancia, pero el problema teológico todavía tiene más. Aparece, entre líneas, en la controversia sobre el tributo

al César, confundido además en el Evangelio con el *tributum soli* y el *tributum capitis*. Pagar un impuesto sobre el suelo supone reconocer que no se es plenamente el propietario, es hacer como si la tierra perteneciera al César, eso equivale a negar que Israel es la tierra de Dios, prometida a Abraham y a su descendencia para siempre. El pago de este impuesto es, pues, en sí mismo, una blasfemia con respecto a la fidelidad de Dios. Lo mismo sucede con el *tributum capitis*. El judío paga este impuesto en el Templo, es decir, a Dios, puesto que las «cabezas» le pertenecen: son las cabezas de los hijos de Dios. Dárselo a Roma es reconocerse implícitamente como hijo del César, lo que supone una nueva blasfemia. Por tanto, la cuestión planteada a Jesús es perniciosa desde todos los puntos de vista. Si se pone en contra del deber de pagar, puede y debe ser sancionado por querer escapar al régimen fiscal impuesto a los ciudadanos de derecho peregrino, si aconseja hacerlo, debe ponerse en cuestión su teología de la tierra prometida y de la pertenencia al único Dios. Los herodianos están al acecho en la primera trampa, los fariseos esperan en la segunda.

Es sabido el modo en que Jesús desmonta la doble maquinación: si el denario tiene la efigie del César, es por naturaleza impío y debe serle restituido. Y si el hombre lleva la imagen de Dios, que vuelva a el de modo semejante, convirtiéndose y escuchando su palabra.

La noción de herencia no aparece expresada en el Nuevo Testamento más que como metáfora (heredero del Reino), salvo en Lc 12, 13-15 donde un hombre invita a Jesús a que reparta una herencia entre el y su hermano. Jesús se eleva, claro está, a un nivel totalmente diferente, recomendando escapar de la codicia. Es muy posible que el tercer evangelio se inspire aquí en Ex 2, 14, retrabajado de una manera muy personal.

En cuanto a los publicanos, los recaudadores de impuestos públicos, aparecen ocho veces en Mt, tres veces en el corto pasaje de Mc 2, 15-16 (la vocación de Leví, hijo de Alfeo), diez veces en Lc y en ninguna otra parte del NT. En numerosas ocasiones forman binomio con los pecadores (tres asociaciones en Mt 9, 10-11 y 11, 19 y otras tantas en Mc y Lc) o con las prostitutas (Mt 21, 31-32 únicamente). De este conjunto de textos, tres de ellos están pidiendo un breve comentario.

Lc 3, 12 refiere la cuestión que plantean algunos publicanos a Juan el Bautista: «Y nosotros ¿qué debemos hacer?» Un escriba o un fariseo hubiera respondido, sin vacilar, a esta cuestión diciendo que debían cambiar de oficio para ponerse en regla con las leyes de la pureza. El Bautista se contenta con indicar que deben practicar su profesión con justicia. Ya estamos cambiando de mundo con el Precursor.

La vocación de Leví (Mc 2, 13-17 = Lc 5, 27-32, Mateo, según Mt 9, 9-13) nos hace dar el último paso hacia la liberación con respecto a las tradiciones fariseas. Jesús convierte a un publicano en uno de sus discípulos, estando este hombre en pleno ejercicio de sus funciones, sentado como está en su despacho donde cobra el *portorium*, es decir, el conjunto de los derechos de aduana, peaje y fielato. Y lo que es más, inmediatamente a continuación, Jesús come en casa de este funcionario en compañía de sus colegas. Se ha visto a menudo en este episodio un indicio autobiográfico sobre el primer evangelista, y es posible que sea así. Que el rasgo haya

sido retenido por los tres primeros evangelios permite también comprender que, con el cristianismo, muchas profesiones desacreditadas han sido rehabilitadas y ejercidas, sin duda, con un nuevo espíritu. Las primeras eucaristías debían reunirse en torno a la misma mesa a gentes de todas condiciones y de todas procedencias: nosotros tenemos dificultades para captar el carácter estremecedor de esta revolución.

En Mt 21, 31 (que no tiene paralelos) anuncia Jesús: «En verdad os digo, los publicanos y las ramerales llegan antes que vosotros al Reino de Dios». El apotegma se dirige a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo (21, 23), lo que acentúa su alcance. Como indica la continuación del texto, se trata de publicanos que han oído las llamadas del Bautista. En cuanto a las ramerales, hay que ver en ellas menos a mujeres que comercian con sus encantos que el símbolo bíblico de las ciudades paganas. Es, pues, a los despreciados por los responsables culturales y judiciales de Israel a quienes de modo prioritario se abren las puertas del Reino de Dios (expresión muy rara en Mt, que habla siempre de Reino de los cielos, salvo aquí y en otros tres casos solamente: 12, 28, 19, 24 y 21, 43).

Notemos aún que el acceso al Reino no es automático. El publicano debe ser fiel a su conversión, y si no, deberá someterse a la corrección fraterna. Si se niega a ello —y el viejo judío que dormita en Mateo sale aquí a la superficie— «considéralo ya como al gentil y al publicano» (Mt 18, 17, sin paralelos).

3. La libertad religiosa

Tal como hemos dicho, el judaísmo está reconocido como *religio licita* y, en principio, Roma no se inmiscuye en el culto del Templo ni en la práctica religiosa pública. No obstante, existen excepciones a este principio de base.

En primer lugar, la función de sumo sacerdote cesa de ser hereditaria. La autoridad romana nombra y destituye a voluntad. Entre los años 6 y 41 de nuestra era, no menos de ocho sumos sacerdotes fueron depuestos de esta guisa. Durante los doce primeros años de la vida de Jesús se sucedieron en este cargo Simón (del 22 al 5 antes de nuestra era), Matías (del 5 al 4), José (año 4 antes de nuestra era), Yoazar (mismo año), Eleazar (desde el año 4 antes de Cristo hasta el 6 después de Cristo), vienen a continuación Jesús, hijo de Seé (6), Anás (del 6 al 15), Ismael (del 15 al 16), Eleazar, hijo de Anás (del 16 al 17), Simeón (del 17 al 18) y José, apodado Caifás (del 18 al 37). Entre el pontificado de Caifás y la caída de Jerusalén en el año 70 discurren otros catorce nombres. Esta lista impresionante revela al mismo tiempo la importancia política del cargo y la creciente ingerencia de Roma en su provisión.

A continuación, los procuradores tomaron la costumbre de confiscar la túnica blanca con la que el sumo sacerdote debe celebrar la solemnidad

del *Kippur*, el Perdón, y conservarla en la fortaleza Antonia. El jefe supremo del sacerdocio debe mostrar un signo de reconocimiento para obtener su uso el día de esta fiesta. Es una precaución política, pero es sentida como una grave humillación por el pueblo.

Por lo demás, la mayoría de los gobernadores se muestran tolerantes y evitan oponerse a los sentimientos religiosos. Esta es una de las razones por las que la Judea puede acuñar su moneda de bronce, sin efigie humana. El más áspero de los prefectos en relación con la fe judía fue sin duda Poncio Pilato. Apenas llegado a Palestina, irrita a los habitantes de Jerusalén haciendo que la tropa coloque en ella, de noche, las enseñas romanas, que llevan la imagen imperial. Era algo que no se había visto nunca antes. Ultrajado, el pueblo se dirige en masa a Cesarea, lugar en que el prefecto tiene su residencia habitual, y se declara dispuesto a morir antes que a soportar esta profanación. Pilato cede. Más tarde, mete la mano sin miramientos en el tesoro del Templo para financiar un acueducto, que traerá agua a Jerusalén desde los manantiales situados entre la capital y Belén. El pueblo se rebeló una vez más y la soldadesca intervino con sus garrotes; algunos amotinados fueron condenados a muerte y esta vez Pilato no modificó su comportamiento. Cometió otros muchos errores análogos, por su falta de respeto hacia una religión «bárbara», lo que terminó por acarrearle la desgracia del emperador.

Con todo, en conjunto, la libertad religiosa era una realidad. Sin ella, los escribas y doctores de la Ley no habrían gozado de la influencia que tenían; sin ella, ni Juan el Bautista, ni Jesús habrían podido ejercer su ministerio profético como lo hicieron. Si bien, en Galilea, Herodes Antipas hirió también por su parte en más de una ocasión las convicciones religiosas del pueblo (había emprendido la construcción de una ciudad nueva, Tiberíades, sobre un antiguo cementerio y, por consiguiente, en un lugar legalmente impuro, y sobre todo había cometido un doble adulterio incestuoso casándose con Herodías, su cuñada y también su sobrina), también dio pruebas de una relativa tolerancia, no preocupándose más que de lo que pudiera amenazar directamente la estabilidad de su trono. Evidentemente, no podía sospechar hasta qué punto la palabra de Jesús iba a volver caducos todos los tronos de la tierra.

Capítulo III

LA ECONOMÍA DE PALESTINA

A. LA VIDA EN LA PROVINCIA

Quizás sea bueno recordar en pocas palabras que, en la época del Nuevo Testamento, Palestina es un país de unos 20.000 km². Tiene la forma de un trapecio de una altura de 220 km. (el litoral mediterráneo) y cuyas bases se extienden respectivamente sobre 50 y 100 km. Sobre este territorio vive una población estimada en cerca de 600.000 habitantes, lo que da una densidad de 30 habitantes por km². Pero el país está compuesto también por anchas zonas desérticas inhabitables, lo que incrementa la densidad real de la población. ¿De qué vive esta gente? ¿Cómo se alimenta? Estas son las cuestiones a las que pretendemos responder en el presente capítulo, aunque sin entrar en excesivos detalles.

1. Agricultura

Uno de los encantos del Evangelio procede de la ilustración concreta, y principalmente campestre, de las enseñanzas de Jesús, al menos mientras estas tienen lugar en Galilea. Las imágenes de las parábolas están tomadas casi siempre de la vida cotidiana y en especial de la vida agrícola. Jesús toma de las prosaicas necesidades de la alimentación no sólo el simbolismo elocuente de su predicación, sino que saca también de ahí los soportes de sus sacramentos. El Padre que está en los cielos y que deja proclamar a su Hijo: «Bienaventurados los que tenéis hambre ahora, porque seréis saciados» (Lc 6, 21), conoce perfectamente nuestras necesidades: Jesús es un hombre rural, está bien informado de las cosas de la agricultura.

Muchos pueblos palestinos llevan además nombres que evocan los productos que cultivan: Beth-Lehem (Belén) es la «casa del pan», es decir, y aunque indirectamente, del trigo, Beth-Fagé corresponde a la «casa de los higos» y, un poco al norte de Jerusalén, es conocida Beth-Karem, la «casa de la viña». Hay otras, pero no hace falta citar sus nombres.

Los cereales se cultivan especialmente en el norte del país, en Galilea. Es conocido el trigo, que proporciona la harina más rica y más hermosa, la cebada, de donde se saca la harina de los pobres, y la espelta, cultivada generalmente en los contornos de los campos, y destinada a menudo a la alimentación del ganado, lo mismo que el mijo. Se sirven del trigo y de la cebada para ciertas ofrendas litúrgicas, de la cebada se saca también una especie de cerveza. La producción galilea de cereales es ampliamente suficiente para satisfacer sus necesidades y permitir incluso exportaciones hacia Jerusalén. En efecto, la capital, en razón de lo que reclama la liturgia del Templo, tiene grandes necesidades, y estas adquieren proporciones considerables en el transcurso de las grandes fiestas de peregrinación. Además, Jerusalén está obligada a almacenar reservas para casos de hambre en el conjunto del país.

Son numerosas las evocaciones hechas por Jesús al cultivo de cereales, y en particular al del trigo. Mt 13, 4-9 y par. refiere la parábola del sembrador que salió a sembrar. Jesús ha observado el gesto amplio, no calculado, del labrador que dispersa el grano. De ahí saca una imagen elocuente para expresar lo que él hace: sin la menor preocupación por calcular lo que dará fruto y lo que quedará ahogado, Jesús, en nombre de su Padre, distribuye sin medida su palabra y su perdón. Más tarde, la tradición eclesial explicará la razón de que tantos granos sembrados no den más que poco o ningún fruto (Mt 13, 18-23), pero aquí se trata de desarrollos extraños al pensamiento primero de Jesús.

La parábola de la cizaña de Mt 13, 24-30 proviene de la observación de la paciencia del labrador, que sabe el momento justo en que hay que hacer la selección entre el trigo y las malas hierbas. Algún día habrá que hacer una selección —eso es lo que expresa el Juicio en el lenguaje bíblico— pero Jesús no considera que ha venido a precipitarlo. Da lecciones de paciencia e inclina los corazones a remitirse a su Padre en este dominio.

La familiaridad de Jesús con los trabajos rurales desarrollados en su provincia natal se deja adivinar aún en una parábola que, sin embargo, fue empleada en Jerusalén, aunque dirigida a Pedro: «¡Simón, Simón! Mira que Satanás ha solicitado el poder de cribar como trigo, pero yo he rogado por ti» (Lc 22, 31).

La importancia de las transacciones comerciales realizadas con cereales no ha escapado tampoco a Jesús. La parábola del intendente infiel pero astuto da testimonio de ello (Lc 16, 1-8), puesto que saca a escena a un hombre que debe hacer frente a una factura de 100 cargas de trigo, esto es, en torno a 38 000 litros, importe que será reducido a poco más de 30 000 litros mediante una factura falsa. San Lucas parece saber también que el barco que le lleva con Pablo, desde Cesarea de Palestina a Roma, transporta una importante carga de trigo de cuyo lastre se desprenden en el momento de la célebre tempestad (Hch 27, 38). No es nada imposible, en efecto, que Galilea exportara cereales hasta el corazón del Imperio.

Es el cuarto evangelio el más pobre en alusiones. Es conocida sobre todo la comparación del grano de trigo, que debe hundirse en la tierra a

fin de producir fruto (Jn 12, 24). Por contra, es el único en precisar que los panes multiplicados por Jesús eran de harina de cebada (Jn 6, 9), sin duda guiado por un triple afán: primero, recordar que la ofrenda de harina de cebada purificaba de ciertos pecados (Nm 5, 15, que es una «oblación de celos», oblación conmemorativa para recordar una falta), pues la eucaristía, prefigurada aquí, limpia de los pecados que vuelven a Dios celoso, a continuación, está también en este detalle el recuerdo de la multiplicación de los panes por Eliseo (2 R 4, 42), confundido a menudo con Elías en las tradiciones populares y cuya misión purificadora y alimenticia viene a prolongar Jesús, por último, debe haber aquí el recuerdo de que el pan de cebada es alimento de los pobres (cf Ez 4, 9-10 donde, en señal de la austeridad futura, el profeta no recibe más que una ración diaria de 200 gramos —veinte siclos— de un pan hecho de trigo, de cebada, de habas, de espelta y de mijo). También esto es la eucaristía para cada uno de nosotros, llamados a la pobreza.

Galilea es rica también en cultivos hortelanos. Son numerosas las legumbres, que crecen allí sin dificultad, aunque la Biblia apenas lo mencione. Los escritos rabínicos son más prolijos y mencionan, además de las lentejas y las habas, los garbanzos, la achicoria, la lechuga, los rábanos, la cebolla, etc. Todo hace pensar que el puerro, el pepino cohombro y el ajo eran asimismo cultivados y apreciados.

Son bien conocidos también algunos condimentos de origen vegetal, tanto más por el hecho de entrar en la composición de las «hierbas amargas» y de la vinagreta con que se abre la cena pascual. El comino y el cilantro, la hierbabuena y la ruda, el hinojo y las alcaparras, el azafrán y la canela, son empleados corrientemente, así como la mostaza. Esta última crece tanto en estado silvestre como en cultivo. Nosotros usamos el grano de este árbol, pero en Israel se usa más bien la hoja cortada muy fina. También desde este punto de vista, la mesa, hasta la modesta, del galileo se encuentra bien abastecida, y también de estos usos alimentarios familiares se acuerda Jesús en sus parábolas y en su enseñanza.

La parábola del grano de mostaza está en la memoria de todos (Mt 13, 31-32 y par.). También los rabinos consideraban el grano de mostaza como la más pequeña de todas las semillas. Jesús ha visto en Galilea los arbolillos que brotaban, alcanzando a veces una altura de 3 metros. Así es el Reino para él, así es la expansión de la Iglesia para los evangelistas, que ven a tantos hombres y mujeres desamparados —los pájaros del cielo— venidos a refugiarse entre sus ramas. Bonita parábola, sacada de un ejemplo extremadamente familiar, que permite esperar enormemente de la población del Reino.

La cuarta invectiva de Jesús contra los escribas y los fariseos de Jerusalén menciona también otros tres condimentos: la menta, el aneto y el comino, estos están orgullosos de pagar el diezmo sobre ellos, siendo que la Ley no les obliga en absoluto (Mt 23, 23). Hacen, pues, lo suplemen-

tario, pero descuidan la misericordia y la fe, filtrando así el mosquito y tragándose el camello. Hasta Lucas, que pertenece a otra civilización, toma este ejemplo, porque debe ser elocuente también para sus lectores (Lc 11, 42 que añade a los tres condimentos «y todas las legumbres», fiel en esto a su manía de generalizar todo).

Por último, el grano de mostaza aparece de nuevo en labios de Jesús para desear que sus apóstoles tengan una fe al menos de esta talla (Mt 17, 20 y par.), un deseo que seguirá estando siempre de actualidad.

La cesta de la fruta está asimismo bien provista. Contiene dátiles que provienen especialmente de la región de Jericó, otrora llamada la «ciudad de las palmeras» (Dt 34, 3), pero que se cosechan también en el valle subtropical del Jordán; son comidos frescos o secos, abundan también las granadas, las almendras y los membrillos, encontramos también naranjas y limones, si tal es el sentido de las «manzanas de oro» de Pr 25, 11. Todo eso se produce en gran cantidad y apenas nos asombra leer en Plutarco que cada día llegan productos de Palestina a la mesa del emperador. La lista que acabamos de hacer, claro está, no es completa. Hay al menos tres productos que reclaman un tratamiento un tanto privilegiado.

En primer lugar, los higos. El árbol que los produce pide muy pocos cuidados y, sin embargo, brinda uno de los productos esenciales de la alimentación. La producción es suficiente como para permitir la exportación, especialmente a Roma, como acabamos de decir. Podemos hacer dos observaciones con respecto a la higuera. La primera es que parece escapar a la ley deuteronomica que prohíbe mezclar dos plantas diferentes en una viña (Dt 22, 9), la higuera, por el contrario, se planta de manera espontánea en medio de las viñas, lo que contribuye a conferirle un simbolismo particular. Si la viña es la imagen tradicional de Israel, la higuera representará fácilmente, o bien el Templo, edificado en el corazón de la viña-Israel, o bien, más tarde, entre los rabinos, la Ley de Moisés, que protege esta misma viña. Es verdad que el follaje abundante y ancho de la higuera resulta impenetrable, incluso en verano, a los rayos del sol, procurando así un lugar de reposo a la sombra al viajero. La segunda observación se refiere también a las hojas. Si bien la higuera las conserva todo el año en ciertos climas, como el de Jericó, las pierde, no obstante, cada invierno en las zonas más templadas, este rasgo hace de la higuera un árbol aparte, muy distinto del olivo, de la encina verde o del algarrobo, por ejemplo.

La higuera es un árbol demasiado común como para que Jesús no hubiera sacado de él comparaciones elocuentes. El carácter desarrollado del follaje de la higuera vuelve muy evocadora la cuestión de Jesús «¿Acaso se recogen uvas de los espinos o higos de los abrojos?» (Mt 7, 16 = Lc 6, 44). Es que hay falsos profetas en Israel que pretenden dar higos al pueblo,

sin embargo, mirándolos de cerca, no son más que espinos y abrojos improductivos causantes de arañazos.

A una comparación del mismo tipo recurre la carta de Santiago cuando habla de los peligros de la lengua. Es verdad que con la lengua se puede, a voluntad, pronunciar bendiciones o maldiciones, pero esa no puede ser la conducta del cristiano, que debe hacer salir de su boca palabras en todo conformes con su estado de bautizado. «¿Acaso la fuente mana por el mismo caño agua dulce y amarga? ¿Acaso, hermanos míos, puede la higuera producir aceitunas y la vid higos?» (St 3, 11-12).

Las diferentes formas que hayan podido adoptar en los evangelios las enseñanzas dispensadas por Jesús, a partir del ejemplo de la higuera seca, tienen en común haber conservado Jerusalén como marco. Esto constituye seguramente un rasgo original, porque es sobre todo en la montaña de Judea donde se verifica la aparente desecación de este árbol en invierno. Por otra parte, el contexto inmediato es el de la próxima destrucción del Templo, cuyo símbolo es precisamente la higuera. La profecía de Jesús queda así ilustrada con una parábola en acción (Mt 21, 18-22 et par.). Lo mismo sucede en el discurso escatológico en que responde Jesús a esta cuestión de sus apóstoles: «Dinos cuándo sucederá eso, y cuál será la señal de que todas estas cosas están para cumplirse». Él les dijo: «De la higuera aprended esta parábola: cuando ya sus ramas están tiernas y brotan las hojas, caéis en la cuenta de que el verano está cerca» (Mc 13, 4 28 y par.). Ahora bien, acaba de tratarse la cuestión de la próxima ruina del Templo, ello invita a comprender así el pasaje: la ruina del Templo constituirá el signo del fin de los tiempos antiguos, con la misma seguridad que el brote de las hojas de la higuera anuncia la llegada de la nueva estación.

El tercer evangelista es el único que nos refiere otra parábola relacionada con la higuera. En ella se evoca el caso de un propietario rural que se irrita al encontrar improductiva su higuera desde hace tres años y ordena al viñador —de acuerdo con la costumbre citada más arriba de plantar este árbol en las viñas— que la corte. El viñador solicita un plazo de clemencia, que aprovechará para dispensarle al árbol todos sus cuidados, cavando a su alrededor y echándole abono (Lc 13, 6-9). Los cuidados del viñador son superfluos, porque la higuera no reclama ningún tratamiento de este tipo, pero su petición es delicada. Delicada es también la interpretación de este pequeño texto. En rigor, el propietario no debe haber venido a verificar la productividad de su higuera durante los tres primeros años, puesto que no se puede ni cosechar, ni consumir los frutos durante este periodo (Lv 19, 23), si ha venido a su viña, debía ser en el transcurso de los tres años siguientes, lo que da un total de seis años infructuosos. Al pedir un último plazo de un año, el viñador conduce al árbol inculminado hacia su séptimo año, ¿que será sabático? Mas, ¿ha pensado Lucas en ello? Es esta una interpretación que anda lejos de ser cierta. Lo que sin duda pretende es evocar el ministerio de Jesús con ayuda de cifras simbólicas. Este ministerio se salda con la constatación de un fracaso, puesto que el pueblo sigue sin producir «frutos de conversión». Pero ¿qué importa, Jesús continuará a pesar de todo, hasta su Pascua del año próximo, conservando alguna esperanza de renovación.

Queda, por último, el episodio, típicamente joánico, de la invitación lanzada por Jesús a Natanael, para que se convierta en discípulo suyo. Jesús le califica de «israelita de verdad, en quien no hay engaño», y explica «Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi» (Jn 1, 45-50). No ha lugar a prestar a Jesús, a partir de este episodio, un conocimiento «divino» de los acontecimientos. Natanael bajo la higuera es un hombre piadoso refugiado bajo la Ley, una Ley que él vive sin engaño. Lo que es verdad es que Jesús discierne rápidamente la rectitud de los corazones.

Así pues, la higuera es un árbol importante. En la región de Jerusalén constituye un poco el símbolo de la muerte y de la resurrección, por eso hace una irrupción repentina en la predicación de Jesús. En el fondo, la higuera de Jerusalén es en cierto modo la réplica pascual de nuestro árbol de Navidad.

Pero ahora tenemos que hablar de la viña, que es el terreno privilegiado de su desarrollo. La uva crece por todos lados en la tierra de Israel, la producción es importante y de calidad. Es ampliamente suficiente para las necesidades, si no cotidianas (no se bebe vino todos los días en todas las familias), sí al menos semanales, así como para el abastecimiento de los mercados del Templo. Y todavía queda bastante para la exportación.

Para hacernos una idea de lo que era la viña en Israel y en los territorios países de alrededor, no es de ninguna utilidad contemplar, por ejemplo, los viñedos de la Rioja o de la Borgoña francesa. Las cepas que podemos ver en esas regiones no tienen nada en común con la viña palestina, que hace pensar más en un árbol con innumerables ramificaciones que en unos pies cortados y muy pequeños. Es sabido que la escalera que subía al piso, en el templo de Diana, en Efeso, estaba tallada en una sola cepa de viña, importada expresamente de Chipre. Sin acordarnos de esta majestad rutilante, es imposible comprender una expresión, frecuente en la Biblia, como «sentarse cada cual bajo su parra» (1 R 4, 25; Mt 4, 4, etc.). El episodio de Nm 13, 23, que relata lo visto por los espías enviados por Moisés a tierras de Canaán, es elocuente a este respecto: en efecto, los emisarios regresan con un racimo de uvas que han debido colgar de una pértiga para transportarlo. Por supuesto que aquí nos encontramos con toda una hipérbole oriental, y que estos exploradores vuelven del Valle de Eschol, palabra hebrea que significa «racimo», pero, con todo, aunque enormemente aumentado, el rasgo sigue siendo evocador de las viñas palestinas.

La viña es también un símbolo de la riqueza de la Tierra prometida. Constituye, pues, el emblema vegetal de Israel y de su tierra. Herodes el Grande la representó sobre una cara de las monedas que hizo acuñar durante su reinado. Si la tierra de Israel es un don gratuito de Dios, la viña lo es también y, a partir de ahí, todo lo que se relacione con el

viñedo, con la uva, con el vino o con el mosto depende del simbolismo de la gratuidad divina, de la prosperidad y del amor gozoso. Existía en tiempos de Jesús una fiesta popular, celebrada el 15 del mes de *Ab*, esto es, en los últimos días del mes de agosto y en los comienzos de septiembre, en cuyo transcurso se reunía la juventud local en los viñedos: las muchachas daban entonces delante de los muchachos, en una expresión de amor juvenil, que suponía un amplio espacio para tales pasatiempos.

De esta descripción se desprende que el viñador palestino se mata menos en el trabajo que el riojano o el catalán. Es cierto que tiene que podar la viña, quitarle los parásitos trepadores que le molestan y amenazan con ahogarla, regar y abonar el suelo, si hay necesidad, pero la naturaleza —quiero decir Dios— provee ya de muchas cosas, distribuyendo el sol de la jornada y el rocío de la mañana, principios fundamentales del crecimiento de la cepa y del engorde de los racimos.

A la luz de todo esto, se hace patente que el Padre es el único verdadero y buen viñador. Tiene una viña, una sola, Cristo, que es objeto de su benevolencia y de su predilección. La rodea de tantos cuidados que se despliega en una multitud de sarmientos. Sin embargo, forma parte de su trabajo impedir que las excrescencias inútiles desvitalicen la cepa: todo sarmiento que no da fruto, lo corta, con un afán de purificación constante (Jn 15, 1-8).

En un sentido muy próximo a este hay que comprender también la parábola de los viñadores homicidas (Mt 21, 33-45 y par.). Para Jesús no se trata en modo alguno de criticar la viña-Israel. No va más que contra aquellos que deberían cuidar el viñedo a fin de hacerlo productivo para el propietario, Dios. El apólogo apunta a los sumos sacerdotes y a los fariseos en Mt, a los sumos sacerdotes, a los escribas y a los ancianos en Mc, a los sumos sacerdotes y a los escribas en Lc. Se ha descubierto que toda esta gente, a cuya diligencia estaba confiada la viña, no le dispensaba los cuidados necesarios, y lo que es más, rechazan fuera de la viña al hijo del propietario, excluido en adelante de su territorio natural: en efecto, Jesús morirá fuera de los muros de Jerusalén (cf. Jn 19, 17; Hb 13, 11-13, y, para la aplicación a los discípulos, cf. Hch 7, 58).

El simbolismo de la viña es, por otra parte, tan familiar que no es necesario que evoquemos aquí todos los pasajes del Nuevo Testamento que sacan a escena una viña o un viñador (las dos palabras reunidas son empleadas 34 veces): son elocuentes por sí mismos.

La viña produce uva, que puede ser comida fresca o en forma de pasa. La uva pasa se obtiene mediante la exposición del fruto al sol, tras un baño en una solución de potasa. El fruto es apreciado de ambas maneras en todas partes de Palestina (y en otros lugares, especialmente en Corinto). De la uva se saca asimismo tres tipos de bebidas. El primero es el mosto, zumo no fermentado, que sirve mucho en los sacrificios del Templo y al

que tienen derecho los levitas y los sacerdotes en efecto, el vino les está desaconsejado, pues, a fuerza de consumir, no estarían ya en condiciones de distinguir lo puro de lo impuro, según Lv 10, 9-10. Si bien el mosto es descrito como «los lloros de la uva» (Ex 22, 29), el vino es, por contra, «la sangre del racimo» (Gn 49, 11, Dt 32, 14), en evidente alusión a su color. En ambos Testamentos se recomienda la templanza, a fin de poder conservar fría la cabeza. El *Talmud* recomienda al rabino que no enseñe la Ley si ha tomado más de un cuarto de *log* de vino puro, esto es, el equivalente a cinco cascarones de huevo más o menos dos decilitros, pero hay que precisar que la riqueza en alcohol del vino palestino es bastante elevada. Con menor precisión, los apóstoles se inclinan de manera general a la sobriedad. «Sed, pues, sensatos y sobrios para daros a la oración», es la invitación de 1 P 4, 7. De la uva se saca también, por último, bebidas fuertes, muy fermentadas, que apenas merecen los honores de las Escrituras. En la misma medida en que el vino alegra sanamente el corazón del hombre, en esa misma medida lo usa la liturgia, de manera singular en las cuatro copas de la cena pascual, a las que hasta el más pobre de Israel está obligado, pero, por contra, está recomendado evitar las bebidas que se suben a la cabeza. Un *nazir* no puede beberlas (Nm 6, 3, Lc 1, 15) aunque, no obstante, intervienen también en los sacrificios rituales, pues el sacrificio cotidiano va acompañado de una libación de «bebida fuerte» (Nm 28, 7, que precisa «Derramarás un cuarto de *hin*», aproximadamente litro y medio).

Mosto, vino y *shékar*, alcohol de vino, son, pues, las tres principales bebidas obtenidas a partir de la viña. A esto hay que añadir, por derivación, el vinagre, que, mezclado con una gran cantidad de agua, constituye una bebida refrescante, conocida ya de Rt 2, 14 y todavía en uso en algunas zonas rurales.

Le fue ofrecido a Jesús en la cruz (Lc 23, 36 y par.), pero no lo bebió en razón de su recentísimo voto de abstinencia. «A partir de este momento, no beberé del producto de la vid hasta que llegue el Reino de Dios» (Lc 22, 18). Se trataba de un gesto de misericordia por parte de los soldados. Pero Jn 19, 30 ha visto en ello otra cosa: en este evangelio bebe Jesús este brebaje para cumplir la Escritura del Sal 69, 22 y llegar hasta el final de su humillación. En ninguna otra parte del Nuevo Testamento se habla del vinagre.

La gran trilogía frutal de la tierra de Israel está formada por el higo, la uva y la oliva, de la que tenemos que hablar ahora. El olivo es extremadamente común en Palestina donde crece alegremente por todas partes, al menos por debajo de los 800 metros de altitud. Es «el primero de los árboles» en la conocidísima fábula en que los árboles buscan un rey, el olivo es el primero a quien se pide acepte este difícil cargo (Jc 9, 8-15).

Es preciso reconocer, además, que este vegetal es bueno para todo. Da frutos, drupas, comestibles tal cual, ya sean verdes (recogidas en agosto) o muy maduras (recogidas en pleno otoño). De este fruto se saca el aceite, uno de los elementos básicos de la cocina mediterránea, que también es bueno para alumbrar, para dar culto en el Templo, para ungir y perfumar (basta con añadirle perfumes y aromas) y, en consecuencia, entre otros cargos, también para consagrar al rey y al sumo sacerdote. Su tronco es bastante firme para servir en ebanistería y carpintería de lujo, mientras que sus ramas muertas constituyen un excelente combustible, lo mismo que sus raíces.

Sin embargo, se trata de un árbol que no es fácil de cultivar. Reclama cuidados y atenciones múltiples, porque es sensible a todo: a las heladas, sobre todo, pero también a los parásitos y a los insectos de todo tipo. Plantar un oliveral supone asegurarse una buena cantidad de trabajo, y una dosis aún mayor de serena paciencia. Hacen falta no menos de quince años para obtener un olivo en plena productividad. Las atenciones que pide y la paciencia que exige le han convertido en un símbolo de la paz. Si la paloma de Noé trae una rama al arca, una semana antes del Año Nuevo (Gn 8, 11-13), es señal de que las aguas han bajado mucho (por debajo de los 800 metros), de que el olivo ha tenido ya tiempo de reverdecer y de que el tiempo de la paciencia de Dios para hacer la paz con los hombres ha comenzado.

Junto al olivo franco, es decir, cultivado, podado y cuidado diariamente, existe también el olivo silvestre o acebuche, cuyos frutos no son comestibles. Está emparentado con el alheña —el *oleaster*— y puede superar los quince metros de altura. En el Templo de Jerusalén, la sala llamada *Hékal*, el «Santo», que precede al «Santo de los Santos», o *Debir*, estaba cerrada por una puerta de dos batientes hecha de madera de acebuche, en esta misma madera estaban esculpidos los dos querubines que guardaban la entrada del Santo de los Santos (1 R 6, 23, 31). Esto es bastante para dar una idea del precio que se pagaba por esta madera y lo oneroso que era cortar estos árboles para las necesidades de carpintería. Es verdad que los había en una enorme cantidad, lo que confirma este adagio del *Talmud*. «Es más fácil hacer crecer un bosque de olivos en Galilea que educar a un solo joven en Israel».

Curiosamente, el Nuevo Testamento no habla del olivo, *elaia*, mas que a propósito del «monte de los Olivos», como si este árbol no hubiera sido empleado en la predicación de Jesús. Aparece, sin embargo, en forma indirecta, con la mención del aceite de oliva, *elaion*, en la parábola de las vírgenes prudentes y las vírgenes necias, pronunciada precisamente en frente de esta alta colina que domina Jerusalén. Las diez muchachas del sequito son asimismo vírgenes, es decir, que simbolizan todas ellas al Israel fiel. No obstante, han hecho su provision de aceite, las otras no. Unas,

por consiguiente, alumbraran cuando venga Cristo, las otras le dejaran en la oscuridad y el mismo no las reconocera (Mt 25, 1-13). El contexto invita a ver en este aceite las buenas obras —la fe en actos—, del mismo modo que para el campesino palestino el aceite de oliva es el resultado de una labor constante y atenta.

Por supuesto, la alusión mas frecuente, aunque indirecta, al aceite de oliva es el título de Cristo, atribuido constantemente a Jesús. El es el Ungido por excelencia, aunque nunca se hace mención explícitamente de ninguna unción, a no ser a través de la cita del Sal 45 7-8 realizada por Hb 1, 8 9, donde se trata de la unción real. Esta claro que no es un rito humano el que revela en Jesús al Mesías esperado, sino la Resurrección, que es el acto de benevolencia del Padre respecto a él. Cristo es al Padre como el aceite al olivo: un producto muy puro, fruto de una larga maduración y de unos cuidados continuos.

El texto neotestamentario mas extraño sobre el olivo es con toda certeza Rm 11, 16-24. Pablo es un intelectual cuyo medio privilegiado está constituido por la ciudad y, no cabe duda de ello, está poco al corriente de lo que se refiere a la agricultura. Por eso, el largo desarrollo que consagra en este pasaje a los acebuches y a los olivos carece de rigor, aunque, a través de los errores botánicos, se adivina su pensamiento. Pablo escribe, pues, a los romanos que los paganos son comparables a acebuches que han sido, por la gracia de Cristo, injertados en el olivo que es Israel. El apóstol parece ignorar que el injerto se practica a la inversa de su imagen: es preciso rodear el acebuchillo con esquejes de olivo para volverlo olivo a su vez.

Notemos, por último, que la última vela de Jesús transcurre en agonía en un lugar llamado Getsemaní (Mc 14 32 y par.), lo que significa «prensa de aceite» (o de ungüentos): el nombre es apropiado si se trata de un campo situado a un nivel inferior al del monte de los Olivos.

2 Ganadería, pesca y salazones

Nos está permitido ser más breves en el tema de la crianza de ganado en Palestina, porque apenas aparece en los evangelios y mas raramente aun en las parábolas de Jesús, además, en el párrafo siguiente, tendremos ocasión de decir algo más sobre el tema a propósito de las actividades comerciales desarrolladas en Jerusalén.

Galilea, Samaria y la llanura de la costa son regiones de tierra fértil, y está dedicada sobre todo a los cultivos ya señalados, la Judea montañosa es poco propicia para la cría de ganado y, sin embargo, las necesidades de carne son allí enormes. No porque el israelita coma mucha —de hecho consume apenas una vez por semana—, sino porque los sacrificios del Templo son extremadamente numerosos: nada mas que para la celebración de la pascua es preciso contar con la inmolación de cerca de 18 000 corderos.

Estos imperativos han conducido a unas cuantas reglas relativamente simples. Se intenta criar todo lo que se reproduce y no consume demasiado, se importa lo que come demasiado y/o no se reproduce. Por otra parte, la naturaleza misma del suelo distribuye la crianza de esta manera: en la montaña árida de Judea, los corderos y las cabras, y también las palomas, la Transjordania proporciona los animales para la carnicería y en especial los carneros, la llanura costera, entre Jaffa y Lydda, desarrolla la cría y engorde de terneros. Galilea está en condiciones de proporcionar ganado bovino para el templo, pero se plantean problemas de transporte: el viaje por el valle del Jordán y Jerico es largo, la travesía por Samaria, mas corta, hace a los animales impuros para los sacrificios.

Junto a las necesidades alimentarias y culturales, queda aún sitio para los animales de tiro y carga. El asno está omnipresente en toda Palestina y el buey es tenido en gran estima por los labradores en razón de su robustez: si el asno es el 2 CV de nuestros días, el buey es el tractor inapreciable. Como es sabido, el caballo no es domado mas que para la guerra y no entra aquí en consideración.

En la parábola de los invitados que rehusan asistir al banquete real, Lucas parece conocer bien el precio de los bueyes: según él, uno de los invitados pone como excusa que acaba de comprar cinco yuntas de bueyes y tiene que probarlos (Lc 14, 19). En el relato paralelo de Mateo, las escapatorias de los invitados están mas difuminadas, al tiempo que los toros y los animales de engorde aparecen en el menú del rey que invita (Mt 22, 4). Se trata del festín de bodas de un heredero real, lo que indica la calidad de tales carnes. En Lucas, sin embargo, los pretextos esgrimidos son concretos: el primero ha comprado una finca, el segundo las cinco yuntas de bueyes, el tercero, por fin, se ha casado. Estas razones no dejan de recordar las que excusan la no participación en el combate en tiempos de guerra. Están, efectivamente, dispensados: los que han edificado una casa y no la han habitado durante un año, los que han plantado una vinya y no han probado todavía las primicias, y, por último, los que se han casado —mas exactamente comprometido en noviazgo— y no han conocido aun a su prometida (Dt 20, 5-7). El hecho de participar en el festín de Dios ¿podría asimilarse a la entrada en un combate?

El asno no interviene, en compañía del buey, mas que en el apólogo de Lc 13, 15, puesto en labios de Jesús, que acaba de enderezar, en día de sábado, a una mujer —¡a una hija de Abraham!— encorvada desde hacia dieciocho años. Jesús denuncia la hipocresía de los fariseos y del jefe de la sinagoga, que violan el descanso sabático en provecho de estos dos animales, pero se indignan de que Jesús cure, ese día, a una hija de Israel atada por el demonio. Por encima de la lección moral dada por Jesús, se nos informa de las atenciones de que eran objeto estos animales de tiro.

Por lo demás, y al margen de los animales expulsados del Templo por Jesús, apenas se trata mas que de corderos, carneros y ovejas. La alegoría del buen pastor (Jn 10, 1-18) muestra la familiaridad de Jesús con los usos

y costumbres de los pastores de la alta Galilea y de Judea sabe como llaman a sus carneros, cómo mantienen la cohesión del rebaño, como sus voces se vuelven familiares a sus animales, la imagen del cercado con puerta única forma parte asimismo de lo que todo el mundo podía ver a su alrededor prácticamente en todo el país.

Algo más extraña es la parábola de las cien ovejas de las que una ha dejado el rebaño (Mt 18, 10-14 = Lc 15, 4-7). Extraña, porque las ovejas son gregarias y es más bien raro que un animal se aisle de todos los demás. Es raro, aunque no imposible. Es sabido que una desgracia de este tipo le llegó en 1947 a un joven beduino, pastor, llamado Mohammed ed-Dib. Buscando su oveja extraviada fue como descubrió, por sorpresa, los celebres manuscritos de Qumrán. Sea como fuere, la advertencia de Jesús es clara: los responsables de las Iglesias no pueden tolerar que se pierda o se extravíe «uno solo de estos pequeños», dando a esta última expresión su sentido evangélico: es «pequeño» el joven bautizado todavía poco aguerido en la fe y en la vida cristianas.

La pesca es otro de los recursos importantes de Palestina. Se practica ampliamente a orillas del Mediterráneo y, de modo un poco más parco, en las aguas del Jordán. Constituye toda una industria alrededor del lago de Genesaret, donde se cuentan, por lo menos, catorce clases de peces, buena parte de las cuales se encuentra en las aguas del Nilo.

Si bien es abundante, la fauna acuática está, no obstante, reducida por las prohibiciones de la Ley de Moisés, que no considera como puros, y por tanto comestibles, más que los pescados que tienen aletas y escamas (Lv 11, 9-12). Esto reduce los menús de pescado, que, un poco como ocurre entre nosotros, sigue siendo un plato buscado, presente en las mesas, sobre todo con ocasión de alguna fiesta.

Aunque el sistema fluvial jordano cuenta con peces, no sucede así hasta la desembocadura en el mar Muerto. El grado de salinidad de este mar interior es tal (27%) que no permite ninguna vida en sus aguas. La visión de Ezequiel, que se expresa mediante la imagen de un mar Muerto regenerado por ríos de aguas vivas, que descienden en cascada desde el Templo de Jerusalén (Ez 47, 1-12), es una visión idílica de esperanza mesiánica. Entre tanto, los peces mueren en unos cuantos segundos cuando las aguas del Jordán los arrastran hasta él. La sal es, no obstante, benéfica, pues los excedentes de la pesca practicada en otros sitios son objeto de salazones apreciadas. En tiempos de Jesús debían existir varias empresas de este tipo en las proximidades de Tiberíades: en estos medios de la industria de la pesca y salazones es donde Jesús reclutó a sus primeros discípulos.

Las técnicas de pesca son variadas y algo diremos de ellas en las referencias neotestamentarias que siguen. Digamos simplemente que Jesús habla de «redes» (en plural) para la pesca en aguas profundas con pocos hombres, de «red» (en singular) para el mismo tipo de pesca, pero prac-

ticada de noche con numerosas barcas, esta técnica es parecida a la de «arrastre» (senne), que los romanos llamaban también *everriculum*, «escoba», pues permitía rastrear el fondo del lago. El esparavel es un instrumento que apenas sirve nada más que para la pesca en solitario y no permite más que la captura de peces que nadan en la superficie. Por último, la pesca con caña o con anzuelo se usa asimismo, como en nuestros días.

Notemos, finalmente, al menos dos topónimos estrechamente ligados a la pesca: Betsaida, que es la «casa de la pesca», y la ciudad de nombre helenizado Sidón, que no es otra cosa que la «pesquería».

Una de las primeras frases de Jesús, conservada con esmero por los tres primeros evangelios, es el *logion* sobre los pescadores de hombres (Mc 1, 16-17 y par.). Se dirige a pescadores profesionales, Zebedeo, el padre de dos de ellos, es patrón de una industria local, puesto que posee varias redes y contrata obreros asalariados (Mc 1, 20). Las dos técnicas, la red y el esparavel, son mencionadas aquí como una doble ilustración de lo que será este oficio nuevo.

Todos los relatos de multiplicación de panes incluyen la mención de peces además de los panes. Según los casos, se trata o bien de pez en el sentido más genérico del término (*ichtys*), o bien de pececitos (el diminutivo *ichthydion*), en cualquier caso, la presencia de pescado en las provisiones de un muchacho es, por lo menos, sorprendente (Jn 6, 9). Juan vuelve la cosa más verosímil hablando de *opsarion*, que se refiere a un pescadito seco o salado, la misma palabra aparece de nuevo en 21, 9-13, lo que invita a relacionar ambos textos y a ver, tanto en uno como en otro, una alusión a la eucaristía. Parece que el vínculo, establecido mucho tiempo antes de la redacción de los evangelios, entre el pan y el pez proviene del uso de las primeras comunidades, que hacían de la comida eucarística una comida festiva consumiendo pescado en esta ocasión, posiblemente como plato principal.

El pescado interviene aún en una enseñanza de Jesús sobre la eficacia de la oración: «¿Que padre, a quien su hijo le pide un pescado, le dará una culebra?» (Mt 7, 10 = Lc 11, 11). En consecuencia, si se pide con insistencia una cosa buena al Padre de los cielos, es seguro que la concederá. Pero hace falta que sea una cosa buena y, para Mt, el ejemplo típico es precisamente pan y pescado (a lo que Lucas, curiosamente, añade un huevo, sin que pueda encontrarse la razón que lo motive).

La última parábola de Mateo sobre el Reino extrae su imagen de la red que ha sido arrastrada sobre el fondo del lago y trae consigo toda clase de peces (Mt 13, 47-50, sin paralelos). Entre estos los hay buenos y malos, comestibles sin duda, según la Ley, y animales impuros. Los pescadores se sientan después sobre la orilla y se ponen a seleccionar. La aplicación que se hace de esta imagen al Reino no encierra, con todo, un paralelismo estricto. Es cierto que habrá en la Iglesia, y en el mundo en general, buenos y malos, puros e impuros, pero los apóstoles, convertidos en pescadores de hombres, no han recibido en modo alguno la misión de realizar la selección. Esta última está reservada «a los ángeles», «el día del juicio».

Los ángeles son una manera discreta, bien característica de Mateo, de hablar de Dios sin nombrarlo. Los temas que se anudan aquí son, por tanto, los de la paciencia y el juicio que está reservado a Dios, y que, por consiguiente, no ha sido delegado a los responsables de las comunidades.

Queda, en último lugar, el extraño episodio del pago del impuesto para el Templo, referido por Mt 17, 24-27 (carece de paralelos). Este impuesto es de dos dracmas por año e israelita de veinte años o más, sirve para comprar panes de oro que embelleceran el santuario. Por una parte, ni Jesús ni Pedro parecen disponer de dinero, por otra, existe una cuestión de principio y es que un hijo no paga rentas de este tipo a su padre: sólo los extranjeros están sometidos a ellas. Contra estas dos buenas razones para no pagar está el peligro de escandalizar inútilmente a los recaudadores del impuesto. Por eso le dice Jesús a Pedro que pesque un pez en el lago (pesca con anzuelo): encontrará en su boca un estáter, esto es, cuatro dracmas, importe del impuesto por Jesús y por el mismo Pedro. No forma parte del estilo de Jesús hacer milagros en su propio beneficio o para escapar de algún peligro, especialmente en materia de dinero. No cabe duda de que tenemos que comprender el texto de otro modo. Si el pez en el lago es la imagen del pecador hundido en el pecado (como en el *logion* sobre los pescadores de hombres), podría haber aquí una crítica velada al Templo y a sus tesoreros, para quienes el dinero de los pecadores es bien bueno para el Templo, y el pecador que ha satisfecho su impuesto está, además, en regla.

Todo lo que hemos dicho hasta ahora sobre la economía de la Palestina no se refería prácticamente más que a la provincia. Pero, ¿cómo se vivía en Jerusalén? Esto es lo que nos queda por ver.

B LA VIDA EN JERUSALÉN

1 Situación general

En sí misma, Jerusalén es una ciudad pobre y desfavorecida. Su situación geográfica es mala y las vías de acceso relativamente difíciles. El suelo no es propicio para la agricultura y la tierra no es buena para la artesanía de la alfarería. Hasta el agua tiene que ser usada con parsimonia, porque no hay más que una sola fuente digna de ese nombre para toda la ciudad: en Siloé. Resumiendo: los recursos naturales son muy escasos.

A pesar de todo, Jerusalén es una pequeña capital muy próspera. Ello se debe a que es la ciudad del único Templo de todo Israel y puede decirse, exagerando apenas, que toda la población, directa o indirectamente, vive de él, esta población, en tiempos de Jesucristo, era estimada, como mínimo, en 30 000 habitantes y, como máximo, en 50 000.

El Templo, y la liturgia que en él se celebra, tiene unas necesidades enormes. Hace falta, por supuesto, gran número de animales para los

sacrificios cotidianos, la alimentación del personal del Templo y la destinada a las oblaciones rituales no es tampoco poca cosa, los comercios de aceites, perfumes y ungentos son múltiples (no hubo dificultad en encontrar todo lo necesario para la sepultura de Jesús Jn 19, 39, Mc 16, 1, Lc 23, 56-57). Numerosos son también los comerciantes de artículos de pacotilla, que ofrecen así a los turistas y peregrinos la posibilidad de llevarse a sus casas recuerdos y regalos que, por otra parte, o bien carecen de la mínima originalidad, o bien son importados: no hay «especialidades de Jerusalén» ni otra artesanía que la utilitaria.

La atmósfera general de la ciudad es animada: sacerdotes, levitas y domésticos se afanan en torno al Templo, los comerciantes pregonan en voz alta su mercancía, los rabinos discuten y discurren un poco por todas partes, los soldados del ejército romano patrullan por la ciudad. Pero, si este es el espectáculo cotidiano, ¿qué decir entonces de los días de fiesta de peregrinación? En la Pascua, los cálculos más serios llegan a cifrar el número de peregrinos entre 150 000 y 200 000. La algazara llega entonces a su colmo, pero los comercios van viento en popa. El Templo se enriquece considerablemente en esos días en que se lleva a cabo la colecta del diezmo cultural calculado sobre los bienes raíces, el cobro de los dos dracmas para el oro del santuario, el pago de los votos y la ofrenda de los sacrificios personales suplementarios, los dones benévolos depositados en el Tesoro. Además, es de uso corriente que los peregrinos gasten en Jerusalén, para fines diversos y libres, otro diez por ciento de los ingresos de sus tierras y sus explotaciones: es lo que recibe el nombre de «segundo diezmo». Sí, efectivamente, el dinero circula en Jerusalén, cosa que no dejaría de sorprender a Jesús.

Así pues, el Templo polariza directamente una buena parte de los múltiples comercios, lo que produce inmediatamente la impresión de que se trata menos de un santuario —la Casa del Padre— que de una vasta guarida de negocios donde prima el interés.

Todo el mundo recuerda la profunda irritación de Jesús al descubrir, sin duda por primera vez, este aspecto del Templo, y los gestos de colera que le dictó este espectáculo (Mt 21, 12-14 y par.). Es una de las raras actitudes de violencia, si no la única, de que han guardado recuerdo los evangelistas. Pero, ¿es plausible este recuerdo? ¿Es verosímil, o solo posible, que Jesús obrara, con toda impunidad, una razzia semejante sobre la esplanada del Templo? Parece ser que sí y que las escenas de este tipo no debían ser ni siquiera raras. Es evidente que debía existir un mercado general, dado que los peregrinos no podían llevar consigo todo lo necesario para sus sacrificios, por otra parte, muchos judíos venían de lejos y debían cambiar su propia moneda por dinero del Templo. En realidad, había en Jerusalén dos mercados paralelos. El primero era el mercado oficial, en manos de los sumos sacerdotes (como precisaremos más adelante), que

garantizaba la pureza legal de los animales y de los alimentos para la oblation. Estaba instalado en la esplanada del Templo y probablemente era bastante caro. El otro se presentaba como un mercado libre, estaba situado al pie del monte de los Olivos, y los precios debían ser muy competitivos. Los comerciantes oficiales desacreditaban la calidad de los productos vendidos por sus rivales y de ahí provenían peleas a veces violentas. La intervención de Jesús en la esplanada pudo pasar muy bien por una querrela entre comerciantes rivales, sin que se le prestara demasiada atención por la fuerza de la costumbre. Una cosa completamente diferente, claro está, es el sentido que Jesús da a su gesto y con el que instruye a sus discípulos.

Los tres sinópticos escriben que Jesús expulsó de allí a todos los comerciantes y compradores, Mateo y Marcos precisan que derribaba las mesas de los cambistas y de los que negociaban con palomas, Marcos, por último, añade que prohibió a la gente atravesar la esplanada con recipientes, aquellos en que sin duda se vertían las harinas, aceites y vinos destinados al culto. Sean cuales fueren los detalles, el cuadro es claro. El cuarto evangelio se distingue de los demás por varias notas específicas. En primer lugar, la escena tiene lugar al comienzo, y no al final, de la vida pública de Jesús (Jn 2, 13-22), además, afecta no de manera indistinta a los vendedores y compradores, sino solo a los agentes de cambio así como a los comerciantes de bueyes y de corderos, en cuanto a los comerciantes de palomas, solo son apremiados por Jesús para que se marchen, sin ser molestados. Estos últimos son tratados, pues, pacíficamente, por respeto a los pajaros que ofrecen, símbolos a la vez de Israel y de la paz. La mención específica de la expulsión de los corderos tiene un alcance directamente teológico. Para el evangelista, la Pascua no tiene ya necesidad de cordero para ser dignamente celebrada: pueden y deben irse puesto que ahora Jesús está aquí, como único y verdadero cordero pascual. El relato joánico de la Pasión otorga a este simbolismo una particular evidencia (Jn 19, 14 31-34).

2 Industrias secundarias

De la hilatura y de la industria del tejido se ocupan sobre todo las mujeres, también algunos hombres se entregan a estos quehaceres, pero son despreciados por ello. Al tiempo que la Galilea, atravesada por una de las rutas de la India, se ha especializado en la industria de la seda, la Judea, donde abundan los rebaños de ovejas, trabaja principalmente la lana.

Las pieles de los animales ofrecidos en el Templo suscitan el desarrollo de la industria del cuero y de todos los oficios anexos: tenería, adobo de pieles, pellejería. Como ya hemos dicho, cada fiesta pascual exige 18 000 corderos, a lo cual se añaden los miles de pieles de los sacrificios de comunión, los cientos de pieles de los sacrificios privados diarios de expiación, sin contar todos los despojos de los animales de carne. El

tratamiento de esta masa de pieles reclama una mano de obra abundante, pero muy mal considerada, porque el contacto permanente con estas materias muertas, empapadas aún de sangre, vuelve impuro a aquel que las manipula. Por otra parte, no se puede instalar una tenería a menos de cincuenta codos allende los muros de Jerusalén (aproximadamente 40 metros). El cuero es útil para múltiples usos, desde los odres para el agua y el vino, hasta el vestido, pasando por las sandalias, cuya venta en la ciudad está atestiguada en tiempos de Jesús.

Resulta gracioso constatar que Pedro, en su primer viaje misionero a lo largo de la costa mediterránea, vaya a alojarse en casa de un curtidor (Hch 9, 43). Este es el primer paso hacia una abolición de las barreras legales judías entre lo puro y lo impuro. No obstante, el anfitrión que recibe a Pedro es un judío —se llama Simón— y la libertad que se permite Pedro es aún muy limitada. Pero fue en la casa de este hombre donde tuvo el apóstol la visión de la superación total de estas nociones, mediante la invitación de Dios a que comiera de toda clase de animales, permitidos o prohibidos. Esta visión es preparatoria de la conversión del primer pagano, Cornelio, el centurión romano (Hch 10, 1-48, 10, 9-16 para la visión).

Los usos de la alfarería son diversos: vajilla, almacenamiento de alimentos, depósito de objetos preciosos, receptáculos para manuscritos, etc. Pero la alfarería de Jerusalén no es impermeable y no conviene, pues, para la conservación de líquidos. Sólo dos ciudades de Galilea, Kfar Hananya y Kfar Shilim, tienen el monopolio de la alfarería impermeable. Por desgracia, cuando llegan a la capital, son declaradas impuras, tanto por su lugar de origen como por las manchas legales contraídas durante el viaje. El perímetro de la pureza legal está, efectivamente, restringido: el centro más alejado de alfarería pura es Modit, situado a 25 kilómetros al norte de Jerusalén. En principio, no puede haber en la Ciudad santa ningún taller de alfarero, este necesita un horno, el horno hace humo y el humo vuelve impuro. Complicaciones de la vida social y de los preceptos legales.

A propósito del arrepentimiento de Judas, indica Mt 27, 3 10 que este restituyó el dinero de su traición a los sumos sacerdotes, a quienes el hecho plantea problemas: este «dinero de sangre» era impuro. Con esa suma compran el «campo del alfarero» en vistas a convertirlo en un cementerio para los extranjeros. Esto parecería atestiguar la presencia de talleres de alfarería, no en la misma Jerusalén, sino en el valle de la Gehenna, al sur de la ciudad, donde se sitúa tradicionalmente el Hakeldama. La orientación general de los vientos en este valle, de oeste a este, sería particularmente favorable para la explotación de hornos y de hornillos. Mas la información que nos brinda Mateo —y sólo él— no puede ser considerada como cierta: podría tratarse muy bien aquí de una composición libre, de un *midrash* de

tipo rabínico, que combina diferentes textos proféticos: la compra de un campo, según Jr 32, 7-9, la alusión al campo del alfarero proveniente de Jr 19, 1-2, y las treinta piezas de plata que derivan de Za 11, 12-13.

El Templo y las fiestas de peregrinación favorecen, finalmente, el desarrollo de un artesanado de lujo; productos de maquillaje, ungüentos, perfumes para el Templo y para las mujeres guapas, residentes o de paso (cf. la pecadora de Lc 7, 37 y par.), collares, pulseras y pendientes de oro y de plata, juguetería de gustos diversos, etc.: hay que brindar a todos la ocasión para que gasten el segundo diezmo.

El resto de los negocios de Jerusalén es lo normal, aunque todo vaya ligado, más o menos directamente, a la vida cultural de la ciudad. Hay, como en todas partes, aunque en mayor cantidad, panaderos, barberos, aguadores (cf. Mc 14, 13 y par.), basureros, encargados especialmente de vigilar la pureza de los accesos al Templo, tejedores, bataneros y sastres, fabricantes de sellos y copistas, que acudían para ayudar a una población frecuentemente iletrada o poco familiarizada con la lengua de Jerusalén, en caso de que viniera desde los confines de la Diáspora. La estancia de Jesús en Jerusalén fue tan breve que no ha dejado aparecer en los evangelios muchas alusiones a las muy diversas actividades que se desarrollaban en la capital.

3. Abastecimiento

Todas estas actividades comerciales reclaman un suministro constante de materias primas y de géneros alimentarios. Jerusalén está en el centro de Israel y los profetas no vacilan en convertirla en «el ombligo de la tierra» (Ez 38, 12), pero los montes de Judea, que cuentan con innumerables grutas y cavernas, constituyen el campo ideal para salteadores de todo tipo. Los caminos son poco seguros, todo el mundo recuerda la parábola de Jesús que saca a escena a un viajero atacado y robado en el camino que va de Jerusalén a Jericó (Lc 10, 10-37, sobre ello volveremos a propósito de la sociología de la fe en Israel).

Esto provoca que el comercio de Jerusalén se una para constituir caravanas tan importantes como sea posible, para hacer desistir de atacar a las bandas de ladrones. Algunos textos citan el ejemplo de una caravana de 200 camellos, de los que cada uno transporta 300 kg. de pimienta. A las temibles reglas de la pureza legal se añaden, pues, las circunstancias aleatorias de la ruta, para complicar el transporte de los productos hacia Jerusalén, que es más una ciudadela que un nudo comercial.

Eso no impide a los comerciantes de la capital realizar buenos negocios en su ciudad, que es «el buen sitio». Esta gente se hace rica y sus gustos

se vuelven lujosos: la predicación de un rabí galileo desconocido y desprovisto de dinero, predicando la restitución del Templo a su única vocación: ser una casa de oración, no podía recibir más que una mala acogida en un medio social de este tipo.

4. La construcción

«Cuando marcha la construcción, todo funciona», asegura la sabiduría popular. Si el adagio es verdadero, todo va bien en Jerusalén, donde la industria de la construcción es próspera.

Y lo es principalmente gracias a Herodes el Grande, que hace ejecutar en la ciudad construcciones de todo tipo, muy influenciadas desde el punto de vista arquitectónico por el helenismo. Pero fueron sobre todo las modificaciones, de una amplitud apenas imaginable, aportadas al Templo, lo que hizo que la ciudad hirviera de artesanos durante más de ochenta años. Los primeros trabajos de elevación y de engrandecimiento de la esplanada comenzaron el año 20 antes de nuestra era y no acabaron hasta el 64 después de Cristo. Si creemos a Flavio Josefo, al comienzo de las obras se dio empleo a diez mil obreros, asistidos de mil sacerdotes hábiles en diversos oficios: estos últimos podían trabajar sin mayores riesgos de profanación en las partes más secretas y más santas del edificio. En la conclusión de los trabajos se contaba con 18.000 obreros y artesanos, que habrían quedado parados si las autoridades no hubieran decidido, por clemencia social, dedicarlos al empedrado de las calles de la ciudad desde antes del año 66.

La construcción del Templo —pues casi de una construcción se trataba— reclamaba expertos de los sectores más diversos: talladores de piedra y escultores, en especial para los capiteles; grabadores sobre estelas o sobre metales, para las inscripciones que jalonaban el itinerario de los peregrinos, carpinteros, orfebres y trabajadores de metales preciosos. Herodes tenía, efectivamente, pasión por el oro y había previsto que el Templo estuviera enteramente recubierto del mismo, cosa que, poco más o menos, fue realmente ejecutada. Cuando el saqueo de la ciudad del año 70, se recuperó oro en tal cantidad que el mercado de este metal se hundió a medias en toda la provincia de Siria.

Existía también una asombrosa variedad de otros oficios, en relación con las construcciones y con el permanente mantenimiento. Los utensilios litúrgicos debían ser verificados, reparados, e incluso reemplazados, de manera regular; las cortinas y los visillos eran objeto de vigilancia por parte de los sacerdotes, y un grupo de muchachas trabajaban de manera permanente en su restauración o en la confección de piezas de repuesto; el abastecimiento de agua constituía otro sector que requería mano de

obra; hacía falta igualmente barberos, médicos, barrenderos, etc. Tomada al pie de la letra, la afirmación de Jesús en el sentido de que podía reconstruir el Templo en tres días, siendo que se estaba trabajando en él desde hacía cuarenta y seis años, no podía por menos que suscitar la risa (Jn 2, 19-20).

En este mundo laborioso y agitado reinaba una justicia social bastante rigurosa. Los textos dan testimonio del carácter elevado de los salarios que se pagaban cada día, o incluso por horas en ciertas corporaciones; el subsidio de paro lo tomaba a su cargo el tesoro del Templo. Sin embargo, se cita al menos un caso de huelga para la obtención de un aumento salarial: la hicieron especialmente los fabricantes de perfumes para quemar y obtuvieron un aumento del 100%.

Casi todo lo que acabamos de decir no concierne más que a los edificios del Templo. Pero junto a este edificio monumental están aún todas las demás construcciones, públicas y privadas, tanto en Jerusalén como en sus arrabales. El evangelio habla de una torre que se había hundido, en el barrio de Siloé, enterrando a dieciocho personas bajo sus escombros (Lc 13, 4): evidentemente era una cosa triste para las víctimas, pero su restauración daba trabajo.

Jerusalén presenta, pues, en tiempos de Jesús, el carácter de una ciudad muy industrial, rica y repleta de gente. A pesar de todo, la ciudad está limpia. Se ha instalado una red de alcantarillado muy perfeccionada, con habitaciones de visita; la basura se deposita en ciertos barrios de fuera de la ciudad, en especial cerca de la Gehenna, en el sur, a donde se llega pasando por la puerta Esterquilina (es decir, puerta del Estercolero), las calles de la ciudad son barridas cada día. Semejante afán de limpieza es más bien raro en Oriente, pero se explica por las reglas tan minuciosas que protegían la santidad del Templo, en el que, sin duda, sus responsables vivían olvidando su propia purificación interior (Mt 23, 16-22).

5. Turismo

Peregrinos y turistas afluyen en gran número a Jerusalén, sobre todo durante las fiestas, claro está, aunque también a lo largo de todo el año. A pesar del vaivén incesante, no parece que la industria hotelera se desarrollara mucho. Estaba, sin duda, compensada por la legendaria —y muy real— hospitalidad oriental, se encontraba alojamiento en casas de amigos, de parientes —aunque fueran muy lejanos—, de gente con quien se mantenían vagas relaciones. Durante su estancia en Jerusalén, Jesús se aloja en casa de unos amigos, en Betania, y el alojamiento de su séquito, formado por quince o veinte personas, no parece suscitar ninguna dificultad (Mt 21, 17 y par.). Se encuentra asimismo asilo en casa de aquellos con

quienes se tiene afinidades espirituales, como entre los fariseos, o cristianos, o afinidades geográficas: un alejandrino será acogido sin problemas por un compatriota.

Son numerosos, efectivamente, los judíos de la Diáspora que, habiendo alcanzado el umbral de la vejez, se vienen a terminar sus días a la sombra del Templo. La mayoría de ellos son ricos y contribuyen a la prosperidad de la ciudad.

Estos inmigrados del atardecer tienen, no obstante, sus costumbres, sus ritos, e incluso su lengua. Esto es lo que explica la presencia en Jerusalén de varias sinagogas frecuentadas por judíos del mismo origen. Si comprendemos bien el texto de Hch 6, 9, un tanto confuso a decir verdad, habría, por lo menos, la sinagoga de los Libertos, la de los de Cirene, la de los alejandrinos, la de los de Cilicia y la de los asiáticos, pero había, sin duda, otras muchas aún. Buen número de estas sinagogas contaban con una hospedería para la gente de paso, para aquellos que provenían de sus comarcas.

Había asimismo posadas en la ciudad y en las proximidades, a veces reducidas a simples ventas para caravanas, donde los animales y las personas encontraban alojamiento con un confort extremadamente relativo (cf. Lc 2, 7 a propósito de las circunstancias del nacimiento de Jesús). ¿Qué importaba además? Jerusalén, punto de llegada de un viaje frecuentemente largo y penoso, era fascinante hasta el punto de hacer olvidar un alojamiento precario. Ya se nos ha hecho hora, también a nosotros, de ir a dar un paseo por la capital religiosa de Israel.



Capítulo IV

PASEO POR JERUSALÉN

A. TOPOGRAFÍA GENERAL DE LA CIUDAD

Jerusalén ocupa una plataforma alargada, rodeada por tres lados, al este, al sur y al oeste, por barrancos profundos que le dan el aspecto de un promontorio. La ciudad está rodeada de colinas, que constituyen como un recinto de fortificaciones naturales. *¡Jerusalén, de montes rodeada! Así Yahvéh rodea a su pueblo desde ahora y por siempre* (Sal 125, 2). Jerusalén no es, por tanto, prácticamente accesible a pie más que por el norte, por donde está unida a la cadena judía. El norte es, además, la vía de penetración de todos los ejércitos que quieren invadir la ciudad.

La plataforma misma sobre la que está edificada la ciudad está cortada de manera irregular por valles. Hay uno encorvado, ancho y profundo que corre de norte a sur y penetra en la ciudad por la puerta de Benjamín, llamada también puerta de los Peces, bordea el muro occidental de la esplanada del Templo y desemboca en la piscina de Siloé. Este valle recibía corrientemente, en tiempos de Jesús, el nombre de Tiropeón, es decir, el valle de los Queseros. Corta Jerusalén en dos y determina así una ciudad baja, al este, cuyo punto culminante mide 740 metros, y una ciudad alta, al oeste, con una altura máxima de 770 metros.

Casi paralelo al Tiropeón, pero bordeando la ciudad sin atravesarla, el Cedrón va cavando un profundo barranco a lo largo de todo el muro oriental de Jerusalén. En el extremo sur de la ciudad se unen los dos valles del Tiropeón y del Cedrón, a dos pasos de la puerta de la Fuente.

Hay un tercer valle que garantiza la protección natural de la capital bordeándola por toda su fachada occidental y meridional. Es el Gê-Hinnom, el valle (del hijo) de Hinnom, más conocido con el nombre helenuizado de la Gehenna, usado ya mucho antes de los tiempos de Jesús. Este tercer valle va a unirse con el del Cedrón, poco después de que este último se haya fusionado con el Tiropeón.

La ciudad está atravesada aún, pero esta vez de oeste a este, por pequeños valles de menor importancia, pero que contribuyen a dibujar

unas cuantas colinas que constituyen otros tantos barrios naturales. De estas colinas, la más vasta es la del sudoeste, comúnmente llamada la Sión cristiana, al menos desde el siglo IV. La colina del noroeste no parece tener ningún nombre particular; está situada a la misma altura que Sión. En cuanto a la mitad oriental de Jerusalén -la ciudad baja-, presenta tres plataformas un poco menos elevadas: yendo de norte a sur, atravesaremos sucesivamente la plataforma de Betesda o Bezatá, bien conocida por la piscina de cinco pórticos construida en ella (Jn 5, 2), el monte Moriyya, enteramente ocupado por el Templo, y, por último, la colina del Ofel, conocida también con el nombre de Ciudad de David. En cuanto al nombre de Sión, caro a algunos profetas, es posible que se refiera a la colina del Templo, pero es más probable que designe globalmente toda Jerusalén. La etimología de este nombre es oscura.

En tiempos de Jesús, la capital judía tiene *grosso modo* una disposición rectangular cuya base (de oeste a este) mide alrededor de 1.000 metros y cuya altura es de unos 1.200 metros. La superficie protegida por el muro del recinto es, pues, de un poco más de 1 km², poca cosa.

Por supuesto, el trazado de las murallas ha variado mucho a lo largo de los siglos, pero las descripciones y los planos que seguimos aquí corresponden a la Jerusalén de los tiempos de Jesús: no es difícil encontrar, en las Biblias recientes (e incluso menos recientes), planos que presentan los perímetros sucesivos de Jerusalén a lo largo de su historia (en la edición castellana de la Biblia de Jerusalén aparecen dos planos de la ciudad, uno en tiempos del Antiguo Testamento y otro para el tiempo del Nuevo). Conozcamos, pues, la capital del país de Jesús.

B. PARAJES Y MONUMENTOS

En el plano de Jerusalén que encontrará el lector en la página 67, hay ciertas indicaciones que no requieren comentario. Las rutas indican claramente los lugares de origen y de destino: señalemos simplemente que, a nuestro modo de ver, Jesús no abordó nunca Jerusalén por otro sitio que por las rutas que llevan las siglas c (que sube desde Jericó) y d (para ir a Betania o para venir de allí), a pesar de lo que dice la parábola tardía de Jn 4. Lo primero que aparece a su vista, tanto a la suya como a la de su grupo, inmediatamente, es el Templo y la ciudadela Antonia que lo domina. En cuanto a las puertas de la ciudad, hemos indicado sólo nueve, señaladas con las siglas comprendidas entre la a y la i, porque son las más importantes. Había otras, incluso simples portillos, alcanzando en total una buena quincena, que los arqueólogos no han identificado aún con certeza en su totalidad.

El Nuevo Testamento no cita por su nombre más que dos puertas: la de las Ovejas (b), para localizar mejor la piscina de Bezatá (Jn 5, 2), y la puerta Hermosa, donde Pedro curó a un tullido de nacimiento (Hch, 2.10). Es dudoso que se deba identificar esta con la puerta Dorada (c); es más probable que se trate de una puerta interior del Templo, que será mencionada a propósito de la descripción de este edificio. Todos los restantes empleos del término «puerta» son o bien metafóricos o bien están relacionados con puertas privadas de casas o de rediles. Los datos topográficos que nos proporcionan los evangelios dan a entender, no obstante, que cuando Jesús y sus discípulos entraban en Jerusalén lo hacían por la puerta Dorada (c).

A pesar de todo, posiblemente pueda sernos útil decir algunas breves palabras sobre las construcciones más características de la ciudad. Por comodidad, seguiremos el orden de los números del 1 al 10 que figuran en el plano.

1. La Antonia. Esta torre militar, de 50 metros de alta y edificada en el punto culminante de la ciudad baja, atrae todas las miradas. Es obra de Herodes el Grande, que la edificó sobre el emplazamiento de una antigua fortaleza, conocida en el Antiguo Testamento con los nombres de Biráh o Bâris. Herodes le dio el nombre de su protector romano, Marco Antonio, lo que indica que fue terminada antes de la batalla de Actium, el año 30 antes de Cristo. Esta construcción forma parte de una serie de refuerzos poliorcéticos —la poliorcética es la técnica del asedio a las ciudades— emprendidos por el rey y de los que son conocidos las torres de Fasael (nombre de su hermano), de Mariamme (nombre de su primera mujer) y de Hippicus (que viene de su amor a los caballos). La Antonia está defendida por un glacis o talud que la hace inexpugnable; desde su punto más elevado se puede controlar todo Jerusalén; existe una escalera que permite el acceso directo a la esplanada del Templo, por si alguna vez se origina allí algún tumulto. En ella se encuentra de manera permanente una cohorte romana (*speira*), bajo el mando de un *chiliarchos*, un jefe de mil, que tiene el rango de *tribunus*. Una cohorte equivale a la décima parte de una legión y cuenta entre quinientos y mil hombres, según esté dotada o no de una sección de caballería. La legión estacionada en la Antonia contaba con ella.

Este tribuno interviene especialmente para calmar la efervescencia que se originó cuando algunos judíos creen que Pablo ha introducido en el recinto sagrado del Templo a un pagano: el efesio Trófimo. Se dirige al atrio de los Gentiles con un destacamento y se hace escoltar de algunos centuriones

Los valles

- A Tiropeón
B Cedrón
C Gehenna

Los barrios

- I Sión cristiana
II Barrio noroeste
III Bezatá
IV Moriyyah
V Ofel

Las rutas

- a Ruta de Cesarea del mar
b Ruta de Samaría
c Ruta de Jericó
d Ruta de Betania
e Ruta de Belén y Hebrón
f Ruta de Emaús y Joppe

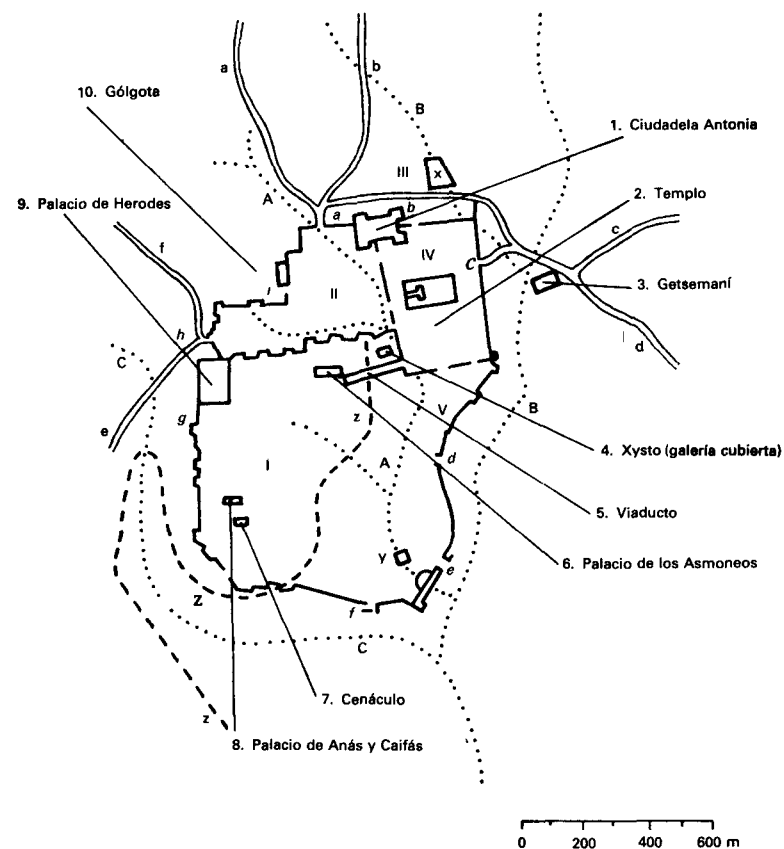
Las aguas

- x Piscina de Bezatá
o Probática
y Fuente y piscina de Siloé
z Acueducto

Las puertas

- a Puerta de Benjamín o de los Peces
b Puerta Probática o de las Ovejas
c Puerta Dorada
d Puerta de las Aguas
e Puerta de la Fuente
f Puerta Esterquilina o del Estercolero
g Puerta del Valle
h Puerta de los Jardines
i Puerta de Efraím o de la Plaza

PLANO DE JERUSALEN



(Hch 21, 27-36). A pesar de todo, autoriza a Pablo a tomar la palabra en público, para que se disculpe de una violación de la ley que él no ha cometido, pero también para justificar su ministerio entre los paganos (22, 1-21). Como Pablo se ha dirigido a la muchedumbre en arameo, el tribuno no ha comprendido nada y, constatando que el motín recobra amplitud, ordena a uno de los centuriones que flagele al sedicioso: es en ese momento cuando Pablo da a conocer su ciudadanía romana (22, 24-29). Temiendo que los judíos acaben apoderándose de Pablo, este mismo tribuno le hace conducir a Cesarea, de noche, por medio de dos centuriones que van al mando de una escolta de doscientos hombres, acompañados de setenta soldados de caballería y 200 lanceros, lo que representa una fuerza considerable (23, 23). Estos episodios manifiestan la rapidez de intervención de la guarnición romana, su tolerancia con respecto al mundo religioso judío y su respeto incondicional a la ciudadanía romana.

El relato joánico del arresto de Jesús hace intervenir también al jefe de mil con toda su cohorte (Jn 18, 3.12), hecho que es menos que verosímil. El cuarto evangelista, al precisar que la cohorte es conducida por Judas, en quien ha entrado Satán (13, 27), el Príncipe de este mundo (14, 30), explica su intención: son todas las fuerzas hostiles a Cristo y a sus discípulos las que se han citado en el huerto de Getsemaní. El rasgo es evidentemente alegórico.

2. El Templo. Este edificio es demasiado importante y ocupa demasiado sitio en el Evangelio como para poder ser tratado aquí en unas cuantas líneas. Le vamos a reservar todo el parágrafo siguiente de este mismo capítulo.

3. Getsemaní. No se trata, evidentemente, de un monumento, sino de un huerto (*kêpos*, Jn 18, 1), que lleva el nombre de «Prensa de aceite», un nombre que sólo han conservado Mt 26, 36 y Mc 14, 32. Está situado, con toda probabilidad, a unas cuantas decenas de metros más allá del Cedrón (B), completamente al lado de la ruta que bordea el monte de los Olivos.

4. El Xysto. El *Xystos*, en griego, es un lugar en que se entrenan los atletas; está emparentado, por consiguiente, con el gimnasio y, además, el antiguo Xysto de Jerusalén recibe el nombre de *palaistra*, palestra, en 2 M 4, 14. Herodes el Grande lo había dotado de mayor amplitud y lo había rodeado de una columnata. Había en Jerusalén una calle transversal que iba del palacio de Herodes (9) hasta el Templo, pasando por este concurridísimo lugar. Se celebraban, efectivamente, en este lugar un gran número de reuniones de todas clases, que no tenían nada que ver con el atletismo; el Xysto jugaba el papel del *forum* romano y el *agora* helenístico. Era asimismo un mercado, singularmente un mercado de esclavos, del que volveremos a hablar más adelante. Entre el Xysto y el muro occidental

del Templo debía situarse también el emplazamiento del Sanedrín, aunque es difícil de localizarlo con exactitud.

5. El viaducto. Se trata de otra construcción de Herodes; salta por encima del valle del Tiropeón y prolonga de este modo la calle descrita más arriba, la que parte del palacio de Herodes. Hay una escalera que permite acceder a él desde el palacio de los Asmoneos.

6. El palacio de los Asmoneos. Como indica su nombre, se trata de la antigua residencia de los descendientes de los Macabeos. Cuando se extinguió la dinastía con el advenimiento de Herodes el Grande, este consideró, sin duda, indigno de su importancia semejante edificio. Por consiguiente, lo abandonó, haciéndose construir para sí mismo y para su corte un palacio más fastuoso (9). El de los Asmoneos se quedó, pues, desierto, pero sirvió de alojamiento temporal a los descendientes de Herodes cuando venían a Jerusalén.

7. El Cenáculo. No es más que la cámara alta de una casa de un barrio burgués de la ciudad. La tradición localiza en él la última Cena, el lugar de reunión y de oración de los apóstoles y de las mujeres después de la Ascensión, así como la irrupción del Espíritu el día de Pentecostés. Esta tradición sólo está atestiguada desde el siglo V y no presenta muchas garantías históricas.

8. El palacio pontificio de Anás y Caifás. Se trata de una residencia privada, que no debemos confundir con el Sanedrín (cf. *supra*, a propósito del Xysto). Las excavaciones parecen indicar una morada suntuosa, rodeada de jardines en terrazas, con un patio interior bastante espacioso.

9. El palacio de Herodes. Conociendo a este rey como le conocemos, no resulta difícil imaginar el fasto de su morada, situada junto a la puerta de los Jardines (*h*), que debe su nombre a los espacios verdes y plantados de flores creados en este lugar. Estas dependencias permanecieron desocupadas después de que la Judea pasara a ser controlada por los prefectos romanos. Estos últimos habitaban en una ciudad herodiana muy helenizada y romanizada después: Cesarea; sólo con ocasión de sus desplazamientos a Jerusalén, especialmente para las grandes fiestas, habitaba el procurador de Judea en el palacio real. Es completamente verosímil que la casa estuviera precedida de un patio empedrado, llamado en hebreo *gabbatha* y en griego *lithostrôton* (quedando *edaphos* elíptico), es decir un (suelo) empedrado. Es más que verosímil que se encontrara allí el pretorio, el lugar en que el pretor dispensaba la justicia.

10. El Gólgota, o lugar del Cráneo. Se trata de una pequeñísima protuberancia del terreno situada a poca distancia de la puerta de Efraím (i), en medio de un huerto, según Jn 19, 41. Este topónimo es citado asimismo por Mt 27, 33 y Mc 15, 22, sin añadir ninguna otra precisión.

Antes de pasar a realizar algunos comentarios sobre los textos del Nuevo Testamento, tenemos que decir todavía algo sobre los puntos de agua de Jerusalén, de los que, al menos dos, aparecen en la topografía evangélica.

x. La piscina Probática o Bezatá o Betesda. Ha sido objeto de atentas excavaciones que parecen revelar la existencia de una pieza de agua, rodeada de cuatro pórticos y cortada en dos piscinas por un quinto pórtico (cf. Jn, 5, 2). Debía haber una fuente que la alimentara, provocando en ciertos momentos borboteos en el agua. Tenía la reputación de curar ciertas afecciones; han sido sacados a la luz ex-votos y recuperados numerosos dones realizados, sin duda, en señal de reconocimiento. El lugar debía ser bastante pagano y es posible que, en la época romana, hubiera sido venerado allí Esculapio, el dios de la medicina.

y. La fuente de Siloé recoge las aguas de la fuente de Gihón, situada al lado, y permite así el riego de los jardines y huertos situados a las orillas del Cedrón. Herodes el Grande le había añadido una piscina rodeada de un pórtico de columnas. Durante la fiesta de las Tiendas tenía lugar cada día una procesión hasta ella, para que los sacerdotes encargados recogieran un poco de agua en un cántaro de oro; este agua era derramada, a continuación, sobre el altar de los sacrificios. El nombre mismo de Siloé parece significar «derramamiento», pero el cuarto evangelio lo interpreta en un sentido pasivo —«el enviado»— a fin de poner en estrecho paralelismo a Jesús, el Enviado por excelencia, y el agua regeneradora del bautismo (Jn 9, 7.11). En tiempos de Jesús, este nombre había pasado a designar a todo el barrio construido en torno a la fuente.

Estamos en condiciones de brindar algunas precisiones a propósito de la topografía de los relatos de la Pasión de Jesús. Este pasó las noches que precedieron la fiesta de la Pascua en Betania (d), según Mt 26, 6 = Mc 14, 3; según Lc 21, 37, al aire libre en el monte de los Olivos, que está al lado. Durante este tiempo, Caifás y los sumos sacerdotes, reunidos en el palacio pontificio (8), buscan un medio de perder a Jesús; allí fue Judas a reunirse con ellos y donde recibió el precio de su traición (Mt 26, 3-4.14-16 y par.). La noche de la Pascua Jesús reunió a sus apóstoles posiblemente muy cerca del palacio, si debemos retener la localización del Cenáculo (7). Terminada la liturgia doméstica, Jesús y los

suyos abandonan la ciudad alta, atraviesan la ciudad baja, cruzan el Cedrón (b) y llegan a Getsemaní (3).

En este huerto es donde fue arrestado por gente sin mandato, enviados por Caifás desde su palacio (Mt 26, 47 y par.); si hay que creer a Jn 18, 3, algunos soldados estacionados en la Antonia (1) les habrían echado una mano. De este huerto fue conducido Jesús directamente al palacio de Anás y Caifás, haciendo de nuevo, en sentido contrario, el camino recorrido una o dos horas antes. En este mismo palacio debió tener lugar el interrogatorio de la noche (Jn 18, 12-24). Con las claras del día, Jesús debió ser llevado ante el Sanedrín, presidido por Caifás, lo que conduce de nuevo a Jesús hacia la ciudad baja, junto al Xysto (4). Durante el interrogatorio, Judas se vuelve al palacio pontificio y restituye el dinero recibido la víspera (Mt 27, 3-8, pasaje en el que todos los detalles no gozan de un rigor histórico cierto).

Desde el Sanedrín fue transferido Jesús a casa de Pilato, es decir, al palacio de Herodes (9), donde se desarrolla el proceso civil, que concluye con la pena capital de la crucifixión. Es en el patio exterior del palacio, el pretorio, donde se ha localizado la escena de los ultrajes y de la coronación de espinas (Mt 27, 27-30 y par.). Allí comienza el «camino de la Cruz» que acabó en el Gólgota (10): La distancia que media en línea recta entre ambos puntos es aproximadamente de unos 400 metros. El itinerario hace pasar a Jesús por el barrio noroeste, del que se puede salir por la puerta de los Jardines (h), o bien, y esto es lo más probable, por la puerta de Efraím (i). Es imposible saber el lugar del recorrido en que fue requisicionado Simón de Cirene, cuya penosa prestación no debió ser muy larga.

Sólo Lc 23, 8-12 menciona una comparecencia de Jesús ante Herodes Antipas, cortando en dos partes el proceso civil. En este supuesto, habría que contar un trayecto suplementario, una ida y vuelta desde palacio de Herodes (9) al de los Asmoneos (6).

C. EL TEMPLO DE JERUSALÉN

De todas las construcciones de la Jerusalén romanizada, es el Templo, sin el menor asomo de duda, la más impresionante. El espectáculo que ofrece al viajero que sube desde Jericó le deja sin respiración: haría falta leer de nuevo lo que sintió Flavio Josefo cuando lo descubrió por primera vez (*Bell. Jud.* V, 238 s.); estos mismos sentimientos fueron los que debieron invadir a los discípulos, unos provincianos de Galilea, al descubrir la capital (cf. Lc 21, 5-7 y par.).

En tiempos de Jesús el Templo cuenta ya con una larga historia. Había sido levantado por Salomón, en el tiempo del esplendor de este rey (1 R 6, 1s), pero los babilonios no lo respetaron cuando destruyeron la ciudad el año 586 antes de Cristo. A la vuelta del exilio, Ciro favorece su reconstrucción, pero la nueva morada de Dios entre los hombres no recuerda, sino de muy lejos, el fasto salomónico y se separa aún más de las visiones

Puertas exteriores

- 1 y 2 Puertas occidentales de nombres desconocidos
- 3 Puerta de Coponius (entrada principal)
- 4 Portillo occidental, que termina en una escalera
- 5 y 6 Puertas de Hulda (puerta Doble y puerta Triple), que terminan en una escalera
- 7 Puerta Dorada o puerta de Susa
- 8 Puerta de Todi o puerta de las Ovejas

Los atrios

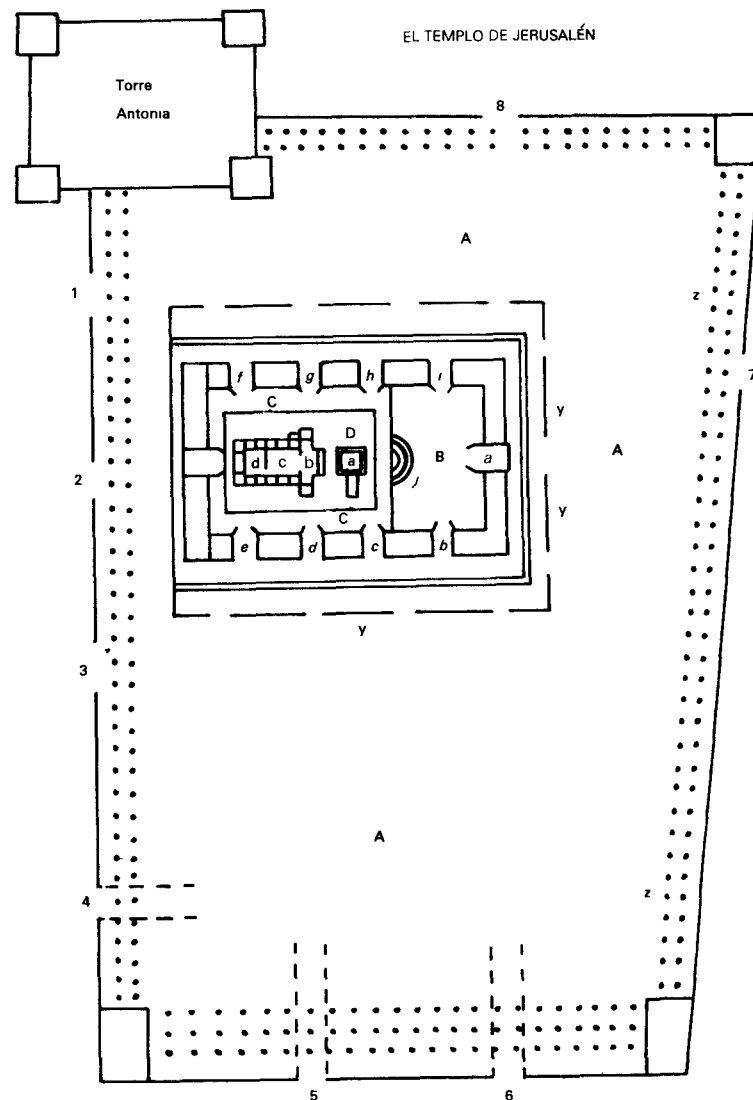
- A Atrio de los Gentiles o de las Naciones
- B Atrio de las Mujeres
- C Atrio de Israel
- D Atrio de los Sacerdotes
- y Balaustrada que corta el acceso
- z Pórtico de Salomón

Puertas interiores

- a Puerta de Nicanor o Puerta Hermosa
- b Puerta del atrio de las Mujeres
- c Puerta de las Aguas
- d Puerta de los Primogénitos
- e Puerta del Fuego
- f Puerta del Hogar
- g Puerta de las Ofrendas
- h Puerta de la Centella
- i Puerta del atrio de las Mujeres
- j Gran Puerta o puerta Superior

El Santuario

- a Altar
- b Pórtico
- c El Santo, o *Hékal*
- d El Santo de los Santos o *Debir*



que de él había tenido Ezequiel (40, 1-43, 12). Hay que esperar al reinado de Herodes el Grande para que el edificio recobre su prestigio e incremente su amplitud.

El primer gran trabajo consistía en aumentar, prácticamente al doble, la superficie total de la esplanada mediante trabajos por debajo de la misma, con basamentos de bóvedas múltiples (que se muestran en la actualidad a los peregrinos y a los turistas bajo la denominación de «camballerizas de Salomón») y varias escaleras de acceso. La esplanada quedó de forma trapezoidal, con estas dimensiones: oeste 486 metros, norte 317 metros, este 474 metros y sur 285 metros; el perímetro era de 1.562 metros en lugar de los cerca de 720 metros (4 estadios de 185 metros) de la antigua disposición.

Como no era posible nivelar por completo toda esta superficie, existían zonas con un cierto relieve que rompían la monotonía. Así, el atrio de los Gentiles (A) está a un nivel inferior con respecto a otros atrios, ocupando la parte dominante el lugar en que está emplazado el santuario (D).

Son varias las puertas que dan acceso a la explanada. La principal es la que recibe el nombre de Coponius (3), que le viene del primero de los gobernadores romanos instalado en Judea después de la deposición de Arquelaos. Esta permite un acceso sin dificultades, gracias al viaducto que pasa por encima del Tiropeón. Por el contrario, las puertas 4, 5 y 6 desembocan en las subestructuras de la esplanada, de donde parte una escalera que conduce al aire libre. La puerta de Coponius es la que utilizan habitualmente los habitantes de Jerusalén. En la parte opuesta está la puerta de Susa (así llamada porque, al parecer, había figurado en los batientes de la misma un plano de esta ciudad), o puerta Dorada (7), constituye el acceso normal para los peregrinos que vienen del valle del Jordán y que tienen prisa por visitar la «Casa donde habita el Nombre». Estamos mal documentados sobre la única puerta septentrional, a la que la *Mishná* da el nombre de «Todi». Ocho puertas se abren, pues, sobre los atrios, dos veces la «cifra de la creación» —4—, lo que confiere al conjunto un carácter teológicamente universal.

Sin embargo, la superficie está dividida en una serie de atrios, como en la mayoría de los templos orientales: en la actualidad se verifica mejor el ordenamiento visitando los templos ptolomeos de Egipto, en especial los de Edfú. La mayor parte del espacio está destinado a los paganos (A), que pueden circular libremente por él. Esta zona está delimitada por una balaustrada (y) horadada por aberturas marcadas con un cartel: «Se prohíbe a todo extranjero franquear la barrera y penetrar en el recinto del santuario. Quien sea cogido, será él mismo responsable de la muerte consecuente.» La violencia de las invectivas dirigidas a Pablo, en el ya citado texto de Hch 21, 27-36, muestra la importancia que se daba a esta prohibición.

Más allá de la balaustrada vienen tres puertas que dan acceso al atrio de las Mujeres (B, puertas *a*, *b*, *i*) con el que comienza el santuario propiamente dicho. La puerta central es la puerta de Nicanor, también llamada «Puerta Hermosa», y también Puerta Corintia. Es la única que no es de oro, sino de bronce.

Delante de esta puerta, a la altura de la balaustrada, es fácil encontrar mendigos pidiendo una moneda, tanto a los que entran en el Templo (y tienen el deber de gastar el «segundo diezmo», si no residen en Jerusalén), como a los paganos que se acercan todo lo que pueden al santuario. Estos demandantes de la caridad pública son numerosos todos los días, pero proliferan durante las fiestas de la Pascua, porque está recomendado no ser tacaño con las limosnas la noche de Pascua. Cuando Judas abandona la última cena con Jesús, los discípulos piensan que, como tesorero del grupo, va a realizar algunas larguezas (Jn 13, 34b). Después de Pentecostés y en esta misma puerta Hermosa (que no debemos confundir con la puerta Dorada, n.º 7) es donde Pedro y Juan curan a un paralítico que, en esta fecha, no tendrá más de treinta y ocho años, como aquel que fue curado por Jesús, dos años antes, en la puerta de las Ovejas (Jn 5, 1-5), pero que habrá alcanzado los cuarenta años (Hch 3, 1-10.22), cifra bíblica de la plenitud, de la entrada definitiva en la Tierra prometida.

Subiendo algunos escalones, la Gran Puerta o puerta Superior (*j*) permite el acceso desde el atrio de las Mujeres (B), bastante espacioso, al atrio de Israel, reservado a los hombres. A decir verdad, se trata menos de un atrio que de una especie de ancho corredor que bordea el altar de los sacrificios, el Santo y el Santo de los Santos; hay seis puertas que permiten el acceso hasta él sin pasar por el atrio de las Mujeres, puertas que tienen un nombre relacionado, de modo más o menos claro, con los ritos a los que daban acceso, son las *c*, *d*, *e*, *f*, *g* y *h* del plano.

Siguiendo adelante, viene, por fin, el Templo propiamente dicho. En su celo, Herodes respetó escrupulosamente la disposición de Salomón, pero añadiéndole una magnificencia que permite al edificio rivalizar con los más hermosos santuarios helenísticos. El de Jerusalén es, de hecho, un enorme cubo de 50 metros de arista (un volumen que equivale a más de la mitad de la catedral de Notre-Dame de París: para lo que fue la Antigüedad, se trata de un edificio modesto, aunque no carece de grandeza).

Una escalera de doce peldaños conduce al pórtico (*b*), situado más allá del altar de los sacrificios (*a*) en el atrio de los Sacerdotes (D). Desde allí se penetra en el *Hékal*, el Santo (*c*). En el centro de esta pieza se encuentra el altar de los perfumes, de donde suben hacia Dios las plegarias de los fieles, simbolizadas por el humo de los inciensos; a la izquierda del altar se encuentra dispuesta la mesa de los panes de la oblación, llamados también «panes de la Faz» (para la descripción de la mesa: cf.

Ex 25, 23-28; para los panes: cf. Lv 24, 5-9). Finalmente, a la derecha del altar, se encuentra el candelabro de siete brazos, que da testimonio de la presencia luminosa de Dios en el Santo de los Santos.

Este, llamado en hebreo *Debir* (palabra que no deriva de la raíz *dabar* —decir, hablar—, sino que está emparentada con otra que significa «lo que está detrás, lo que está al Occidente»), está separado del *Hekal*, no ya por un muro, como en el Templo de Salomón, sino por un doble velo, ese que los relatos de la Pasión desgarran simbólicamente a la hora de la muerte de Jesús (Mt 27, 51 = Mc 15, 38). En este local oscuro, desprovisto de todo mobiliario, mora Dios, y nadie tiene derecho a penetrar, excepto únicamente el sumo sacerdote con ocasión del *Yôm Kippur*, la fiesta anual de Expiación de los pecados. Este lugar, extremadamente santo, sufrió una violación irreparable cuando Tito, el año 70, entró en él sin miramientos. Pero pagó su blasfemia con una profunda desilusión: el lugar estaba completamente vacío; sin duda, hasta de Dios.

La disposición del Templo de Jerusalén no es asunto sólo de arquitectura; viene dictada también por motivos teológicos. Siguiendo, en sentido contrario, la descripción que acabamos de hacer, caemos en la cuenta de que Dios está en el centro y, al mismo tiempo, al cabo del itinerario. Justo delante de él se detienen las plegarias de los fieles, que se consumen sobre el altar de los perfumes. Es tarea de los sacerdotes la quema de estos, es decir, ser los mediadores entre los hombres y Dios. Simbólicamente, el sacerdocio representa, en el Templo, la ciudad de Jerusalén, capital sacerdotal de la teocracia. Viene, a continuación, el atrio de los Hombres, que simboliza la Judea, último resto verdadero de la Tierra prometida; un poco más abajo, el atrio de las Mujeres acoge a «todo Israel»; por último, en el atrio de los Gentiles, está invitado todo el mundo. Cada uno de los escalones sirve así de intermediario entre el precedente y el siguiente. El Templo de Jerusalén es una especie de microcosmos que afirma, a través de la arquitectura, la vocación propia de Israel: interceder por la salvación de todos los hombres.

Sin embargo, esta vocación estaba interrumpida litúrgicamente todo el tiempo de la noche. En efecto, desde la puesta del sol hasta su orto todas las puertas del Templo estaban cuidadosamente cerradas: doscientos hombres eran necesarios para cumplir este oficio, la puerta de Nicanor por sí sola ya necesitaba veinte. El Templo, incluido el atrio de las Mujeres, no era accesible por la noche más que durante los ocho días de la fiesta de las Tiendas. Entonces, pero sólo entonces, se podía tributar gloria y alabanza a Dios «día y noche» (cf. Lc 2, 37, que sitúa posiblemente la presentación de Jesús en el Templo durante esta fiesta; cf. Ap 7, 15).

Tanto lo que nos dicen los evangelios de Jesús en el Templo, como lo que no dicen, resulta bastante revelador. Nunca aparece que Jesús ofreciera

allí sacrificios, ni siquiera de poca importancia. Jesús reclama que no se haga de esta Casa más que una casa de oración, pero no vemos que él mismo ore allí. Cuando está en el Templo lo hace formalmente para enseñar, y se sitúa bajo el pórtico de Salomón (z), en el sitio más alejado del santuario, en un lugar en que su palabra puede ser oída por los paganos (Jn 10, 23). Los apóstoles, después de la Pascua, volverán a ser de nuevo culturales, asistiendo a diario al Templo para orar (Hch 2, 46), pero pronto imitarán al Maestro, predicando en el mismo lugar (Hch 3, 11; 5, 12).

Existe un solo episodio evangélico que nos muestra a Jesús penetrando más adelante en el Templo. Se trata del pasaje que presenta a una viuda sin recursos depositando su óbolo en el Tesoro, el *gazophylakion*. Esta palabra puede tener una doble acepción. Puede designar uno de los trece cepillos destinados a recibir ofrendas para fines específicos; estos cepillos se presentaban como una especie de trompetas situadas al revés y por eso recibían, en hebreo, el nombre de *shôfarôth*: las trompetas. En este sentido hay que comprender la descripción realizada por Mc 12, 41.43 y Lc 21, 1. Pero el Tesoro es también la estancia en que se encuentran estos cepillos, es decir, un local que da sobre el atrio de las Mujeres. Si Jesús interpreta esta escena del óbolo, es que ha penetrado en esta sala. Muy cerca de esta estancia es donde Jesús predica después del episodio de la mujer adúltera en Jn 8, 20: no se ve bien la razón de esta precisión.

El Templo, tal como lo hemos visitado, está vacío y despojado de toda agitación. El capítulo siguiente nos va a introducir entre la gente que lo atiende y entre la que se cruza en él.

Capítulo V
JERARQUÍA DE LA SOCIEDAD
JUDÍA

A. EL CLERO

1. El alto clero

a. *El sumo sacerdote*

En la Palestina herodiana y romana el poder político se encuentra entre las manos de gente no judía, cosa que lo convierte en extremadamente contestable. Además, desde el regreso del exilio, el pueblo ha aprendido a vivir en régimen teocrático. De estos dos hechos se desprende que, sin la menor contestación, el sumo sacerdote es el primer personaje en Israel. Puede no ser amado, pero es siempre venerado y considerado como un ser excepcional.

Su importancia le viene de la «santidad eterna» que le confiere su función. Esta santidad procede de una prerrogativa: sólo él tiene el derecho y el deber de entrar en el Santo de los Santos y estar, algunos instantes por año, cara a cara con Dios. Aunque estuviera enfermo, o fuera viejo, inepto para ejercer sus funciones, por haber sido destituido por ejemplo, continuaría siendo «el sumo sacerdote» revestido de santidad para siempre. Ha sucedido en algunas ocasiones que el sumo sacerdote en ejercicio no ha podido, por razones diversas, presidir las ceremonias del *Kippur*, siendo reemplazado por un simple sacerdote: pues bien, este hombre será considerado y respetado, hasta su muerte, como un auténtico sumo sacerdote, gozando de la misma santidad eterna.

Una consecuencia de esta cualidad única es que la muerte del sumo sacerdote tiene un valor expiatorio. El día en que muere el pontífice, todos los homicidas que han huido a las ciudades-refugio quedan libres, pueden volver tranquilamente a sus casas e incluso reemprender sus actividades anteriores. Las puertas de las prisiones se abren para muchos prisioneros encarcelados por diversos delitos; en pocas palabras: se da una amnistía general. Es sabido que las esposas y las siervas de los sumos sacerdotes

hacían frecuentes visitas a los presos, llevándoles pequeños regalos, porque el sumo sacerdote temía que subieran de las prisiones demasiadas plegarias suplicando al Señor apresurar la muerte del pontífice.

Evidentemente, la carta a los Hebreos monta su cristología a partir de estos datos. En este escrito, destinado sin duda a judíos bautizados, Cristo es asimilado al sumo sacerdote de la nueva alianza. Como todo sumo sacerdote, Jesús ha sido elegido y establecido para ofrecer sacrificios por el pecado (Hb 5, 1) y ha «penetrado más allá del velo» (6, 19); este velo es el doble velo que separa el Santo del Santo de los Santos, pero aquí simboliza la muerte a través de la cual pasó Jesús para entrar en la intimidad de Dios. Es, efectivamente, la carne mortal la que constituye el verdadero velo que vuelve opaca a nuestros ojos la presencia de Dios (10, 20). En esta misma línea, la muerte de Jesús, nuevo sumo sacerdote, se convierte en el sacrificio único que concede una amnistía general a todos los pecadores que se han hecho fieles suyos: «Es él (Jesús) quien, habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte, fue escuchado por su actitud reverente, y aun siendo Hijo, con lo que padeció experimentó la obediencia; y llegado a la perfección, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen, proclamado por Dios sumo sacerdote a semejanza de Melquisedec» (5, 7-10). Sobre el sacrificio único de Cristo comparado con el sacrificio anual del sumo sacerdote terrestre, cf. sobre todo 10, 1-18.

Los deberes ligados al cargo pontificio son de naturaleza cultural. La ley no le impone expresamente más que una sola obligación: efectuar el rito de la expiación de los pecados el día del *Kippur*. En esa ocasión preside toda la liturgia, paga de su dinero el sacrificio ofrecido por el pueblo y pronuncia sobre este el nombre inefable de Yahvéh. Este ritual había dejado un recuerdo inolvidable en la memoria del Sirácida (Si 50, 1-21), por lo solemne y emotivo que era; lo que era verdad dos siglos antes, en tiempos del sumo sacerdote Simón II, seguía siéndolo igual en la época de Jesús.

Para hacer memoria, podemos recordar que el relato joánico del arresto de Jesús (Jn 18, 4-9) está compuesto en forma de un *midrash* del ritual de la Expiación. En efecto, por dos veces, Jesús, delante de la tropa que se inclina, se presenta con el nombre inefable, diciendo «YO SOY». Añadiendo estas palabras interpretativas: «No he perdido a ninguno de los que me has dado»: el *Kippur* de Jesús es eficaz.

Sin embargo, la costumbre pedía que el sumo sacerdote celebrara asimismo las tres grandes fiestas de la Pascua, de Pentecostés y de las Tiendas; era libre de presidir o no los sacrificios del sábado, pero parece ser que lo hacía de manera regular. Por otra parte, podía ejercer en todo momento cualquier presidencia litúrgica.

El detentor de la santidad eterna estaba sometido, más que nadie, a unas leyes de pureza de un rigor extremo. Pureza personal, en primer lugar. Esta supone unos sacrificios diarios ofrecidos cada mañana por el pontífice en su propia casa para la expiación de sus pecados.

El brasero junto al que se calienta Pedro en el momento de sus negaciones (Lc 22, 55-56) es, sin duda, el fuego, mantenido durante toda la noche, que permite esta ofrenda matinal del sumo sacerdote. Si esta exégesis es exacta, se ve la distancia que separa a Pedro, que se calienta junto a un culto superado, de su Maestro que está inaugurando el nuevo.

Se toman además infinitas precauciones para que el sumo sacerdote no contraiga, ni siquiera por inadvertencia, ninguna mancha legal antes de presidir una celebración, en particular la de la Expiación. A tal fin, debe alojarse en una de las habitaciones del Templo durante la semana precedente. Está bajo la vigilancia de técnicos del culto, que le recuerdan las rúbricas del ceremonial. La última noche un escriba le mantiene despierto a menudo leyéndole las Escrituras, a fin de evitar todo riesgo de derrame seminal fortuito (cf. Lv 22, 4).

La pureza personal no es todo, es preciso vigilar también la pureza de la descendencia puesto que, normalmente, el supremo sacerdocio es hereditario. Aunque en la época de Jesús, empezando por Herodes, siguiendo por Arquelao y acabando por los gobernadores romanos, adquirieron los gobernantes la costumbre de nombrar y deponer a los sumos sacerdotes a su guisa, las leyes que regían el matrimonio de los sumos sacerdotes siguieron en vigor. Se trata de unas reglas estrictas. Un sumo sacerdote no puede tomar por esposa más que a «una mujer todavía virgen. No se casará con viuda ni repudiada ni profanada por prostitución, sino que tomará por esposa una virgen de entre su pueblo, pues soy yo, Yahvéh, el que le santifico» (Lv 21, 13-15). La exégesis rabínica, minuciosa como siempre, precisaba así: el sumo sacerdote no puede casarse más que con una muchacha, virgen, de entre doce y doce años y medio, hija de un sacerdote, en rigor de un levita y, circunstancialmente —pero eso linda con el laxismo—, hija de un simple israelita de descendencia legítima. El pueblo mismo se atenía rigurosamente a estos principios: es conocido el caso de un sumo sacerdote cuya abuela había sido prisionera de guerra; dadas las costumbres de entonces, se consideraba automáticamente que semejante mujer había sido desflorada y, en virtud de ello, su nieto era un sumo sacerdote ilegítimo. Cuando apareció en el Templo para officiar, fue acogido con un bombardeo de limones, que, por otra parte, no tuvo consecuencias: el pontífice permaneció en el cargo y fue revestido de la santidad eterna después de su entrada en el Santo de los Santos.

Según la Ley, el sumo sacerdote es investido de su función mediante una unción de aceite y la colación de sus vestiduras rituales (cf. Ex 29,

7-9) En la época de Jesús no está ya en uso el rito de la unción, la consagración se realiza únicamente mediante la imposición de las cuatro prendas que componen las vestiduras propias del soberano sacerdocio: el pectoral, el efod (una especie de chaleco con tirantes), la túnica de encima y la diadema dorada colocada sobre el turbante. Como ya dijimos antes, estas prendas litúrgicas eran depositadas por los gobernadores en la fortaleza Antonia, por precaución política. Esta medida irritaba vivamente al pueblo que, tras largos años de combates pacíficos, aunque vigorosos, obtuvo un edicto del emperador Claudio que abolía esta afrenta al honor del sumo sacerdote y de todo Israel. Para ser investido sumo sacerdote, el candidato debe tener por lo menos veinte años de edad, pero Herodes el Grande se apartó incluso de esta regla cuando nombró a Aristóbulo, que no contaba más que con diecisiete años.

En tiempos de Jesús, el sumo sacerdote era normalmente saduceo, con las implicaciones políticas, sociales y religiosas ligadas a esta tendencia (que describiremos en el capítulo siguiente). Desde el punto de vista financiero, la situación del sumo sacerdote era confortable. Podía sacar bastante de las ofrendas y sacrificios del Templo y detentaba, directamente o a través de otra persona, el mercado general de la esplanada del Templo, como precisaremos más adelante. El tren de vida de los pontífices es, por lo general, fastuoso y las escoltas que los acompañan en sus desplazamientos por Jerusalén no pasan desapercibidas. Es conocida su afición al dinero, pero a fin de cuentas era tolerada por el pueblo. ¿qué podría dejar de permitirse a un hombre, elegido por Dios, que podía recibir visiones y revelaciones directas en el Santo de los Santos y capaz, encima, de profetizar (cf. Jn 11, 51)?

b. El jefe de la guardia del Templo

Ocupa el segundo lugar en la jerarquía de Israel, inmediatamente después del sumo sacerdote. Es su primer asistente en todas las celebraciones y, en las restantes ceremonias oficiales, se coloca a su derecha, en el sitio de honor.

Su función le liga evidentemente al culto a lo largo del año. Tiene la misión de vigilar el orden y su correcto desarrollo. Es usual nombrar al jefe de la guardia del Templo una semana antes del *Yôm Kippur*, como sustituto del sumo sacerdote, por si acaso este se viera impedido de cumplir su función, por muerte inesperada, por una enfermedad o simplemente a consecuencia de una infracción, voluntaria o no, al ritual de pureza.

Más el papel de este elevado personaje no es sólo cultural. Es también una especie de ministro del interior, que dispone a su voluntad de las fuerzas de policía, puede enviar estas a todas partes donde haya riesgo de

que se turbe el orden correcto. Esta función le confiere una autoridad muy grande, y goza de prestigio ante la población.

El jefe de la guardia del Templo es elegido siempre entre las familias de la aristocracia sacerdotal. En virtud de la suplencia que podría ejercer el día de la Expiación, y también porque así le interesa al sumo sacerdote, a menudo es un pariente próximo de este. Es sabido además hasta qué punto causaba estragos el nepotismo en el alto clero.

En tiempos de la vida pública de Jesús había dos sumos sacerdotes legítimos. Anas, que no ejercía ya la función después de que hubiera sido depuesto, pero que conservaba una real autoridad moral y gozaba de la consideración de los fieles, y José, apodado Caifás, yerno de Anas, que ejercía el supremo pontificado de manera efectiva. El jefe de la guardia del templo era por entonces Jonatán, hijo de Anas y, por consiguiente, cuñado de Caifás.

Si vino gente «de los sumos sacerdotes» a arrestar a Jesús, no pudo ser sin haber recibido la orden de Jonatán (Mc 14, 43 y par.). Fue también el quien hizo arrestar a Pedro y a Juan en la esplanada del Templo, tras el discurso pronunciado por Pedro para explicar la curación del tullido de la Puerta Hermosa (Hch 4, 1) donde figura en compañía de los saduceos, su familia espiritual. Procede todavía a un segundo arresto de los mismos apóstoles, pero esta vez con discreción, por miedo a las reacciones populares (Hch 5, 26). En este mismo episodio interviene el sumo sacerdote, al parecer personalmente, para ponerles la mano encima a los predicadores de la fe nueva (5, 17). Evidentemente es poco probable que Caifás, y menos aún Anas, hubieran procedido con violencia contra los apóstoles. Lo que debemos comprender es que o bien Caifás fue el instigador verdadero del arresto, o que se le otorga el título al jefe de la guardia del Templo, que, por otra parte, llama Lucas *strategos*, una buena traducción del hebreo *sagán*.

c. Los vigilantes del Templo

Son siete, pero tienen bajo sus órdenes un personal subalterno muy numeroso, signo de la importancia de sus funciones, que son múltiples. Estas suponen que tienen que habitar de manera permanente en Jerusalén, si no habitan en el mismo Templo, pues trabajan sin parar.

Hay una antigua lista que enumera un jefe de porteros, un encargado de las llaves, un vigilante de las *lulâb*, esto es, la gavilla de vegetales que se agitaba durante la procesión de la fiesta de las Tiendas (esta se componía, según la exégesis rabínica de Lv 23, 40, de una rama de pomelo, de una rama de palmera, de dos ramas de sauce y de tres de mirto), había aún un maestro fontanero y un jefe de música. La mayoría de los vigilantes del Templo son sacerdotes, pero los levitas pueden acceder a las funciones

de maestro portero, de encargado de las llaves y de jefe de música. Parece ser que la regla pretendía que hubiera tres sacerdotes y cuatro levitas que, aunque fueran vigilantes del Templo, ocuparan un rango inferior en la jerarquía.

d. *Los tesoreros*

Son tres los sacerdotes que se ocupan de manera colegial de las finanzas del Templo y de todo el sector económico en general. También ellos disponen de una masa considerable de funcionarios para ayudarles en su gestión y en sus responsabilidades, algunas de ellas notables. Velan por el mantenimiento y deciden sobre el empleo de los 93 utensilios necesarios cada día para la liturgia. Llevan asimismo la gerencia del impuesto del Templo —el didracma anual por cabeza, del que ya hemos hablado más arriba— y se ocupan del abastecimiento de leña, de vino y de harina. Tienen también competencia en la vigilancia de las cuentas del mercado y de los cambios; la gestión del Tesoro también les corresponde. En la época de Jesús, estas funciones eran particularmente pesadas, en virtud de los innumerables salarios que había que pagar a diario a los obreros que agrandaban y restauraban el edificio sagrado.

Se comprende que el sumo sacerdote en ejercicio tuviese interés en que tales funciones fueran destinadas a parientes muy próximos; tomando este partido, constituía así una verdadera «*maffia*» sacerdotal, que ponía todas las responsabilidades en manos de unos cuantos hombres, todos ellos parientes entre sí. Se comprende asimismo que este alto clero no careciera de nada.

Si Judas había planteado una cuestión económica al devolver el dinero recibido por su traición (Mt 27, 6), correspondía a los tesoreros del Templo resolverla. La decisión de adquirir un solar con esta suma no pudo ser tomada más que por ellos.

El Nuevo Testamento emplea frecuentemente el plural *hoy archiereis*: 54 veces en los cuatro evangelios, 11 veces en los Hechos de los Apóstoles, 2 veces en la carta a los Hebreos. La expresión se traduce con frecuencia por «sumos sacerdotes», pero se podría hablar también de «sacerdotes jefes». Son, pues, siete: el jefe de la guardia del Templo, los tres sacerdotes vigilantes del Templo y los tres tesoreros. Según el contexto de que se trate, hay que incluir en ocasiones al sumo sacerdote en ejercicio (Caifás) y/o el sumo sacerdote depuesto (Anás). En este último caso, se trataría de nueve personajes los que ocupan los más elevados peldaños de la jerarquía de Israel.

e. *Los jefes de sección*

Los sacerdotes y los levitas viven, por lo general, dispersos en Judea y Galilea y residen en sus pueblos respectivos. Pero todos ellos se reúnen en Jerusalén durante las tres fiestas de peregrinación, o sea, tres semanas por año; además de esto tienen una semana de servicio cada veinticuatro. Sin embargo, durante esa semana no están obligados a un servicio continuo, pues cada sección semanal está subdividida en secciones diarias que ejercen los oficios por turnos.

Así pues, estos sacerdotes están relativamente poco rodados en la liturgia y resulta indispensable que sean guiados por hombres de experiencia. Tal es el papel de los jefes de sección sacerdotales. Los encargados de organizar y dirigir las secciones semanales son veinticuatro, los que presiden las secciones diarias son, al parecer, 156. Estos cerca de 180 jefes de secciones sacerdotales pertenecen también al alto clero y residen en Jerusalén o en los alrededores inmediatos. Además de sus tareas en relación con los sacerdotes de servicio, les están destinadas ciertas funciones particulares. Así, corresponde al jefe de sección semanal llevar a cabo la reintegración en la Iglesia de Israel de los leprosos curados de su enfermedad (cf. Mc 1, 44 y par.), o hacer beber las aguas amargas a las mujeres sospechosas de adulterio (la ordalía descrita en Nm 5, 12-31). Estos diferentes ritos se practicaban en la puerta Nicanor.

En cuanto a los jefes de secciones cotidianas, están obligados, por lo menos, a estar presente en la ofrenda del sacrificio del atardecer.

2. El bajo clero

a. *Los sacerdotes*

En tiempos de Jesús hay alrededor de 7.200 sacerdotes «ordinarios» en el conjunto del país; en Jerusalén o en sus alrededores habitan posiblemente unos 1.500. Están repartidos en 24 grupos (1 Cro 24, 7-18) que sirven en el Templo, por turnos, cada uno durante una semana. Un grupo, es decir, una sección semanal, está compuesto por 300 sacerdotes; una sección diaria cuenta con 50, que ofician los días entre semana, reuniéndose los 300 para las liturgias del sábado.

Así pues, los sacerdotes no son requeridos por el Templo, tal como ha quedado dicho, más que cinco semanas por año: sus dos semanas ordinarias y las tres de la Pascua, de Pentecostés y de las Tiendas. No parece que fueran retribuidos por ello, pero retiran de las ofrendas la parte que les corresponde. Como están privados de ingresos y carecen de recursos, los sacerdotes deben ejercer un oficio, manual a menudo, en sus

lugares de residencia. Algunos, es cierto, trabajan en el edificio y están dedicados a los trabajos de restauración y de mantenimiento de los locales más santos del Templo —de ahí el número de sacerdotes que residían en Jerusalén—, otros se dedican a la agricultura, o a la cría de ganado, o se ocupan de algún pequeño negocio. Muchos de ellos, si se les considera aptos, participan en el tribunal local. Tanto sus ocupaciones como la modestia de su condición les acercan mucho al pueblo.

Los sacerdotes no entran en función normalmente antes de la edad de veinte años. Esta función está limitada estrictamente al Templo de Jerusalén y no tiene, por consiguiente, nada que ver con las actividades que se desarrollan en la sinagoga. Esta última se encuentra en manos de laicos —jefe de sinagoga, escriba o doctor de la Ley, lector, targumista—. Es sólo una costumbre el que, después de la lectura de la Torah, el jefe de la sinagoga invite, por pura deferencia, a algún sacerdote, que pueda estar presente de manera circunstancial, a que tome la palabra en primer lugar para comentar el pasaje. La indigencia de la formación intelectual de los sacerdotes de pueblo les hace rehusar con frecuencia este honor. Sabemos que Jesús tomó muchas veces la palabra en las sinagogas, lo que era normal. Lo que era ya menos normal era la autoridad con la que hablaba, siendo que todo el mundo le consideraba también a él como carente de instrucción (Mc 6, 1-3).

Los evangelios hablan poco de los sacerdotes. Lucas no presenta con muy buenas tintas al sacerdote que bajaba de Jerusalén a Jericó (¿después de haber ejercido su servicio?) y que pasa sin prestar atención junto al hombre atacado y abandonado por los salteadores medio muerto en medio del camino (Lc 10, 31).

En 1, 19 explica que los judíos envían una delegación donde el Bautista para preguntarle sobre su ministerio. Esta embajada está compuesta únicamente por sacerdotes y levitas, las dos clases del bajo clero. ¿Es esto señal de que Juan se dirige principalmente a la gente sencilla? ¿O acaso los judíos pretenden que sea preguntado por sus iguales, ya que Juan es también sacerdote? Esta segunda hipótesis parece ajustarse más al pensamiento del evangelista.

Juan el Bautista es, efectivamente, sacerdote, puesto que su padre, Zacarías, lo era. Pertenecía al grupo de Abia, el octavo de los veinticuatro (Lc 1, 5). El anuncio del nacimiento de su hijo le fue hecho cuando su grupo ejerce su servicio semanal en el Templo. El jefe de sección ha sorteado, siguiendo la costumbre, el nombre del sacerdote que debería reavivar el fuego del altar de los perfumes, en el *Hékal*, delante del doble velo del Santo de los Santos, y quemar después el incienso en el altar. Este ritual se hace dos veces cada día, antes del sacrificio de la mañana y después del sacrificio del atardecer. En la época de Jesús, la incensación había adquirido una mayor importancia, hasta el punto de pasar por un rito superior al sacrificio mismo.

b. Los levitas

Estos, situados en lo más bajo de la escala clerical, son los proletarios del clero. Su número se eleva a 9.600, repartidos asimismo en 24 secciones. Se dividen en dos grupos casi iguales, los porteros y los cantores. En total, hay 400 levitas por sección semanal.

En el interior de este cuerpo existe aún una jerarquía: los músicos prevalecen de manera notoria sobre los demás levitas, reunidos comúnmente bajo la etiqueta de servidores del Templo. Ejercen todos los servicios anejos al culto: son porteros, hombres aptos para todo en la policía del Templo, barrenderos de la inmensa esplanada, sobre la que se debe poder caminar con los pies descalzos, sin riesgo de contraer impureza legal. No obstante, para entrar en estas funciones secundarias, hay que tener por lo menos treinta años.

Resulta curioso notar que esa es la única función que reclama esta edad, precisamente la que Lc 3, 23 da a Jesús cuando comienza su ministerio: ¿será ya esto una alusión a la dignidad de siervo que será la del Mesías? El rasgo no es nada imposible, pues el tercer evangelista parece estar bien al corriente de las cosas del culto y de sus ministros. Ciertamente, el levita no es más simpático que el sacerdote en la parábola del buen samaritano, pero Lucas está dispuesto a muchas cosas para halagar un poco a las comunidades cristianas de Samaría. Por otra parte, se complace en mencionar la rectitud de la vida cristiana de un levita convertido, un tal José Bernabé, originario de Chipre (Hch 4, 36-37). Este levita bautizado le resulta muy querido a Lucas, pues es él precisamente quien presentará a Pablo a los Doce de manera oficial en Jerusalén (9, 27), y también el que va a ser el fiel compañero del apóstol, a pesar de las objeciones de su primo, Juan-Marcos (Hch 13, 13).

Este Juan-Marcos, unas veces llamado simplemente Juan o Marcos, se piensa que podría ser el autor del evangelio que se le atribuye. La tradición ha deducido de su parentesco con Bernabé, atestiguado por Col 4, 10, que era también levita. La cosa es posible, aunque Mc no haga ninguna alusión a ello, ni siquiera de manera sobreentendida. Menos verificable aún es la tradición posterior que afirma que Marcos se había amputado voluntariamente el pulgar a fin de volverse definitivamente inepto para las funciones culturales.

Así pues, en la época de Jesús, el bajo clero totaliza 16.800 personas entre sacerdotes y levitas. Contando a sus mujeres e hijos, forman una tribu del orden de las 60.000 personas, el equivalente más o menos a la décima parte de la población total de Palestina, o sea, 600.000 habitantes. Teóricamente, esto supone un sacerdote o levita por cada 36 personas. Pero ya hemos visto cuán limitado era su papel cultural en aquel tiempo: de esta estadística no se puede sacar ninguna comparación con el clero actual.

B. EL LAICADO

1. La aristocracia

Además de la nobleza sacerdotal, que se resume en el alto clero y en las familias de estos dignatarios, existe una aristocracia laica. Es hereditaria y se basa en la influencia, es decir, simultáneamente en el linaje y en la riqueza. Son «los notables del pueblo» (la expresión es de Lc 19, 47, aunque podemos leer otras, muy semejantes, en los escritos rabínicos) y gozan de todos los honores. En general, se trata de ricos propietarios de bienes raíces. Los jefes de estas familias patricias tienen derecho a sede en el Gran Sanedrín de Jerusalén, que tuvo una composición muy aristocrática durante largos años.

Estas familias gozan de cierta cantidad de privilegios, aunque también tienen una serie de deberes que ellos se toman como derechos. Además del privilegio que supone convertirse en miembro del sanedrín, cuentan con otro que afecta a sus hijos menores. Lo normal es que un muchacho de menos de doce años no pueda penetrar en el atrio de Israel; sin embargo, los hijos menores de familias nobles están asociados al rango de los levitacantores, a quienes pueden acompañar durante todas las liturgias. Los padres de familia se disputan el derecho de proporcionar gratuitamente la leña necesaria para los holocaustos del Templo: los textos citan a tres de ellos que, durante la guerra contra Roma (66-70), se preciaban de haber abastecido el Templo durante veintidós años, lo que indica la cantidad de sus riquezas y sus reservas. En cuanto a las mujeres patricias, se toman muy a pecho proporcionar de su propio dinero los anestésicos útiles para los condenados a muerte.

Es en esta capa privilegiada de la sociedad donde el gobernador romano reclutaba con mayor facilidad a los encargados generales de la recaudación de los impuestos, llamados por Flavio Josefo *décaprotos*. La fortuna personal de esta gente garantizaba, efectivamente, al Imperio el pago de las tasas que se le debían.

Estas familias privilegiadas frecuentaban los mismos círculos que el alto clero. Como este, también ellas eran claramente de tendencia saducea, cosa que relacionaba a ambas clases en el plano de los honores, de las tradiciones y de la doctrina. Como escribe aún Josefo: «Los saduceos no llegaban a convencerse de que ni los ricos ni ellos eran seguidos por el pueblo» (*Ant. J.* XIII, 10, 6).

¿Cuántas familias patricias había en Jerusalén? Es difícil decirlo. La *Mishná* cita ocho que se habían encargado del abastecimiento de leña para el Templo. Pero debía haber más. Posiblemente la cifra de treinta sea una aproximación verosímil para la Jerusalén de los tiempos de Jesús.

El ejemplo del patricio de Jerusalén es José de Arimatea. Gozaba de la confianza de Pilato y ocultaba ser discípulo de Jesús, por reacción de casta sin duda (*ibid.*); el primer evangelio hace de él un rico propietario, que ha dispuesto ya todo para su sepultura y dispone de lo necesario para el aseo fúnebre de Jesús (Mt 27, 57-60).

Como miembros del sanedrín, los aristócratas de Jerusalén aparecen en los evangelios con el nombre de *presbyteroi*, presbíteros o ancianos. Los textos son unánimes en ponerlos en colusión con los sumos sacerdotes. Es muy cierto que la predicación de Jesús no podía más que irritarlos: en ella les retiraba moralmente sus privilegios, les invitaba a convertirse en siervos, ignoraba toda jerarquía en un pueblo fraternal. Y lo que es más: expulsaba a los vendedores y a los cambistas fuera del Templo y no pagaba el didracma cultural sino con mucho miramiento.

Sobre los miembros del sanedrín de otras tendencias, como Nicodemo o Gamaliel, volveremos más adelante.

2. Los ricos

Si bien toda la aristocracia es rica, no todos los ricos forman parte ni entran automáticamente en el sanedrín. Aparte de las familias nobles de las que acabamos de tratar, hay ricos comerciantes de vino, aceite, trigo, recaudadores de impuestos jubilados venidos a terminar sus días en Jerusalén, etc.

Su tren de vida es bastante fastuoso y hacen gustosamente ostentación de sus bienes. Poseen jardines y segundas residencias en las zonas de campo de la capital y celebran espléndidos y copiosos banquetes, a los que alude Jesús en algunas de sus parábolas. Pero, además de los bienes raíces, uno de los signos exteriores más evidentes de la fortuna es la poligamia, que apenas reina ya más que en estas clases de la sociedad. No resulta difícil de imaginar cuando se sabe que la dote pagada por una esposa, en este nivel de la escala social, podía llegar hasta un millón de denarios (¡un millón de jornadas de trabajo de un obrero agrícola!).

Las mujeres ricas no disimulan tampoco su bienestar. Son conocidas por el valor de las joyas que llevan y por la calidad de los ungüentos con lo que se maquillan: nada más que en perfumes y en productos de belleza pueden gastar hasta el 10% de su dote inicial. Estos refinamientos femeninos no les impiden, por otra parte, ser generosas y consentir a múltiples liberalidades, especialmente en favor de los prisioneros: eso es lo que hacen las amigas y comparsas de las esposas de los sumos sacerdotes.

Por las páginas del Evangelio pasan algunos personajes ricos. El episodio del joven rico está en la memoria de todos (Mt 19, 16-22, único texto en que se trata de un joven; Mc 10, 17-22 habla sólo de un hombre;

mientras que Lc 18, 18, con mas verosimilitud, pone en escena a un jefe, *archón*, quizás un miembro del sanedrín)

También rica, pero con una fortuna adquirida por otros medios, es la prostituta que se gasta trescientos denarios para ungir a Jesús con nardo precioso, manifestando de este modo sus disposiciones hacia la pobreza y al arrepentimiento. Es verdad que el oficio que ella ejercía estaba bastante bien pagado.

También es rico Zaqueo (Lc 19, 2), el jefe de los recaudadores de impuestos de Jerico, a quien el paso de Jesús por su ciudad le hizo subirse en un sicomoro, «porque era de pequeña estatura». Sicomoro e higuera son árboles emparentados y el pequeño Zaqueo se eleva algunos grados en el conocimiento profundo de la Ley, significada y representada por este árbol.

Ricos son, sobre todo, aquellos a quienes Jesús dirige su predicación sobre la pobreza, sobre el buen y el mal uso del dinero, sobre la dificultad de entrar en el Reino cuando se está impedido por bienes materiales sobrepasados: nos sería imposible citar aquí todas las referencias. Note mos, a pesar de todo, que, en sus parábolas, Jesús sabe encontrar la imagen elocuente dirigida a esta clase de la sociedad de su tiempo. El ejemplo del mayordomo infiel pero astuto, así como la explicación que le sigue (Lc 16, 1-13), le resultaba inteligible a la primera a sus oyentes que «amaban las riquezas» (v. 14). En cuanto al padre del «hijo prodigo», debía pertenecer también a esta casta mas que burguesa: debió sufrir con la dilapidación de su herencia, pero, sin embargo, encontró los gestos oportunos para recibir a su hijo perdido, en cuyo honor hace preparar uno de esos festines a los que acostumbraba su rango social.

Para los hombres occidentales que somos nosotros, la parábola de los invitados que se niegan a asistir al festín presenta ciertas dificultades de orden protocolario. ¿No ha sido cogida esta gente de improviso? ¿No han sido avisados demasiado tarde? La etiqueta exigía, por el contrario, en tiempos de Jesús, que los convidados fueran avisados con varios días de antelación, por lo general, recibían, al mismo tiempo que la invitación, la lista de los demás convidados. Se lanzaba una segunda invitación el día mismo del banquete, lo más frecuente era enviar un esclavo a cada uno de los invitados. Además de todo esto, la fachada de la morada donde tenía lugar la comida estaba adornada con una banderola que indicaba claramente la recepción. Este modo de anunciar, un tanto alborotador, era retirado después de servir el tercer entremés, es decir, en un momento a partir del cual no era ya conveniente presentarse. Todo ello se aplica, por supuesto, a las pacientes consideraciones de Dios que convoca a su Mesa, tanto como a la indelicadeza de los invitados, que no han tenido en cuenta estas atenciones (Mt 22, 2-10, Lc 14, 16-24).

3. Escribas e intelectuales

Escribas y doctores de la Ley son los intelectuales de la sociedad judía. No proceden de una clase social concreta, pues son reclutados tanto entre la nobleza como entre el clero, aunque la mayoría han salido del laicado

y de las capas medias o trabajadoras de la población. Lo que les distingue esencialmente es su profundo conocimiento de la Ley.

Todo el mundo tiene la posibilidad de llegar a ser escriba. Pero este título exige estudios muy prolongados y conviene comenzarlos de muy joven. El alumno está en una relación personal y continua con el maestro, el *rabbi*, compartiendo su vida cotidiana: cualquier incidente de la jornada es tema de enseñanza, no sólo sobre las leyes de la pureza alimentaria o las disposiciones del corazón para la oración, sino también sobre la interpretación de tal o cual coma de la Ley o incluso la conducta a seguir en una circunstancia rara e imprevista. Cuando el discípulo domina toda la materia tradicional, se convierte en *talmid hakâm*, literalmente un «sabio enseñado». Entonces puede recibir una especie de ordenación rabínica, mediante la imposición de manos de su maestro: pero hace falta aun que cumpla los cuarenta años y que se haya casado previamente. El nuevo sabio-rabbi es inscrito entonces en la corporación, tiene poder para interpretar la Ley y sus decisiones constituyen jurisprudencia, «que ata y desata» a todos los judíos, incluidos los de la Diáspora.

Del mismo modo que Dios ha dado gratuitamente su Ley a los hijos de Israel, también los escribas deben dispensar gratuitamente sus enseñanzas y consejos. En consecuencia, para ganarse la vida, se les recomienda vivamente que aprendan y practiquen un oficio manual. No obstante, a los que han adquirido vastos conocimientos, se les abren de par en par los puestos claves del derecho, de la administración y de la enseñanza. «Solo Dios sabe lo vasta que puede ser su ciencia». Es conocida esta frase de un discípulo de R. Jonathan a propósito de su maestro: «Si todas las aguas de los océanos fueran tinta, si todos los árboles de los bosques fueran cálamos y si el firmamento del cielo fuera un pergamino, no habría bastante pergamino, ni bastantes cálamos, ni bastante tinta para escribir toda la ciencia de R. Jonathan».

Este conocimiento profundo de las Escrituras vuelve a los escribas indispensables para resolver con equidad los casos difíciles. Esta competencia justifica la presencia de una parte de ellos en el Gran Sanedrín, donde se relacionaban con el alto clero y con la aristocracia saducea. Los fariseos, por su parte, se sienten felices de encontrar en ellos a gente segura en el dominio doctrinal. Existen, efectivamente, estrechas afinidades entre fariseos y doctores de la Ley, sin que, a pesar de ello, podamos identificar ambos grupos.

Una de las razones decisivas de la influencia preponderante de los escribas sobre el pueblo se encuentra en el hecho de que detentan una ciencia secreta: la tradición esotérica. Este conocimiento no se transmite mas que de modo oral, en círculos muy reducidos de discípulos privilegiados. El pueblo, por contra, no tiene acceso a los comentarios sobre Gn 1 (la creación del mundo), Ez 1 (la visión del carro de Yahvéh), Dn 7

(el Hijo del hombre), como tampoco a los realizados sobre los textos apocalípticos. El *Talmud de Jerusalén* precisa «No se debe explicar públicamente las leyes sobre el incesto delante de tres oyentes, ni la historia de la creación del mundo delante de dos, ni la visión del carro delante de uno solo, a menos que sea sabio y de juicio sensato». Los escribas son, históricamente, los descendientes de los antiguos sabios de la corte real de Jerusalén, aunque, a los ojos de la población creyente, pasan por ser los continuadores de los profetas. Es todavía el *Talmud* el que se hace eco de esto, diciendo «El profeta y el escriba ¿a quiénes se parecen? A dos enviados de un solo y mismo rey».

En virtud de esto, escribas y doctores reciben casi los mismos honores que el sumo sacerdote. Al pasar por la calle —son reconocidos por las largas franjas de sus mantos— es normal interrumpir el trabajo para saludarlos. Cualquier casa cuyo umbral franquee un rabbi queda honrada por mucho tiempo. Cuando un discípulo se encuentra con su maestro, es costumbre que doble la rodilla ante él y le bese la rodilla al maestro (tal fue el «beso de Judas» en Mc 14, 45 = Mt 26, 49, el gesto no se tinte de un matiz afectivo más que en Lc 22, 47-48). Por último, cuando un rabino muere, en ciertas ocasiones se venera su tumba enseguida, y pasa pronto a convertirse en un lugar de peregrinación.

La popularidad de Jesús al comienzo de su predicación se explica especialmente por el hecho de presentarse exteriormente como un rabino. Explica y comenta las Escrituras, hace escuela y tiene discípulos, se revela como un fino conocedor de la Ley. Sin embargo, se le cuestiona por diferentes rasgos y en especial por los siguientes. En primer lugar, es notorio, al menos para sus allegados y para la gente de su región, que no ha sido discípulo de ningún rabbi conocido y que, por consiguiente, no ha recibido la consagración rabínica. En segundo lugar, habla «con autoridad y no como los escribas» (Mc 1, 22) en efecto, Jesús no se apoya nunca en una interpretación dada por un predecesor, por un rabino conocido y reconocido, sino que expresa directamente su propio pensamiento (cf. «Pues yo os digo», que vuelve como un leitmotiv en Mt 5, 17-47, o el «Por eso os digo» que jalona todo el capítulo VI. En tercer lugar, Jesús es soltero, lo que va completamente contra la norma, pues se decía «¿Cómo se puede interpretar la Torah sin suscitarle hijos?».

Jesús se emparenta en casi todas las cosas con los escribas, pero también se separa netamente de ellos. Como los rabinos, también Jesús hace escuela y es seguido por discípulos, sin embargo, se diferencia de ellos en que recluta el mismo de modo libre y casi imperativo, a diferencia de ellos, tampoco exige ninguna formación particular, ni teológica de ningún otro tipo, tampoco tiene programa y el aprendizaje que precede al primer envío en misión es breve, por último, y también a diferencia de ellos, como algo casi inverosímil y, sin embargo, con fundamento histórico, acepta a mujeres en el grupo, cosa que carece del menor paralelo en toda la literatura rabínica,

que es abundante, y lo que es más, estas mujeres no están todas por encima de toda sospecha, puesto que hay entre ellas una antigua posesa, María la Magdalena, y la esposa de un mayordomo de Herodes Antipas, el rey incestuoso (Lc 8, 2-3).

Como los rabinos, también Jesús vive pobremente y da todo de modo gratuito. No habita en él ningún afán de dinero y la subsistencia del grupo parece ser obra de algunas personas nobles o ricas (*ibid.*). Comparte la humildad interior de muchos escribas, pero rehúsa los lugares de honor, cuando se habla de su manto, únicamente Mt 9, 20 y Lc 8, 44 evocan sus franjas, mientras que el paralelo de Mc 5, 27-28, manifiestamente más antiguo, las ignora. Como los rabinos, también Jesús confiere el poder de «atar y desatar», pero esta autoridad no es conferida al cabo de un largo aprendizaje ni reposa en un conocimiento profundo de la Ley: procede de la fe que se tiene en su persona (Mt 16, 17-19).

A diferencia de los escribas, Jesús no practica ninguna política esotérica. La Palabra de Dios no es ocultada a nadie, la palabra de Jesús resuena alta y clara, sin refugiarse detrás de ningún tabú. Al contrario, lanza invectivas contra los doctores de la Ley que sellan la revelación: «¡Ay de vosotros, los legistas, que os habéis llevado la llave de la ciencia! No entrasteis vosotros, y a los que querían entrar se lo habéis impedido» (Lc 11, 52). No obstante, es cierto que Jesús practica una enseñanza a dos niveles: dirige sus parábolas a la muchedumbre, y después las comenta «en casa» para sus discípulos, que con frecuencia confiesan no haber comprendido, aunque esta práctica era también de uso corriente entre los rabinos.

Ciertamente, Jesús tuvo palabras duras contra estos (Mt 23, 1-32), pero, sin embargo, debía haber ciertas connivencias entre ellos. ¿Como hubiera podido Jesús oponerse completamente a estos creyentes que consagraban su vida entera al estudio de la Palabra de Dios? El Evangelio expresa, además, la alegría sentida por Jesús cuando está de acuerdo con un escriba en algún punto de la interpretación de las Escrituras. «Y Jesús, viendo que le había contestado con sensatez, le dijo: «No estas lejos del Reino de Dios»» (Mc 12, 34).

4 La clase media

Bajo esta rúbrica, forzosamente un poco vaga, reagrupamos a todos los no asalariados que, sin embargo, no viven en la indigencia.

Poseemos poca información sobre el conjunto de los comerciantes y artesanos que constituyen esta clase social. En especial son raros los datos concretos sobre su situación financiera. Pero, a bulto, se puede decir que, en Jerusalén, su relativa prosperidad les viene del Templo.

En la capital, la hostelería vive casi exclusivamente de los peregrinos. Jerusalén no ha sido repartida entre las tribus, es propiedad común de todo Israel. Por consiguiente, en principio, el hospedaje es gratuito para todo judío que se desplace allí con fines religiosos. Pero como todo el

mundo tiene que vivir, la costumbre quiere que todo huésped de paso deje al anfitrión la piel del animal ofrecido como sacrificio en el Templo, el ánfora que le ha permitido traer o comprar su vino y su aceite, e incluso otros bienes. ¡Ay de aquel que no se someta de buen grado a esta costumbre: corre el riesgo de incurrir en una terrible cólera por parte del anfitrión! Este último anda muy lejos de salir perjudicado en este trueque particular, porque saca un amplio beneficio. En efecto, una piel no tratada se estima en un precio que oscila entre 15 y 20 denarios, lo que pone la jornada de hotel fuera del alcance de muchas bolsas. La situación es diferente fuera de la ciudad, como atestigua el montante de dos denarios por día pagados por el «buen samaritano» al posadero (Lc 10, 35).

Cada peregrinación supone gastos extraordinarios, tanto para la alimentación como para los deberes religiosos. Ya hemos hablado más arriba del deber de pagar en la misma Jerusalén el «segundo diezmo». Dt 14, 22-27, así como la *Mishna*, indica que éste debe ser utilizado «para comer, para beber y para perfumarse». Cada fiesta representa una ocasión para alegrías familiares, bien porque todos los miembros de la casa han hecho el viaje, bien porque el padre de familia lo ha hecho solo, tomando sobre sí la agradable obligación de llevar al pueblo regalos y recuerdos. El marido regala a la mujer —en su caso, a sus mujeres— vestidos multicolores o blancos, aderezos, collares, pulseras, joyas diversas. También se compra en Jerusalén chucherías y otros artículos de pacotilla.

A esta clase media pertenecen también los «sacerdotes del común», siempre que no estén dedicados a las tareas de construcción en el Templo, tareas por las que reciben retribución. Es cierto que la Ley obliga a los hijos de Israel a pagar contribuciones anuales para el servicio del culto, pero el fraude fiscal ha sido cosa de todos los tiempos. Amplios sectores de la población no pagan o pagan a medias esas tasas destinadas a los sacerdotes. Hay, sin duda, gente que, en apariencia, son estrictos observantes de la Ley, aunque pueden ser al mismo tiempo lo suficientemente retorcidos como para resarcirse de otro modo (cf. Mt 23, 23-24).

Los primeros discípulos llamados por Jesús para que le sigan proceden de este sector de la población, de la provincia. Ya nos hemos ocupado del tema a propósito de los recursos del lago de Genesaret. Es importante caer en la cuenta de que Jesús les convoca a bajar un grado más en la escala social, remitiéndose en lo sucesivo al Padre que está en el cielo para asegurarse el pan de cada día (Mt 6, 11). La exigencia es todavía más severa en lo que toca a Mateo-Leví, que pertenecía a la clase de los ricos. Todos indistintamente quedan invitados a la pobreza.

5. Los pobres

Debemos distinguir aquí, por una parte, los pobres que aseguran bien que mal su subsistencia por medio de su trabajo y, por otra, los que viven, en todo o en parte, de la caridad pública.

La primera categoría se las arregla como puede. Muchos de ellos se hacen jornaleros, sometidos a las circunstancias aleatorias de la contratación (Mt 20, 1-7); otros, menos numerosos, aunque sin llegar a ser raros, son esclavos, sujetos a fortunas diversas, como especificaremos más adelante.

Entre la gente sin ingresos fijos o probables, debemos mencionar, en primer lugar, a los escribas. Como ya sabemos, no se les permite recibir retribución por sus actividades como enseñantes o consejeros. ¿De qué viven? Algunos tienen un oficio, pero es dudoso que una ocupación demasiado sujeta sea compatible con el estudio asiduo de la Ley: así el Sirácida, ese viejo sabio que escribió hacia el año 190 antes de nuestra era (Si 38, 24-34). Si se cierra esta puerta, no hay otro medio de vivir que esperar ayudas. En Israel se profesa que es meritorio ofrecer hospitalidad a un rabino y hacerle participar de los propios recursos.

La situación del escriba es, por tanto, precaria, y su virtud notoria. Como la virtud no está al alcance de todo el mundo, existen también abusos. Una de las plagas que infestan Israel es la costumbre de ciertos escribas de invitarse espontáneamente a las comidas de bodas o de duelo, de circuncisión o de otras fiestas. Algunos son verdaderos aprovechados a los que, sin embargo, no sería decente poner de patitas en la calle. Pero los escribas no son los únicos en practicar esta clase de hospitalidad forzada.

En tiempos de Jesús, Jerusalén, mucho más que el campo, es una guarida de mendigos. Esta situación se mantiene de hecho por el reparto de las limosnas, que era considerado como algo particularmente meritorio cuando se ejercía en la ciudad del Templo. No hay que extrañarse de que no pocos simulen ser ciegos o sordos, baldados o cojos: ¡el Oriente no ha cambiado demasiado desde entonces! Además de esto, Jerusalén es un hormiguero, no sólo de mendigos verdaderamente pobres, sino también de ociosos de todo tipo, que viven de la liberalidad de los peregrinos del Templo.

Jesús mismo parece inscribirse en la categoría social de los pobres. Para el sacrificio de purificación, María hace uso del privilegio de los pobres, no ofreciendo más que dos tórtolas (Lc 2, 24) en vez de un cordero joven y una paloma, reclamados a las clases más acomodadas (Lv 12, 6-8).

Durante su ministerio, Jesús acepta la hospitalidad de la casa de Simón-Pedro (Mt 4, 13), pero los desplazamientos a los que se somete a continuación le hacen confesar que no tiene donde reclinarse la cabeza (Mt 8, 10 = Lc 9, 58). Los episodios del didracma para el Templo (Mt 17, 24-27) y el impuesto para el César (Mt 21, 15-22) atestiguan que Jesús no llevaba dinero encima. Es cierto que había un tesorero para el conjunto del grupo (Jn 13, 29). En ninguna parte vemos que Jesús se asegure ningún ingreso por algún trabajo manual.

Los discípulos no parecen mejor provistos. Han dejado todo lo que les garantizaba unos ingresos profesionales y su futuro está en la mano de Dios, su Padre, que reviste de gloria a los lirios del campo (Mt 6, 25-34). En el camino no estarán mejor pertrechados, pues han renunciado a todos los *impedimenta* del viajero (Mc 6, 7-11 y par.). A pesar de ello, Jesús insiste en el hecho de que todo obrero merece su salario y de que les será legítimo vivir del Evangelio y de la predicación, sin que puedan reclamar nada (Lc 9, 4; 10, 7-8). Pablo obrará del mismo modo más tarde, ejerciendo en alguna ocasión su antiguo oficio (1 Co 4, 12; 9, 6.14-15; 1 Ts 2, 9; etc.), proclamando al mismo tiempo que no está obligado a ello.

6. La mujer

Se tiene, por lo general, como un dato adquirido que la mujer, tanto en Palestina como en todo el Oriente, antiguo o moderno, no goza de ningún derecho y carga con todos los deberes. Esta apreciación sumaria no hace justicia a la condición femenina, subalterna sin duda, pero respetada y protegida. Lo que vamos a decir debería permitir la introducción de matices en los juicios demasiado generales. Lo esencial de este párrafo procede de la ley y de las costumbres que prevalecían en Israel en tiempos de Jesús; pero no debemos perder nunca de vista que el derecho no expresa toda la realidad humana y que, en materia conyugal, los poderes de hecho están a veces fuera de donde la ley los sitúa.

Jurídicamente es verdad que las hijas van en todas las cosas detrás de los hijos. Su formación se limita al aprendizaje de los trabajos domésticos, la costura y el tejido en particular. Las hijas guardan a sus hermanos y hermanas más pequeños; con respecto a su padre, tienen los mismos deberes que los hijos: alimentarlo y vestirlo, lavarle la cara, los pies y las manos.

Cuando muere un padre dejando hijos e hijas, son los primeros quienes le heredan cuando la fortuna es importante; sólo están encargados de subvenir a las necesidades de sus hermanas; si apenas tenía bienes, la herencia se emplea para garantizar el mantenimiento de las hijas, y los hijos, si lo necesitan, no tendrán más remedio que ir a mendigar por las puertas en espera de días mejores.

La educación de una hija no deja de plantear bastantes interrogantes a sus padres, en todas las edades de la vida. Una tradición judía refiere esto: «Una hija es para su padre un tesoro engañoso, la preocupación que tiene por ella podría quitarle el sueño: de niña, podría dejarse seducir; de muchacha, podría prostituirse; de adulta, podría no querer que la casen; de casada, podría quedarse sin hijos; llegada a vieja, podría querer convertirse en maga.»

La ley, sin embargo, no reconoce tantas etapas oficiales en la vida femenina, que se compone de cuatro edades. Hasta los once años y un día, la hijita es una niña; de los once años y un día hasta los doce años y un día, la muchacha es menor y, en ese estado, depende todavía enteramente de su padre, que, en caso de necesidad, puede venderla como esclava; no debe poseer nada, hasta el punto de que lo que gane con su trabajo, así como cualquier otro bien que pudiera encontrar, pertenece plenamente a su padre. De los doce a los doce años y medio, se ha convertido en muchacha y cambian ciertas cosas. Ya no puede ser vendida como esclava, pero su padre conserva todos los derechos para decidir sobre los esponsales, incluso sin el consentimiento de su hija. Si muere el padre, este derecho pasa a los parientes más próximos, la madre o los hermanos: «Tenemos una hermana pequeña, no tiene pechos todavía. ¿Qué haremos con nuestra hermana el día que se hable de ella?», se preguntan los hermanos de la amada en el Cantar de los Cantares (8, 8).

A los doce años y medio, la hija alcanza su mayoría de edad y se convierte, legalmente, en una joven que ya no puede ser casada contra su voluntad; aunque es verdad que, la mayoría de las veces, el casamiento está ya concluido. Sin embargo, hasta en el caso de una joven ya mayor, la dote pagada por el novio o su familia le pertenece al padre, como reparación de los gastos realizados por este para educar a su hija y prepararla para que se convierta en una buena esposa y en una buena madre.

La norma quiere que la joven israelita sea desposada, lo más tarde, entre los doce y los doce años y medio. Es frecuente que el novio pertenezca a su parentela más o menos próxima, para evitar la dispersión de los bienes patrimoniales; de este modo, los futuros cónyuges tienen, además, la posibilidad de conocerse mejor y entenderse bien más tarde. Un comentario rabínico prohíbe, por otra parte, el casamiento de dos jóvenes que no se hubieran encontrado nunca antes; mucho antes de este texto, el libro de Tobías (hacia el año 200 antes de Cristo) es testigo de la estima en que se tienen los esponsales entre los parientes próximos (6-7).

Una vez prometida, la joven queda sometida a los mismos deberes que una esposa, excepto los que entraña la cohabitación. En hebreo, la ceremonia de los esponsales se dice *qinyân*, que significa «adquisición», lo que expresa bien el sentido de la dote pagada por la familia del muchacho al padre de la joven.

El matrimonio se celebra normalmente un año después de los esponsales. Se concluye por medio de un contrato que regula las cuestiones financieras y económicas. Estas son, como mínimo, tres. El acuerdo estipula, en efecto, el montante de los *bienes parafernales*: se trata de los valores adelantados por el padre de la casada, cuya propiedad sigue conservando esta, no pudiendo su marido hacer uso más que del usufructo. Precisa, a continuación, lo que serán los *bienes de hierro*, esto es, la suma

que corresponde al marido, pero cuyo equivalente debe garantizarle este a su mujer en caso de ruptura del matrimonio. Garantiza además la *prenda del matrimonio*, que es el subsidio suplementario que corresponde a la esposa en caso de separación o de muerte de su cónyuge. Como se ve, la mujer que se casa no está mal protegida, hablando en términos financieros!

La pequeña parábola de la mujer que poseía diez dracmas y perdió uno (Lc 15, 8-9) se ilumina posiblemente a la luz de lo que acabamos de decir. Como siguen haciendo aun las beduinas, esta mujer llevaba sin duda sus monedas atadas a una especie de diadema en torno a la frente y a la nuca son sus *bienes parafernales*, a decir verdad, en este caso, extremadamente modestos. Se ha desatado una pieza y la mujer se ve obligada a barrer la casa (que, en Palestina, y entre la gente pobre, no consta más que de una sola pieza) para encontrarla. La misma alegría hay en el cielo cuando Dios «encuentra» a un pecador que se había perdido.

Una vez casados, la joven pareja se va a vivir normalmente con la familia del esposo. Este último debe garantizar a su mujer alimento, vestido y alojamiento. Le debe, evidentemente, el cumplimiento del deber conyugal. En caso de esclavitud, esta obligado a garantizar el rescate de su mujer. En caso de enfermedad, le procurará los cuidados y medicamentos necesarios. Por último, debe prever los gastos de sus funerales hasta el más pobre de Israel tiene que alquilar, por lo menos, dos flautistas y una plañidera, por último, allí donde sea costumbre, el marido pronunciará el discurso fúnebre.

Los deberes de la mujer son los que corresponden a un ama de casa diligente: moler la harina, cocer el pan, hacer la colada, la cocina y la cama de su marido, amamantar al bebé, hilar y tejer, sin olvidar lo más importante: obedecer a su marido. Según el número de esclavas que haya aportado a su marido, podrá ser dispensada de algunas tareas. Si tiene una esclava, no debe hacer la colada, si tiene dos, no debe hacer la cama del marido, si tiene cuatro o más, puede sentarse en una butaca. Pero los rabinos lo desaconsejan vivamente, porque la ociosidad conduce a la perdición.

La poligamia está permitida, aunque, de hecho, y por razones económicas, es poco frecuente.

El derecho al divorcio se encuentra principalmente del lado del marido. La mujer puede ser despedida, lo quiera ella o no, a voluntad del marido, que debe, por lo menos, encontrar un pretexto. Según las escuelas rabínicas más laxistas, el hecho de que un marido encuentre una mujer joven más bella que la suya es motivo suficiente de repudio. Sin embargo, en algunos casos la mujer puede tomar la iniciativa del divorcio. Así sucede cuando el matrimonio se ha vuelto insoportable a la mujer en razón de la repug-

nancia producida por una enfermedad como la lepra, o a causa del oficio ejercido por el marido, por ejemplo la tenería, otro caso es aquel en que el marido ha pronunciado votos que exigen de su cónyuge cosas indignas o imposibles.

La maternidad tiene una importancia muy grande. La falta de hijos pasa por ser una verdadera desgracia, incluso por un castigo divino. Como madre de un hijo, la mujer tiene crédito, porque ha dado a su marido el regalo más precioso que pueda haber. Se llega incluso a decir, no sin un tanto de sarcasmo: «En tanto la mujer no ha dado a luz, se la considera culpable de todo, tras haberlo hecho, es a su hijo a quien se considera culpable de todo».

Cuando enviuda, la mujer debe esperar, sin tomar ella misma ninguna iniciativa, a que alguno de sus cuñados contraiga con ella el matrimonio levirático o que exprese su rechazo al mismo, sin el cual ella no podrá volverse a casar.

El adulterio no es considerado por la ley más que como una falta de la mujer, en lo que se refiere al hombre, la única falta grave que puede serle imputada es la unión sexual con una mujer casada. La ley reprime estos pecados con severidad: tanto la mujer adúltera como su amante, el hombre casado y la mujer de otro con quien se acuesta, todos ellos merecen la muerte (Dt 22, 22, Lv 20, 10).

Es imposible mencionar aquí todos los pasajes del Evangelio que hablan de la mujer o la sacan a escena. Jesús evoca a veces, en su predicación, el papel doméstico de la mujer: conocemos la que barre su casa (Lc 15, 8-9), la que prepara la masa del pan (Lc 13, 21), aquella otra que muele el trigo (Mt 24, 41).

Pero, sobre todo, Jesús se dedica vigorosamente a restituir a la mujer su perfecta igualdad con el hombre. Se apoya en el relato de la creación para reafirmar que el hombre y la mujer forman una sola carne: así lo quiso Dios al comienzo del mundo (Mc 10, 6-9). Este principio debe regir de nuevo las relaciones entre la pareja ahora que comienza la creación nueva. La indisolubilidad del matrimonio se convierte así en el signo de los tiempos nuevos. Allí donde habían fracasado los antiguos profetas (cf. Mt 2, 14-16), Jesús ha sido escuchado y seguido en la joven Iglesia, marido y mujer se llaman hermano y hermana, para expresar públicamente su igualdad (cf. 1 Co 9, 5). El radicalismo de Jesús supera de muy lejos las fronteras de las relaciones sexuales adulterinas: «Todo el que mira a una mujer deseándola, ya comete adulterio con ella en su corazón» (Mt 5, 28). Decir eso en Israel era como para dejar estupefacto, predicar, a continuación, esta doctrina en el mundo greco-romano, que tenía unas costumbres tan livianas, parecía una hazaña imposible. Y, a pesar de todo, se hizo.

Esta doctrina de Jesús es estricta. Sin embargo, no se opone en modo alguno a la misericordia y a la comprensión. El fariseo que presume de no ser adúltero está muy por debajo del publicano que se reconoce a sí mismo pecador (Lc 18, 9-14).

El episodio más conocido es seguramente el de la mujer presentada a Jesús tras haber sido sorprendida en flagrante delito de adulterio (Jn 8, 1-11). Para captar bien la importancia de este cuadro, es preciso recordar que tiene lugar al día siguiente del último día de la Fiesta de las Tiendas (7, 37, 8, 1-2), esto es, el Día de la alegría de la Ley (*simhat hathithorah*), según el calendario litúrgico de Israel. Pues bien, esta Ley, que esta destinada a procurar la alegría a todo Israel, se convierte en condena a muerte para una mujer. La cuestión planteada, por tanto, es la de la alegría. ¿Quién la da verdaderamente? ¿La Ley que envía a la muerte o Jesús que se complace en perdonar y pide simplemente no recomenzar de nuevo? La víspera, en el Templo, Jesús había invitado a los que tenían sed a que vinieran a beber en los ríos de agua viva que brotaran de él (7, 37-38), estas palabras han dividido a la muchedumbre, lo que irrita a los fariseos, que recurren al argumento de autoridad. Jesús no es creíble, puesto que ningún jefe (*archôn*, es decir, miembro del sanedrín) cree en él (7, 48). Justamente, estos miembros del sanedrín, llamados aquí *presbyteroi* (8, 9), están presentes en el transcurso de la controversia con la mujer adúltera. Jesús escribe sobre la arena ante sus ojos, materializando en cierta forma el viejo oráculo de Jeremías: «Todos (los nombres) de los que te abandonan serán avergonzados, y los que se apartan de ti de la tierra serán borrados, por haber abandonado el manantial de aguas vivas» (Jr 17, 13). Escribir el nombre de alguien en el polvo significa, bíblicamente, indicar que esta persona está abocada a la muerte. Rehusar el agua viva que da el Mesías es un pecado más mortal que cometer, por debilidad o desvío, un acto físico de adulterio.

En este episodio, algunos se extrañan de la ausencia tanto del marido como del amante. Es preciso recordar que, especialmente en el cuarto evangelio, lo más frecuente es que existan dos niveles de lectura. El primero es el que se ha mencionado y que trata de una mujer infiel. El segundo nivel es más simbólico. En el lenguaje bíblico más corriente, las realidades matrimoniales evocan las relaciones entre los creyentes y Dios. En este simbolismo tradicional la mujer es la creyente pecadora, Dios es el marido engañado, el ídolo es el amante con el que se prostituye la mujer. A este nivel parabolico, Dios perdona, por la autoridad de Jesús, a la infiel, a esta se le anima a no pecar más, en cuanto al amante-ídolo no es más que una negación de Dios y, en consecuencia, no puede jugar ningún papel activo en el relato.

Todo lo que hemos dicho hasta ahora de la mujer se refería a su situación personal. Veamos ahora a la mujer en la vida pública.

En Oriente, la mujer no juega ningún papel significativo en la vida social. Cuando la mujer judía sale de su casa, lleva el rostro cubierto con un velo, de manera tal que no sea posible reconocer los rasgos de su cara. Se dice que en Jerusalén, un sacerdote jefe no reconoció a su propia madre, a quien infligía la sanción prevista para la mujer caída en sospecha de adulterio. El único día en que una mujer puede mostrarse a rostro descubierto, en público, es el día de su boda, siempre que sea virgen y

no sea viuda. Fuera de este día, las mujeres deben pasar desapercibidas. Las reglas de la conveniencia prohíben que un hombre se encuentre solo con una mujer, que mire a una mujer casada, o que hable en la calle con una mujer, aunque sólo sea para saludarla.

De ordinario, la muchachas están confinadas en la casa antes del matrimonio. «Mercados, consejos, tribunales, procesiones festivas, reuniones de grandes masas de hombres, en resumen toda la vida pública con sus discusiones y sus asuntos, tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra, está hecha para los hombres. Conviene a la mujeres quedarse en casa y vivir retiradas», escribe Filón de Alejandría (*De spec leg* III, 169).

Con todo, en las cortes de los gobernantes, se preocupan muy poco de estas costumbres. Salomé ejecuta muy a gusto su danza delante de los invitados de Herodes (Mt 14, 6 = Mc 6, 22). Incluso en los sitios en que se respeta el uso tradicional, se dan infracciones a la regla. Ya hemos hablado más arriba de los bailes en los viñedos, el 15 del mes de *Ab*, que no es un caso único. Quizás hayan llegado hasta nosotros algunos aromas de estas alegrías en los poemas que constituyen el Cantar de los cantares.

Estas tradiciones, relativamente rigoristas, son más seguidas en Jerusalén que en otras partes. Encontramos más flexibilidad en los medios populares y rurales. Hay especialmente razones económicas que lo explican: la mujer debe ayudar a su marido en el trabajo. Además, va a la fuente dos veces al día, colabora con su marido y sus hijos en los trabajos del campo, vende olivas en la puerta, sirve la mesa, en la que, es verdad, no come generalmente cuando hay invitados masculinos. A pesar de todo, ni siquiera en el campo estaría bien visto que un hombre conversara frente a frente con una mujer, sobre todo si se trata de una extranjera.

No tenemos necesidad de extendernos sobre la larga parábola de Jesús y la samaritana (Jn 4, 1-42). En ella se presenta a un Jesús verdaderamente muy poco protocolario: conversa con una mujer y, al mismo tiempo, sigue sentado familiarmente (v. 6), y lo que es más, es una mujer extranjera, y hasta una cismática. Aunque se trate de una composición literaria, lo que aquí se dice debe dar testimonio, a su manera, de la grandísima libertad que se toma Jesús con respecto a este tipo de usos. Su predicación suprime las fronteras, puesto que quiere crear un mundo de hermanos y hermanas unidos por la misma fe y la misma caridad.

En el plano de la vida religiosa, la situación de la mujer es particular. Las mujeres están sometidas, lo mismo que los hombres, a todos los preceptos negativos de la Ley («No mates, no robes», etc.), así como a los preceptos positivos generales («Ama a tu Dios, honra a tu padre y a tu madre», etc.). Sin embargo, están dispensadas de los preceptos positivos para un tiempo fijo, como ir a las fiestas de peregrinación o habitar

bajo las chozas de ramas durante las fiestas de las Tiendas. Entre otras cosas aún, están dispensadas de agitar el *lulab* durante las procesiones en que están previstos estos ramos, no deben recitar diariamente la plegaria del *Shema* (es decir, Dt 6, 4-9), no están obligadas a comer la comida pascual. Muchas de estas dispensas son marcas de benevolencia y de reconocimiento: la mujer tiene que soportar ya todo el peso de la casa y conviene aligerar el empleo de su tiempo.

Las escuelas no son accesibles más que a los chicos y el lugar de la sinagoga donde se dan las lecciones de los escribas no es accesible más que a los hombres. La mujer tiene libre acceso a la sinagoga, pero, por lo general, en una tribuna reservada. En las familias de alto rango, las muchachas gozan del privilegio de poder recibir formación profana, como el estudio del griego, por ejemplo.

Si los deberes religiosos de la mujer son limitados, también lo son sus derechos. En el Templo, las mujeres no son admitidas más que en el atrio de los Gentiles y en el atrio de las Mujeres. En el servicio litúrgico, la única función de la mujer es la de escuchar. En casa, no se la invita a pronunciar la bendición sobre los alimentos, ni la acción de gracias después de la comida. Por último, el testimonio de la mujer no valía ante la justicia, en virtud de que una exégesis muy generalizante de Gn 18, 15 concluía que la mujer era mentirosa.

Aparentemente, nada se dice en el Evangelio sobre una mayor participación de la mujer en el culto y en la Iglesia. No es menos cierto que los cuatro evangelios son unánimes en señalar que el primer anuncio de la resurrección de Jesús fue hecho por algunas mujeres, que creyeron y dieron testimonio mucho antes que los hombres. No cabe duda de que, en la predicación pública, hacía falta que este testimonio fuera corroborado por el de los Once, pero no por ello es menos cierto que la iniciativa de la fe ha venido de unas mujeres. ¿No hacían falta testigos increíbles para este acontecimiento increíble? Las mujeres, que vuelven de la tumba y se reúnen donde los apóstoles, reanudan la vocación de Eva: se constituyen en íntimas colaboradoras de aquellos que han recibido la misión de ser «administradores de los misterios» (cf. 1 Co 4, 1).

Por desgracia, este panorama del mundo femenino no sería completo si no habláramos en él de la prostitución. Se trata de un hecho, ampliamente atestiguado en todo el Oriente, un hecho que la Ley de Moisés reprueba globalmente (Lv 19, 29), pero que no sanciona en verdad más que en el caso de que la prostituta sea hija de sacerdote (Lv 21, 9). Lo que es profundamente contrario al espíritu de la Ley es la prostitución sagrada, que se ejerce a la sombra de los santuarios paganos, por lo demás, Israel ha conocido, como todos sus vecinos y en todas las épocas de su historia, muchachas que hacían comercio con sus encantos. Los profetas denun-

ciaban esta práctica (desde Os 4, 11-14), los moralistas pudibundos reprochaban la frecuentación de estas cortesanas, porque eran capaces de tragarse la herencia (Sl 9, 6), signo probable de que se hacían pagar convenientemente. Los fariseos, puritanos como siempre, veían en ellas a pecadoras a las que no había que acercarse (Lc 7, 39).

Estamos mal informados sobre la organización de la prostitución en tiempos de Jesús y en su país. Existía ciertamente, puesto que en el Evangelio se menciona a una u otra mujer que la ejerce. No se conoce la existencia en Jerusalén de casas cerradas, como existen en cantidad en las grandes ciudades del mundo greco-romano. Las muchachas debían atraer sin duda a la clientela en los cruces y en las puertas de las ciudades, se las reconocía a menudo por su aspecto, por sus largos cabellos no recogidos, y, sobre todo por la diadema que llevaban en el cabello y sobre la que, con mucha frecuencia, estaba pintado su nombre (cf. Ap 17, 5), la ausencia de esta diadema significaba que la muchacha estaba ya solicitada.

Legalmente, estas muchachas no tienen derecho a participar en las actividades de la Iglesia de Israel, concretamente, los fariseos las asimilan a los publicanos (cf. Mt 21, 31-32), en la práctica, son muchos los hombres que se alegran de su existencia.

Entre estas mujeres de amores fáciles hay una, particularmente emotiva, que desafía todas las prohibiciones y dilapida sus bienes por amor a Jesús (Lc 7, 36-50). Se atreve a franquear el umbral de la casa de un fariseo, que no puede despedirla de manera cortés, pues esta decisión depende de Jesús, el rabbi invitado. La escena representa, efectivamente, un caso típico, bien conocido por la literatura rabínica: un hombre deja que se desarrolle un incidente en el transcurso de una comida para obtener comentarios instructivos de parte del rabino presente. Así pues, la mujer es «pecadora en la ciudad» (v. 37), excluida de la comunidad de Israel, pero penetra «en la casa» del fariseo Simón (v. 37-44), símbolo de la ortodoxia religiosa. Sin embargo, ella no va por el fariseo, va sólo por Jesús, en quien multiplica los gestos ambiguos que su oficio le ha enseñado. Todo lo que constituye su atractivo de prostituta: largos cabellos, lágrimas calidas, besos y perfumes, todo es para Jesús y, de modo más preciso, para sus pies. Simón, por su parte, no ha tenido consideraciones ni para con los pies, ni para con la cabeza de su invitado (v. 44-46). ¿Quién de los dos, el piadoso Simón o la pecadora anónima, está más cerca de Jesús? El fariseo tiene una reacción extraña: «Si este fuera profeta, sabría quien y que clase de mujer es la que le está tocando» (v. 39). No hace falta ser profeta para adivinar el oficio de esta adoradora. Si Jesús es profeta lo muestra revelando la acogida llena de ternura que Dios reserva a «los que han amado mucho» (v. 47). La acción emprendida con valor y audacia por la muchacha era ya el signo de que estaba tocada por la gracia, sus gestos han sido la expresión agradecida de este amor nuevo que Jesús hacía nacer en ella, el perdón de sus pecados.

no es más que una constatación pronunciada por Jesús con acentos de evidencia. Esto no impide que, en la sociedad de su tiempo, Jesús llegó, en este episodio, hasta los límites de lo tolerable, e incluso un poco más allá.

7. Los esclavos

La condición de esclavo existe en Israel lo mismo que en todas partes. Hay esclavos judíos y, en menor cantidad, esclavos paganos.

Es posible ser hijo de Israel y ser esclavo. Dejando de lado el caso del israelita convertido en esclavo por caer prisionero de guerra —situación que no se da, evidentemente, sobre la tierra misma de Israel—, podemos reducir a tres las razones que convierten a un judío en esclavo.

La primera es el caso de un hombre, que ha robado o cometido cualquier otro delito, y se confiesa incapaz de pagar la multa fijada por el tribunal o garantizar la restitución de lo robado: esta es la esclavitud *ex furto aut delicto*. A cambio de su deuda, el condenado puede venderse como esclavo. Sin embargo, esta posibilidad afecta exclusivamente a los judíos adultos y de sexo masculino; además, no pueden ser vendidos más que a otro judío. Dentro de estos límites, el tribunal puede obligarle a ello. Tal es la jurisprudencia que se desprende de la exégesis de Ex 22, 2.

El segundo caso es el del judío que decide elegir libremente este estatuto: esta es la esclavitud *ex concessu*. Esta decisión se toma únicamente en razón de la miseria en que se vive. Se trata a menudo de una especie de gesto de desesperación que no está autorizado, como en el caso anterior, más que a los judíos adultos de sexo masculino, en la medida en que puedan probar su pobreza (cf. Lv 25, 39-43).

Por último, caso tercero, un padre puede vender como esclava a una hija menor: se trata de la esclavitud *ex patria potestate*. La niña tiene que ser menor de doce años, edad a la que finaliza su condición de esclava (cf. Ex 21, 7). No puede ser vendida más que a otro judío y, la mayoría de las veces, esta venta lleva implícito que la muchacha está destinada a convertirse, más tarde, en la mujer del comprador o de su hijo. En caso de que ninguno de los dos consintiera en casarse con ella, la muchacha debería ser liberada, sin contrapartida, cuando alcanzara los doce años y un día.

En la plaza del Xysto de Jerusalén tenía lugar un mercado de esclavos. Un esclavo judío no se paga demasiado caro: entre 100 y 1.000 denarios. Este precio, relativamente muy bajo, se explica por las presiones de la ley, que imponen al dueño la liberación total del esclavo al comienzo del próximo año sabático. Naturalmente, el esclavo es libre de aprovecharse de esta clemencia de la ley o establecer otro contrato para seis nuevos

años. Esta posibilidad de prolongación se concede únicamente a los hombres; el contrato así prolongado termina automáticamente con la muerte del dueño, pues el esclavo está siempre fuera de los bienes heredables.

Es un error que nos extrañemos de la existencia de la esclavitud en Israel. Esta condición no era de ninguna manera infamante y garantizaba a mucha gente una existencia decente. Todo depende del dueño de que se trate: algunos son brutales, otros pacíficos y respetuosos con el espíritu de la ley. Ciertamente, en todos los casos, el trabajo será pesado y forzoso, pero ofrece sus compensaciones: estabilidad en el empleo, lecho, alimento, recompensas diversas y, a menudo, consideración por parte del propietario («¿Tienes un criado? Trátalo como a un hermano porque lo necesitas tanto como a ti mismo»: Si 33, 32, en un contexto más duro).

Jurídicamente, el esclavo judío está asimilado al hijo de su dueño; en lo referente al alimento, al alojamiento, a la cama y al vestido, tiene derecho al mismo tratamiento que su amo. Este, además, tiene la obligación de mantener a la familia de su esclavo y no puede exigirle a este trabajos demasiado humillantes: así, si el esclavo es judío, el amo no puede imponerle que le lave los pies.

En ese contexto es donde tenemos que comprender estas palabras de Jesús: «No está el discípulo por encima de su maestro, ni el siervo por encima de su amo. Ya le basta al discípulo ser como su maestro, y a al siervo como su amo» (Mt 10, 24-25). Cuando el Señor es Jesús, la cosa no deja entrever grandes perspectivas de confort para sus discípulos, que, a pesar de todo, no pueden protestar: la ley común protectora es tener el mismo tratamiento que el maestro.

En cuanto al episodio joánico del lavado de los pies (Jn 13, 1-17), leído a la luz del derecho consuetudinario de la época, revela hasta qué punto es singular la nueva jerarquía en el Reino.

En la práctica, el esclavo judío es comparable a un obrero, con el trabajo asegurado y el respeto de los hombres. Pero, es verdad, hay también grados en la esclavitud; en este mundo de los esclavos existe casi una especie de «burguesía» frente a un cierto «proletariado»: si bien el aguador pertenece a la parte baja de la escala, el médico o el artesano cualificado forman parte de la primera categoría.

Por último, hay también en Palestina esclavos paganos. No debían ser muy numerosos, porque se pagaban muy caros en el Xysto, llegando hasta los 10.000 denarios. Esto se debe a que se compran para toda la vida, pues no cuenta para ellos la liberación de los años sabáticos. Son considerados como propiedad absoluta del amo, que puede darlos o venderlos a voluntad; estos esclavos forman parte de los bienes heredables. No obstante, la ley, en su lado humano, prevé la liberación de estos esclavos paganos en ciertos casos, por ejemplo si, en un acceso de cólera, el amo

le golpea de tal modo que el esclavo pierda el uso de un ojo o simplemente un diente (Ex 21, 26-27). En cuanto a la muerte de un esclavo, decretada por su amo, está castigada como un asesinato (Ex 21, 20). Por último, si lo desea, el esclavo pagano puede ser incorporado al judaísmo: el hombre, mediante la circuncisión, la mujer, mediante un baño de purificación que la convierte en una prosélita. Pero sus derechos siguen estando limitados en la Iglesia de Israel.

Las leyes que rigen la esclavitud son tan humanitarias que no hay que admirarse de que Jesús no denunciara esta situación de hecho. Al contrario, «esclavo» (*doulos*) es el término que se usa con mayor frecuencia para expresar la relación del discípulo con Cristo: le pertenece totalmente, pero no se ha vendido a él, se le ha vinculado libremente, por amor. El pequeño billete de Pablo a Filemón es un buen testimonio de la novedad del cristianismo en relación con los esclavos. Filemón es un buen cristiano de Colosas, que tenía a su servicio a un esclavo pagano llamado Onésimo, que significa «útil». Este esclavo ha robado a su amo (v. 18), y después se ha fugado y se ha marchado a perderse en Roma, a fin de escapar a los rigores de las leyes, que condenan severamente este tipo de escapadas. En Roma, Onésimo se ha encontrado con Pablo y ha recibido el bautismo, de ello informa el apóstol a Filemón en su carta. ¿Qué pide a continuación? Pablo envía a Onésimo a casa de su amo, sin pedirle a este que le libere que vuelva a su condición de esclavo, pero que no sea perseguido por una deuda que Pablo, de su propia mano, se compromete a saldar (v. 19). Segunda etapa: el encuentro entre Onésimo y su amo Filemón será, en adelante, un encuentro entre dos bautizados. Que Filemón reciba, pues, a su esclavo dándole la cualidad de «hermano» (v. 15). Finalmente, tercera etapa: Pablo piensa que Onésimo le será muy «útil» para la misión apostólica (v. 13-14) y, a tal fin, solicita de Filemón la liberación del esclavo arrepentido. En efecto, Pablo se encuentra en este momento prisionero y se siente viejo (v. 9), y tiene necesidad de ayuda en su misión. Mas, como en el cristianismo no hay ley y todo debe ser dictado por la fe y el amor, Pablo no obliga en modo alguno a Filemón, dejando la decisión última a su amigo (v. 21). El apóstol anuncia, por último, su próxima pasada por Colosas, donde espera poder hospedarse en casa de Filemón (v. 22). Todo este billete es bastante característico de la fe nueva, que conmueve las relaciones interpersonales. El Evangelio no reclama la abolición de la esclavitud, que permite vivir sin demasiadas dificultades a muchos pobres, lo que reclama es que amo y esclavo, a pesar de la distancia, se sientan hermanos cuando ambos sean bautizados, incita al perdón de las ofensas, solicita serios sacrificios (recuérdese el precio de un esclavo) cuando la predicación apostólica gane con ello.

C. LOS PAGANOS

La historia de las relaciones entre Israel y los *Góyim*, las naciones paganas, es una historia que va estrechándose incesantemente. Cuando la entrada en Canaán se dio una amplia mezcla entre ambas poblaciones,

hebreos y cananeos de pura cepa contraían fácilmente matrimonio entre ellos. Eso no favorecía evidentemente la pureza del monoteísmo naciente, y llegó un momento en que los profetas se pusieron a denunciar tales prácticas. El pueblo (*laos*) de Israel era un pueblo santo, un pueblo puesto aparte, diferente en todo a las naciones (*ethnè*) idólatras de alrededor, que era preciso no frecuentar. La reforma de Josías no hizo más que acentuar esta separación (cf. Dt 7, 3-6).

Esta fue imposible de respetar durante el largo exilio de Babilonia, en medio de los paganos. Pero desde el retorno de la cautividad, el ostracismo volvió con todo vigor. Esdras y Nehemías decretaron nulos los matrimonios mixtos (Esd 9, 1-10, 44; Ne 13, 1-3, 23-27), al tiempo que la ley de santidad subraya con vigor el carácter único de Israel (Lv 18, 24-30, 20, 22-26). Algunos escritos de esta época, es cierto, recuerdan la vocación universalista de Israel (Rut, Jonás), pero su influencia fue escasa.

Fue con la rebelión macabea cuando el rechazo sentido hacia los paganos, tanto por razones religiosas como raciales, alcanzó su paroxismo (cf. 1 M 14-27). Los incircuncisos son intocables y únicamente Israel es santo: el pueblo de la Alianza vive desde entonces en medio de una xenofobia muy profunda.

Tal era aún la situación en tiempos de Jesús. Espontáneamente el pueblo es racista y la educación de todo joven judío está imbuida de este horror hacia los paganos. No existe ninguna razón para creer que Jesús escapara a este sentimiento generalizado. Por eso, cuando envía a sus discípulos en misión, les recomienda expresamente no tomar el camino de las naciones y no entrar en ciudades de samaritanos (Mt 10, 5b). Sólo las ovejas perdidas de la casa de Israel deben retener su atención (v. 6).

Como sabemos que el episodio de la samaritana (Jn 4) es una «retro-proyección» del tiempo de la Iglesia hacia el tiempo de Jesús, no queda más que un episodio evangélico que vaya en contra de esta regla (puesta aparte la curación del poseso de Gerasa, que plantea problemas particulares Mc 5, 1-20 y par.) el de la sirofenicia que interpela a Jesús a propósito de su hija enferma: la escena tiene lugar en el territorio de Tiro y de Sidón (Mt 15, 21-28 y Mc 7, 24-30). Este relato merece que nos detengamos en él un instante.

En la versión que brinda el primer evangelio, la mujer que implora a Jesús es considerada cananea, *Chananaia*, una palabra que por su sonido evoca ya al «perrillo» (*kynarion*, diminutivo de *kyón*), esta mujer baja de la montaña y se pone a gritar lo mismo que un animal (*krazô*) así pues, ya de entrada, la mujer tiene algo de canino, que anuncia la continuación del relato. Como un perro aún, sigue a Jesús, a quien llama «señor», *kyrios*, ella que no es más que un *kynarion*: los juegos de palabras se multiplican. Molestos por estos gritos, los discípulos le piden a Jesús que la despidiera, literalmente que la «suelte» (*apoluô*), que le suelte la cuerda para que se vaya. Pero Jesús se indigna: él no ha venido para los paganos, sino úni-

camente para las ovejas perdidas (*apolôlota*, nuevo juego de palabras con *apoluson*) de la casa de Israel. No tiene por qué ocuparse de esta pagana. Ella realiza entonces un movimiento envolvente, se pone delante de Jesús y allí se postra, tumbándose sobre el vientre como un perro (*prokyneô*) ante su «señor». Con un cierto «cinismo», Jesús la llama al orden «No está bien coger (*labein*) el pan de los hijos y echarlo (*balein*) a los perrillos». La palabra de desprecio de los judíos, que hablan así de los paganos, ha franqueado los labios de Jesús: no hay duda de que es un hijo de su pueblo.

Sumisa, la mujer aprueba, llamando a Jesús «señor» por tercera vez. Sin embargo, prosigue su súplica, ignorando el paralelo hijos/perrillos empleado por Jesús, para preferir la relación perrillos/señores, que de modo manifiesto toca al rabbi judío. La mujer se ha callado y Jesús se ha quedado perplejo. No puede más que reconocer la profundidad de la fe de esta pagana a quien, finalmente, se dirige con afecto, llamándola «mujer», *ô gynai*, sin disimular su emoción.

Queda, sin embargo, la cuestión de base: ¿Llega hasta ahí el papel del Mesías? ¿Corresponde a él manifestar la gracia de Dios también entre los incircuncisos? Entonces, Jesús se remite a su Padre, para que él mismo responda a la cuestión. No ha mucho, Jesús ha enseñado a sus discípulos cómo había que orar, recomendándoles decir «Padre, hágase tu voluntad» (Mt 6, 10); hoy, da la vuelta a la fórmula y la dirige a la pedigüeña: «Que te suceda como desees», lo que equivale a decir «Si tal es su deseo, que Dios te conceda lo que pides». Y si Dios concede su gracia a una cananea, entonces Jesús conocerá mejor la amplitud de su misión: «Y desde aquel momento quedó curada su hija».

Este relato, en el fondo, pone a desnudo de relieve la fe de la cananea y la curación de su hija que la conversión de Jesús. Este, nacido judío y educado en el desprecio a los paganos, descubre súbitamente que estos, tanto como su pueblo, son objeto de la ternura del Padre. Si tal es, pues, su voluntad, preciso es cumplirla. Jesús reemprende enseguida la ruta y se va a distribuir el pan multiplicado a las muchedumbres paganas, que le esperan al otro lado de lago Tiberíades (15, 29-38).

¡Sí, la Encarnación llegó hasta allí!

Capítulo VI SOCIOLOGÍA DE LA FE DE ISRAEL

A. LAS MÚLTIPLES TENDENCIAS DE LA IGLESIA UNITARIA

La Iglesia de Israel es fundamentalmente una. Todos los judíos confiesan el *Shema' Yisraël* («Escucha, Israel...») y todos echan sus raíces en la epopeya del éxodo. Todos también, con excepción de los samaritanos, tienen en Jerusalén sus referencias culturales.

Pero a lo largo de los tiempos han ido naciendo tendencias, espiritualidades diversas, que, progresivamente, han cuajado en grupos particulares en el interior del seno de Israel. Con frecuencia se llama a estos grupos «sectas», pero, en ese caso, hay que abstenerse de otorgar ningún matiz peyorativo a la palabra. Tales sectas no son marginales en relación a toda la Iglesia; son únicamente el medio en el que se vive la fe, dando prioridad a un determinado acento, del mismo modo que, en la Iglesia católica, puede haber grupos de espiritualidad franciscana, o benedictina, o salesiana.

Las tendencias que se dibujan en el judaísmo en tiempos de Jesús han visto la luz, en su mayoría, con ocasión de la rebelión macabea. Como es sabido, después de su conquista por Alejandro Magno (333 antes de Cristo), se heleniza el Oriente e Israel entra en contacto permanente con el paganismo griego. Son muchos los que pactan con Grecia, este pacto va desde la simple conformidad con sus usos hasta la apostasía pura y simple. Bajo Antíoco IV Epífanes (175-163), la persecución contra los que se resisten a la helenización se vuelve feroz. La aristocracia sacerdotal proporciona en Jerusalén sumos sacerdotes hereditarios fantoches, al tiempo que la apostasía va ganando terreno entre la población. De ahí nace la rebelión de los fervientes, es decir, de la familia de los Macabeos, el año 166 antes de Cristo; pronto se les unen los asideos (los «piadosos»), hasta la victoria total.

El año 153 antes de Cristo, Jonatán, un descendiente de los Macabeos, asume en Jerusalén el doble poder real y sacerdotal. El gesto provoca una viva reacción por parte de la antigua familia pontificia, que se ve así

destronada Los miembros de la familia cierran filas con todos sus allegados y constituyen la casta de los saduceos, nombre que viene del sumo sacerdote Sadoq, que había ejercido este cargo bajo David y Salomón

Pero, muy pronto, los asmoneos decepcionan pierden en tiempos de paz el ardor religioso que había animado a sus antepasados en el tiempo del combate, y se enzarzan en cuestiones de rivalidades internas y de bienes temporales Sin embargo, no faltan partidarios de los asmoneos que, por su parte, siguen siendo piadosos y fervientes Sin abandonar del todo el partido asideo, estos creyentes se dividen en dos tendencias La primera se siente atraída por el estudio de la Ley en profundidad y será la secta farisea, la segunda otorga una importancia muy grande a la pureza cultural y reunirá a los esenios (probablemente el nombre helenizado de los asideos) Por último, siguiendo los avatares de los tiempos, surgen otras espiritualidades con fortuna diversa

B LAS AGRUPACIONES ESPIRITUALES

1 Los saduceos

En pocas palabras, podemos decir que se trata sobre todo de un grupo ligado al culto En efecto, entre ellos encontramos a todo el alto clero, a una buena parte del cuerpo sacerdotal de Jerusalén, así como a numerosos miembros de la aristocracia laica Flavio Josefo describe a los saduceos como los miembros más considerados y los personajes principales del entorno del rey Alejandro Janeo (103-76) Muchos sumos sacerdotes fueron saduceos Juan Hircano (134-104), que, aunque primero fue fariseo, cambió de ideas y de «secta» tras haber sido investido del supremo pontificado, también el ya citado Alejandro Janeo, así como Simón, hijo de Boetos (22-5), José, apodado Caifás (18-37) y Anás el Joven (62) Como dice sin matizar Hch 5, 17, el sumo sacerdote y todos los de su entorno son saduceos

Si tuviéramos que hacer un retrato-robot de los saduceos, el primer rasgo sería un gran conservadurismo, propio de gente muy rica, se trata de una clase y de una casta sólidamente organizada y ferozmente opuesta a todo cambio cultural, ritual, teológico o político, entrañando este último aspecto una cierta colaboración con el poder romano establecido Los saduceos poseen una *halaka* (una tradición) propia, que reposa en una exégesis fundamentalista de la Escritura todos tienen que seguir esta tradición para guiar sus vidas De hecho, los saduceos están muy ligados al Pentateuco, pero sólo a él Fuera de los cinco libros de la Torah, tienen a los Profetas y a los Escritos en una estima muy mediocre Estos hombres tienen muy a gala manifestar de manera ostensiva su fidelidad al Dios de

los padres y a la Alianza, y justifican cómodamente su modo de vida No tienen teología de la muerte en su tradición Niegan la resurrección, para ellos sólo está vigente la concepción antigua de una retribución inmediata y material Puesto que poseen la riqueza y el poder, está claro que Dios les bendice y, si Dios les bendice, es que son justos Aceptar un juicio y una retribución después de la muerte obligaría a vivir en la angustia ¿Cómo podrían adoptar unas palabras como aquellas de Jesús que afirman que los primeros serían los últimos (Mt 19, 30 par) ?

En el siglo I de nuestra era los saduceos tienen un aspecto bastante triste Roma les ha quitado el poder político y una parte del poder religioso En adelante, es el emperador quien elige al sumo sacerdote por medio de su legado Los fariseos inciden fuertemente en lo que les queda de autoridad hasta en su dominio reservado, que es el culto, los saduceos están obligados a seguir las propuestas de los fariseos, a causa de la presión del pueblo En efecto, este último está mucho más cerca del fariseísmo que de esa nobleza teológicamente limitada y políticamente estática

Propiamente hablando, apenas se hace mención de los saduceos en los evangelios Cuando se habla de ellos es para designar cómodamente «a la gente del sumo sacerdote» Con todo, en cierta ocasión unos cuantos saduceos van a interrogar a Jesús, precisamente a propósito de la resurrección de los muertos, en la que ellos no creían (Mc 12, 18-27 y par) Evocando los siete matrimonios sucesivos contraídos por una mujer aquí abajo y la complicación extrema de su situación en el más allá, los interrogadores proponen una demostración por reducción al absurdo no puede haber un más allá Se observara que los saduceos no citan, por supuesto, en esta controversia más que la Ley de Moisés, Jesús se coloca a su nivel, citando también el la Torah, llegando incluso —hecho rarísimo— hasta brindar la referencia «al (pasaje de) la Zarza» v 26) Los saduceos no son tratados con aspereza por Jesús por su exégesis de un caso llevado al límite extremo ¡un séptimo matrimonio levirático! De este modo le brindan a Jesús la ocasión para llevar asimismo hasta el límite la exégesis de un pasaje más importante aquel en que Dios se revela como el que es, como el que vive Se observara que, en el episodio que sigue inmediatamente a este, es un escriba, un fariseo sin duda, quien se acerca a Jesús para otro tema de exégesis mucho más fundamental «¿Cuál es el primero de todos los mandamientos?» El interlocutor cita también la Escritura, la Torah, pero no dejara al rabbi sin haber prolongado la lección con una referencia a los profetas (Mc 12, 28-34, cf v 33 que termina con una alusión a 1 S 15, 22)

2 Los fariseos

Se trata antes que nada de un grupo ligado a la Torah Sociológicamente, los fariseos —cuyo nombre significa los «separados», los «santos», es decir, el verdadero Israel— no proceden de las clases superiores de la

población En su mayoría son gente del pueblo, provienen de la clase media, de los artesanos, de los comerciantes, o de origen aún más modesto Entre ellos encontramos también sacerdotes de las zonas rurales y muchos levitas De entre ellos salen principalmente los escribas, los rabinos No todos los fariseos son escribas, ni mucho menos, pero casi todos los escribas son fariseos Existen unos vínculos muy estrechos entre esta secta y esta profesión

Los fariseos se reagrupan en pequeñas comunidades cerradas, que en hebreo reciben el nombre de *haburôth* (en singular, *haburâh*, en este sentido se dice a menudo que el cuarto evangelio ha salido de una *haburâh* joánica) En el siglo I de nuestra era había más de una de estas comunidades en Jerusalén Se trata de asociaciones piadosas que permiten, sin imponerla, la vida comunitaria, se entregan a actividades caritativas y a la meditación de las Escrituras Hay una serie de reglas que precisan las condiciones de admisión de los miembros Previamente a la admisión, el candidato debe efectuar un período de prueba de un año (o de un mes, según las escuelas), en cuyo transcurso debe probar su aptitud para respetar los preceptos rituales Pasado este tiempo, el candidato se compromete, ante un rabino fariseo, a continuar observándolos y a pagar el diezmo A partir de entonces es fariseo a parte entera

Las *haburôth* tienen sus jefes y sus asambleas Estas últimas van unidas a una comida en común, normalmente el viernes por la noche, en la apertura del sabbat Los fariseos participan además gustosamente en las fiestas y en los duelos Un pasaje de la *Tosefta* («Suplemento» de la *Mishna*) refiere lo siguiente «Esta es la costumbre de las *haburôth* en Jerusalén unos van a una comida de esponsales, otros a una comida de boda, otros a una fiesta de circuncisión, otros a la reunión de huesos, unos van a una comida alegre, otros a una casa mortuoria» Otro documento del siglo I, la *Asunción de Moisés*, reprocha asimismo a los fariseos ser gente que «a cualquier hora del día les gusta ir de banquete y atracarse»

En la época de Jesús, podemos estimar el número de los fariseos en unos seis mil Estos hombres son profundamente religiosos y, en este sentido, son dignos hijos y continuadores de los asideos, los piadosos Son los únicos que sobrevivieron a la Gran Diaspora que siguió a la destrucción de Jerusalén, todavía hoy, el fariseísmo es, prácticamente, la única espiritualidad judía viviente Su fe era sólida y, por consiguiente, tenemos que matizar el cuadro demasiado unilateral que los evangelios han elaborado sobre ellos

Evidentemente, nos es imposible pasar aquí revista a todos los textos evangélicos en que aparecen fariseos No obstante, centraremos nuestra atención en algún que otro pasaje a fin de fijar mejor las ideas

En Lc 11, 37-52 leemos un largo altercado entre Jesús, de una parte, y fariseos y escribas, de otra, Lucas lleva buen cuidado en no confundir a

ambos grupos El primer apostrofe de Jesús es para los fariseos «¿Que les reprocha? 1) Su legalismo extrínseco purifican el exterior del plato, pero no sus corazones 2) Su legalismo exclusivo pagan el diezmo por pequeñas cosas, pero no tienen amor 3) Su autosatisfacción como son los «piadosos», el «verdadero Israel», reclaman los primeros sitios 4) Sus apariencias enganosas la gente se acerca a ellos como si fueran santos, siendo que habría que evitarlos como tumbas que vuelven impuro

Al oír esto, un escriba se siente ofendido «Maestro, hablando así, nos ultrajas también a nosotros» (v. 45), manifestando de este modo la solidaridad que une a escribas y fariseos Jesús prosigue entonces, aunque dirigiéndose ahora específicamente al doctor de la ley, para expresarle una serie de reproches de otro orden, a saber 1) la multiplicación exageradamente minuciosa de las observancias, que complica la vida de la gente buena y sencilla 2) Edificais y decorais las tumbas de los profetas, siendo que sois los hijos (espirituales) de aquellos que los mataron 3) Teneis la llave de la ciencia y la empleais para cerrar la puerta de las Escrituras

Del mismo modo, hay que prestar atención a la diversidad de auditorios en las demás controversias Así, en Mt 5 los vv. 21-48 se refieren a los escribas, mientras que 6, 1-18 se dirige a los fariseos, del mismo modo, Mt 23, 1-22 y 29-36 se refiere a los escribas, pero 23, 23-28 apunta a los fariseos

Los fariseos se han enredado en su legalismo a ultranza, que los escribas no cesaban de aumentar Han multiplicado las reglas exteriores respecto a todo, tomando la apariencia de justos, no han sentido sino desdén por aquellos que no eran de su clan y no se encontraban dentro de sus insignificancias

A pesar de todo, los fariseos manifiestan tener una apertura de espíritu, en relación con la exégesis y la doctrina, infinitamente mayor que la de los saduceos, aristócratas y conservadores Los fariseos, hostiles a los saduceos, son generalmente amados por el pueblo, este respeta su profunda piedad y aprecia su orientación social, que apunta a suprimir o a reducir las diferencias de clase Entre tanto, es cierto que la gente sencilla debe sufrir el desprecio de los fariseos, en espera de que alguien venga a sacudirles de este yugo ¿el Mesías quizás? El fariseo espera también al Mesías, pero puede esperar mucho tiempo y no hace nada de espectacular para apresurar su venida, excepto un ayuno bisemanal

El evangelio se hace eco de este ayuno en la controversia referida por Mc 2, 18-22 Aunque bajo apariencias claras, el texto no es limpio Es comprensible Los fariseos y sus discípulos, lo mismo que Juan el Bautista y los suyos, observan un ayuno regular Jesús y sus discípulos, por su parte, no ayunan ¿por qué? Porque, dice Jesús, cuando el esposo está con los invitados, estos no ayunan Los fariseos y los discípulos del Bautista ayunan para expresar su espera del Mesías, los discípulos de Jesús no ayunan ya, porque lo han encontrado Vienen, a continuación, dos cortas parábolas

bastante semejantes «Nadie cose un remiendo de paño sin tundir en un vestido viejo, pues de otro modo, lo añadido tira de él, el paño nuevo del viejo, y se produce un desgarrón peor Nadie echa tampoco vino nuevo en pellejos viejos, pues de otro modo, el vino reventaría los pellejos y se echaría a perder tanto el vino como los pellejos» (vv 21 22) Hay que prestar atención al hecho de que Jesús deplora la pérdida, tanto del paño sin tundir como del vestido viejo, del mismo modo que lamenta la pérdida del vino y la del pellejo Por consiguiente, es que tanto el vino como el pellejo tienen valor Explicación el pellejo viejo es la práctica de los fariseos que ayunan, el vino nuevo es el que beben los discípulos con el Mesías-Esposo, que esta con ellos Que los fariseos no se entreguen, pues, a una práctica nueva (no ayunar mas) en tanto no hayan descubierto al Mesías Y, a la inversa, que los discípulos no sigan ayunando, porque harían creer que el Mesías no ha llegado todavía Cuando el Esposo les sea arrebatado, ya habrá días en que los discípulos volverán a ayunar provisionalmente, por vía de paralelismo, cuando los fariseos hayan descubierto por fin al Mesías, podrán cesar esta práctica

Mas, como ya hemos dicho, la expectativa mesiánica no era demasiado febril en las *haburôth* fariseas En ellas, entre tanto, se hace comercio, se casan, se frecuentan entre ellos y se invitan entre sí Todas estas formas de intercambio no se practican, efectivamente, más que entre fariseos, pues todo el que no lo es, mientras no demuestre lo contrario, es considerado impuro No está estrictamente prohibido mantener relaciones con el exterior, pero estas están reglamentadas mediante unas limitaciones muy precisas, que son la alegría de los casuistas

3 Zelotas y galileos

Fue en Galilea donde se desarrolló el partido de los zelotas, que, por esta razón, también son llamados, a veces, galileos Judas de Gamalá, que fomentó una revuelta contra Roma el año 6 ó 7 de nuestra era, fue quien le dio el impulso decisivo a este movimiento (Jesús tenía entonces unos doce años) Los zelotas, herederos lejanos del maquisado macabeo, se constituyen en una facción teológico-política dentro de la Iglesia de Israel Con la ayuda del tiempo, van tomando progresivamente entre sus manos la suerte de todo el pueblo

Los zelotas son unos feroces purificadores de la tierra de Israel Se remiten políticamente a Dios, «jefe único y único señor» Como nacionalistas fogosos, se han separado de los fariseos, a quienes consideran demasiado conciliadores y demasiado blandos en relación con Roma Como no tienen «celo» más que para Dios, no vacilan, por su parte, en hacer uso de todos los medios. atacan con las armas en la mano a todo

judío pecador y a todo pagano que manche la Tierra prometida con su sola presencia Su arma preferida parece ser la *sica* romana, lo que les valdrá el sobrenombre de *sicarius*, sicario (la *sica* es una especie de puñal).

Ya hemos mencionado varias veces el texto de Lc 13, 1 que refiere la ejecución de unos galileos por Pilato Nos encontramos aquí, sin duda, frente a una equivalencia entre galileos y zelotas, porque Roma no pronunciaba, por lo general, sentencias capitales más que en casos de delitos de subversión contra el Estado Por este motivo además fue condenado el mismo Jesús se oponía al César (Mc 15, 2, Lc 23, 2-5 14, Jn 19, 12)

En la actualidad, la posición de Jesús con respecto al movimiento zelota es más controvertida Se ha dicho que tenía simpatías por este movimiento, pero las bases de tal afirmación parecen muy frágiles Se arguye que al menos un discípulo llevaba el nombre de Simón el Zelota No sabemos nada con respecto a este personaje que, por lo demás, solo Lucas califica de este modo (Lc 6, 15 y Hch 1, 13), el cuarto evangelio no lo menciona y los dos primeros están de acuerdo en designarlo como Simón el Cananeo (Mt 10, 4 = Mc 3, 18) Simón «el Cananeo» no quiere decir otra cosa que «Simón el comerciante» por tanto, puede tratarse de un simple y honesto comerciante, que quizás ejercía —pero ¿quien lo sabe?— un negocio prohibido por las leyes de la pureza, lo que le habría merecido este sobrenombre El término de «Cananeo» debía resultar hermetico a los destinatarios de la obra de Lucas, y es posible que este autor quisiera traducirlo a su conveniencia Ahora bien, hay en hebreo dos verbos extremadamente próximos que se prestan fácilmente a confusión se trata de *qanâ*, estar inflamado de celo, y *qanah*, adquirir, comprar, comerciar El paso de uno a otro es frecuente, facilitado como es el caso por las numerosas homonimias y homografías que se dan en la conjugación

La presencia de Judas, apodado Iscariote, en el grupo de los Doce ha dado libre curso a otros muchos comentarios Se ha echado mano de todas las etimologías para explicar este sobrenombre Resulta difícil poder comentarlas aquí de manera simple, dado que es preciso recurrir al hebreo y al arameo Retendremos solo tres hipótesis, las dos primeras por ser las mas conocidas, y la tercera, porque es la que tiene mas posibilidades de ser la buena

- 1) Se ha hecho de *Iscariot* la contracción de *ish Querryoth*, el hombre de Querryoth, un pueblo mencionado en Jos 15, 25, donde aparece la lista de los pueblos y ciudades de la frontera meridional de la tribu de Juda Queda entonces por explicar cómo pudo reclutar Jesús a un judío al comienzo de su ministerio
- 2) Se ha visto también en Iscariote una forma hebraizada de «sicario», con una vocal prostética «i» (lo mismo que ocurre con el paso de la *scola* latina a la *es-cuela* castellana) Esta ingeniosa interpretación permite reconocer en Judas a un sicario, a un zelota, pero no da cuenta de la terminación *oth*, que sigue sin explicación
- 3) Queda, por ultimo, la explicación que hace derivar el nombre de *Iscariot* de una raíz semítica, cuya presencia está atestiguada en el he-

breo, el arameo y el árabe. Se trata de la raíz *k r* que significa propiamente «hacer que alguien realice algo por amor al dinero o a una recompensa», «asalarar o ser asalariado» (cf. Dt 23, 5; Jc 9, 4; etc.). La *i* inicial sería entonces la marca gramatical de la 3ª persona masculino singular, mientras que la *-oth* final correspondería al pronombre que remite al objeto del trato. Total, el nombre de Judas, que le ha quedado hasta nuestros días, equivaldría más o menos a: «el mismo que lo (Jesús) entregó» (cf. Mt 10, 4 que ofrece, de hecho, la traducción aquí propuesta).

Resulta más evidente convenir de manera serena que la actitud fundamental de Jesús es totalmente distinta a la de los zelotas. Cuando siente la tentación del poder político, Jesús renuncia a ella en todas las ocasiones (Mt 3, 8-10; Jn 6, 15). Cristo rehúsa en su agonía orar para que intervengan doce legiones de ángeles en su favor (cf. Mt 26, 53) y obliga a Pedro a envainar la espada que acaba de blandir contra Malco (Jn 18, 11). Jesús no recurre nunca a la fuerza para hacer violencia a sus contradictores o simplemente a sus oyentes. Se pone del lado de los débiles, no para convertirlos en guerrilleros, sino para morir en su lugar. Y cuando sus discípulos, esperando lo peor para el futuro próximo, se precian de poseer dos espadas, Jesús los desaprueba de modo seco: «¡Basta!» (Lc 22, 38). Sin embargo, en cierto sentido, la misión apostólica con la que se van a enfrentar los apóstoles será claramente un combate, pero un combate sin otras armas que las inspiraciones del Espíritu.

Así pues, los zelotas son gente puntillosa en lo tocante al respeto a la Ley y a la santidad del Templo: eso les garantiza que Dios está con ellos. Mientras que los saduceos han traicionado la causa religiosa de los Macabeos, pactando con los enemigos de la Ley, los zelotas se erigen en campeones de la ortodoxia y de una cierta forma de integrista. Las diferencias entre ambos movimientos aparecen tanto en el plano geográfico como en el plano social: los zelotas tienen su origen en Galilea, donde se disimulan con facilidad; los saduceos ocupan Jerusalén, donde gozan públicamente de la consideración general; aquellos son pobres, estos tienen fortuna.

Los zelotas están convencidos de que, mediante sus acciones de «limpieza» de impíos, apresuran la venida del Mesías. Dios no espera del «celo» de estos hombres más que una preparación del terreno (cf. Mc 1, 2-3); en cuanto acabe esta, permitirá la venida de su Enviado...

Mas las cosas han tomado un giro diferente. De hecho, los zelotas lograron arrastrar en su loca aventura del 67 a una gran mayoría de la población. Pero ¿qué podían unos cuantos puñados de hombres contra el ejército romano? El movimiento se hundió con la toma de Jerusalén el año 70. Unos cuantos irreductibles que escaparon a la represión, intentaron reconstituir el movimiento. Sesenta años más tarde, un iluminado tomó la cabeza del mismo. Su nombre era Simón, pero se hacía llamar con el

sobrenombre de *Bar Kokhba*, Hijo de la Estrella, a fin de que le tomasen por el Mesías (cf. Mt 2, 2); este intentó echar a los romanos de Jerusalén. Lo que sucedió lo sabemos todos: la suerte de las armas no podía favorecer más que a los ricos, que se servían mejor de ellas, y Jerusalén fue arrasada definitivamente, destinada a renacer únicamente como ciudad pagana con el nombre de Aelia Capitolina.

4. Los esenios

El descubrimiento, en 1947, de los célebres manuscritos de Qumrán, ha proyectado sobre esta «secta» judía una luz tan viva y tan inesperada, que resulta hoy un tanto decepcionante presentar a los esenios sólo en unas cuantas líneas. No cabe duda de que no son nombrados de manera expresa en el Nuevo Testamento, pero su influencia aparece en más de un pasaje y, de todos modos, pertenecen de pleno derecho al tejido social de la Iglesia de Israel.

Los esenios constituyen un grupo religioso de carácter monástico. Viven en congregaciones diseminadas un poco por todas partes, a menudo separadas de las ciudades y de los pueblos. Practican la pobreza y lo ponen todo en común, pero se consideran vinculados espiritualmente a una gran nobleza: son los verdaderos hijos de Sadoq, el sumo sacerdote, cuya herencia usurpan los saduceos de Jerusalén. El sumo sacerdote y sus comparsas profanan incesantemente el Templo de Jerusalén, donde un verdadero hijo de Sadoq ya no se atrevería a poner los pies: es preciso construir en otra parte un ritual santo y enteramente purificado. De ahí provienen el rigor y la austeridad de la vida de estos monjes del desierto de Judá o de otros sitios.

Lo que sorprendió a Filón y a Flavio Josefo, dos autores antiguos que nos describen bien el medio esenio, es la santidad de esta gente. Esta santidad se inscribe en el recto camino del yahvismo y del mosaísmo. Se obtiene mediante la decisión de entrar en la comunidad y se mantiene mediante unos ritos y una actitud moral, que provienen de la Ley de Moisés. A pesar de todo, esta última no es seguida ciegamente, siguiendo un estricto literalismo. Así, los numerosos sacrificios sangrientos son sistemáticamente reemplazados por los «sacrificios de los labios»: oración, meditación, estudio de las Escrituras. Estas juegan un papel preponderante en la vida de las comunidades: son copiadas y recopiadas con diligencia, se las comenta, sirven de inspiración para componer oraciones e himnos. De este modo, los esenios se apartan deliberadamente del Templo, esperando que Dios quiera venir a garantizar la purificación y a reinstaurar el culto puro y legítimo.

La vida religiosa de los esenios sigue un doble movimiento de purificación y de compromiso. Los adeptos combaten las manchas por medio de numerosas abluciones de las que da testimonio la red de cisternas y canales construido en Qumrán. La jornada del esenio, a la manera de la de un monje, está perfectamente regulada: oración de la mañana, trabajo manual (plantaciones de palmeras de dátiles, cría de corderos, alfarería y cestería, etc.), baño ritual y comida sagrada a mediodía, después, de nuevo, el trabajo, bien en el campo o bien en el scriptorium, cena y oración de la noche. Los baños y las comidas tienen una importancia capital. Escuchemos a Flavio Josefo: «Tras haber trabajado sin descanso hasta la hora quinta (las 11 de la mañana), se reúnen todos juntos entre ellos. Ceñido el cuerpo con un tejido de lino, se bañan en agua fría y, después de esta purificación, se reúnen en una sala sólo para ellos, donde no tiene acceso ningún extranjero, ni ellos mismos entran en este refectorio más que en estado de pureza, como en un santuario. El sacerdote bendice la comida. Después de la comida, oran de nuevo. Al comienzo y al final, glorifican a Dios como Dispensador de la vida. Después de esto, despojándose de sus vestidos, que consideran como hábitos sagrados, vuelven a sus ocupaciones hasta la noche y regresan para la cena, en la que toman parte los hermanos que están de paso.» El trabajo manual llena la parte mayor de la jornada, pero, a continuación, el estudio de la Ley, de los Profetas y de los Escritos, completados mediante las obras de los maestros de la comunidad, ocupa el tercio de las noches.

Como entre los fariseos, también aquí los candidatos que desean entrar son sometidos primero a un tiempo de prueba, que dura un año. Tras ello, son admitidos a los baños de purificación y, dos años más tarde, la aceptación es definitiva: es sellada mediante un juramento solemne y autoriza el acceso a las comidas sagradas tomadas en comunidad.

Plinio el Viejo habla de esta secta judía como «un pueblo único, singular entre todos los del mundo entero», vive «sin mujer, sin amor, sin dinero, en compañía de las palmeras», no se renueva sino «gracias a la afluencia de numerosos huéspedes» (*His Nat.*, V, 17).

En lo esencial, los documentos arrancados de las arenas y de las grutas de Qumrán confirman estas impresiones de conjunto. La comunidad del Mar Muerto es dinámica y viva, aunque viva aislada, se define a sí misma como «la Nueva Alianza» y, por eso, convierte la fiesta de Pentecostés en su fiesta patronal en cierto modo. Vive en medio de una ferviente esperanza de que Dios, pronto, va a reconocerlos como «los suyos» no hay más que prepararse bien, con la pureza y la oración, para recibirlo.

La cuestión del celibato esenio es asunto delicado. Según Filón, Josefo y Plinio, los miembros de la secta viven un celibato completo. No obstante, las excavaciones emprendidas en el cementerio de la comunidad han sacado a la luz esqueletos femeninos y, por otra parte, los manuscritos

incluyen un ritual de matrimonio monogámico. De aquí posiblemente pueda deducirse que la comunidad acepta parejas —de prometidos o de casados—, pero recomienda el celibato perpetuo a los que entran de solteros. Sea como fuere, los esenios se consideran como el ejército santo de Dios, un ejército de «Hijos de la luz» que deberá combatir en la tierra contra los «Hijos de las tinieblas». Dios en persona —a menos que no sea su Mesías— tomará la cabeza de las tropas y llevará a cabo una guerra santa, la cual supone una total continencia (Dt 23, 10-12, cf. 1 S 21, 5-6 y la maniobra de 2 S 11, 10-13).

Espiritualmente, pero sólo en este sentido, los esenios son zelotas. No hacen la guerra, pero se preparan para ella, con el recogimiento, la oración y la mayor pureza. Esperan la señal favorable, que sólo Dios puede dar. Esta señal creyeron oír la cuando los zelotas la lanzaron el año 68. Haciendo causa común, zelotas y esenios se lanzaron entonces a la guerra decisiva contra el ocupante romano: ambos grupos perecieron con la misma mala muerte, aunque estos últimos nos dejaron por lo menos a la posteridad que somos nosotros su increíble biblioteca. En cuanto a los que pudieron escapar, se unieron o bien a la comunidad de Damasco, o bien —y éstos fueron la mayoría— se fueron al sur del desierto de Judá, a las fragosidades del Wâdi Murabbâat, no muy lejos del oasis de 'En-Gaddi.

Son ya muy numerosos los estudios aparecidos sobre las relaciones entre Qumrán y el Nuevo Testamento. En cualquier supuesto, la cuestión no se puede reducir a saber si Jesús conocio, bien o mal, de cerca o de lejos, la comunidad del mar Muerto. Resumiendo de una manera muy sucinta, parece que podemos avanzar tres puntos.

En primer lugar, debieron anudarse estrechos contactos entre los esenios de Qumrán y Juan, que se convertirá en el Bautista. La predicación de este se apoya sobre uno de los textos fundamentales de la regla de la comunidad (Is 40, 3, citado en Mc 1, 3 y par.) y no esta exenta de afinidad con lo que se profesa en el monasterio: el Mesías está cerca, lavaos con un baño de purificación, no intentéis escapar a la venganza que llega: el combate corre el riesgo de ser terrible. Estamos sumidos en la atmósfera de una renovación espiritual acompañada de una visión dramática de la gran limpieza. En consecuencia, Jesús, por medio del Bautista, ha recibido ecos de la teología qumranica, pero, a renglón seguido, debemos recordar que, de un lado, Juan no había sido enviado a predicar por la comunidad y que, en consecuencia, era muy libre de tomar sus distancias con respecto a ella (en el párrafo siguiente veremos como), y que, de otro, Jesús se separó de su pariente, sin duda porque su propia teología no se acomodaba a la del Bautista.

En segundo lugar, existe un abismo entre las preocupaciones esenias y la revelación de Jesús. En la misma medida en que esta reserva a los pecadores luces de esperanza, en esa misma medida aquella aspira a la aniquilación de cualquiera que manche la tierra de Israel. La teología po-

lítica del zelotismo, ni siquiera espiritualizada, llega a rozar a Jesús. Sin embargo, hay detalles en los que Jesús hubiera estado fácilmente de acuerdo con la secta de Qumrán o la de Damasco: habría podido rezar alguno de sus salmos y comentar como ellos algún versículo de los profetas.

En tercer lugar, si hay un dominio en el que se cree percibir contactos entre esenios y cristianos, es el de la organización teológica y práctica de la comunidad. Una y otra se sienten comunidades sacerdotales, profundamente unidas por el baño de agua y la comida fraterna, una y otra —aunque con profundas diferencias— se sienten comunidades de la Alianza nueva. Mas, a menos que descendamos a detalles menudos, es muy difícil precisar más las relaciones entre esta vieja secta de Israel y esta otra secta a la que pertenecen los cristianos todavía hoy.

C LAS DESVIACIONES HERÉTICAS

1 Bautistas y hemerobaptistas

Al abordar estas nuevas agrupaciones, abandonamos deliberadamente la Iglesia unitaria de Israel, para acercarnos a aquellos que le han vuelto la espalda en uno o varios puntos dogmáticos fundamentales. Saduceos y fariseos, zelotas y esenios, todos ellos pertenecen de pleno derecho a la Iglesia de Israel, en cuyo interior han realizado una opción particular. En el griego neotestamentario, cada una de estas tendencias constituye una *hairesis* (Hch 5, 17, 15, 15, 24, 5 14, etc.), este vocablo traduce el hebreo *t m k*, que significa «elegir, tomar partido, ser partidario» y no connota, por tanto, ninguna condenación doctrinal. La palabra «herejía», en el sentido que se ha vuelto común de «perversión doctrinal», no aparece más que en Tt 3, 10 y en este sentido la empleamos en este parágrafo.

Los movimientos baptistas, que se multiplican en torno a nuestra era, provienen en su mayoría de una desviación doctrinal profunda que separa del verdadero judaísmo. Es cierto que los judíos bautizaban, pero se trataba puramente de un rito de iniciación, reservado a los prosélitos que se convertían. Los baptistas, por su parte, administran el bautismo, no a los convertidos provenientes de la gentilidad, sino a judíos de pura raza que quieren «convertirse», en el sentido espiritual de esta palabra. De hecho, los baptistas consideran a sus propios correligionarios como impuros, lo mismo que los paganos. Por tanto, hay que lavarlos de sus pecados. Aquí es donde la desviación salta a la vista. En efecto, para los baptistas no es ya el sumo sacerdote ni el ceremonial del *Kippur* lo que perdona los pecados, sino el simple agua bautismal acompañada de un retorno del corazón. Negar el efecto salutar de un rito impuesto por la Ley y reemplazar, por la propia autoridad personal, este rito por otro, eso es lo que resulta chocante y profundamente herético.

Tal es, no obstante, la práctica de Juan, que tiene un gran éxito entre la muchedumbre. El bautismo de Juan se distingue claramente de las múltiples abluciones de los esenios de Qumrán. En el monasterio, no se trataba más que de un simple lavado —cada uno se lavaba a sí mismo— en vistas a la pureza ritual, Juan lo dispensa él mismo a los otros, para significar y conferir la pureza del corazón, este nuevo bautismo está ligado estrechamente a una renovación de la actitud moral del bautizado y se inserta en una esperanza escatológica. El Mesías va a venir y hay que estar preparado. Este bautismo no tiene sentido sino en relación con el Reino que se anuncia, es el sello con el que son marcados los elegidos.

Todavía hay otra diferencia que separa las abluciones de Qumrán del bautismo de Juan. Este no conduce en modo alguno a la vida en un recinto cerrado, lejos de las perversidades del mundo. Cada uno es invitado a conducirse justamente (Lc 3, 7-14) en el oficio que ha elegido. En cuanto al Bautista mismo se refiere, lleva la vida de un profeta, ascético e itinerante, que no teme mezclarse con la muchedumbre, mientras que los esenios, tan puntillosos en materia de pureza, se mantienen a distancia de todos los pecadores, asimilados por ellos a los leprosos.

Los hemerobaptistas tienen de particular, nota Epifanio, que «tanto en primavera como en otoño, en verano como en invierno, se bañan todos los días, de ahí el nombre de hemerobaptistas. Pretenden, en efecto, que el hombre no puede vivir de otro modo que bañándose cada día en el agua, para lavarse y purificarse de toda falta». Así pues, entre ellos, el gesto se debe repetir cada día, en Juan, se da de una vez para siempre, en espera de que el Mesías venga a aportarle un complemento indispensable: el Espíritu de Dios.

Las prácticas baptistas, al pretender conferir a todo hombre de buena voluntad la remisión de los pecados y la santidad interior, debían irritar profundamente a los saduceos, que veían en ellas la negación de uno de los privilegios del sumo sacerdote, y en la misma medida también a los fariseos, que no podían tolerar tales alejamientos en relación a la Ley. Sólo los pobres, los pequeños, los despreciados (publicanos y mercenarios, por ejemplo) podían salir al encuentro de Juan con el corazón en fiesta, porque se sentían comprendidos y acogidos. Además, la gente sencilla tiene con frecuencia un sentido de la gracia que no se encuentra siempre en los manuales de teología.

Sea como fuere, es preciso reconocer que la tradición es unánime en atestiguar que la primera acción pública de Jesús fue irse a orillas del Jordán, allí donde bautizaba Juan (cf Hch 1, 22). El cristianismo, desde su punto de partida, adopta un aspecto herético muy característico. Mas tarde, vemos al mismo Jesús administrando el bautismo a su vez (Jn 3, 22, 4, 1, al que la corrección del v 2 no cambia nada), al tiempo que no le vemos subir a Jerusalén para el *Kippur*, al contrario. Jesús, al parecer,

deja ir a sus discípulos a esta fiesta, pero no se reúne con ellos más que después de la ceremonia (cf. Jn 7, 1-10).

Juan el Bautista había renunciado al monacato qumraniano, prefiriendo un ministerio profético al aire libre que todo el mundo pudiera oír. Jesús va más lejos aún. No espera a que vengan a él, sino que él mismo va al encuentro de todos los pecadores que pueda encontrar en su camino. Además, no tenemos ningún indicio que nos autorice a pensar que Juan dirigiera asimismo su bautismo a mujeres, al tiempo que nosotros conocemos la importancia del ministerio de Jesús en el mundo femenino.

Yendo junto a Juan desde el primer día de su propia entrada en el ministerio, Jesús hace aparecer algunas verdades inesperadas. El Mesías afirma su voluntad de ser puro de todo pecado, no gracias a una liturgia oficial, sino a través de la aceptación de un gesto profético que sella la conversión definitiva. De este modo, se inscribe en una línea muy contestataria con respecto a todas las tendencias que componen el judaísmo ortodoxo y, de manera singular, en relación con las que están más ligadas al Templo de Jerusalén. Por último, manifiesta su preocupación por no apartar a nadie de su predicación y de hacer posible a todo el mundo la entrada en la Alianza nueva.

2. Los meristas

Se trata aquí de una facción cuya herejía es de naturaleza doctrinal (y no ritual, como era el caso de los baptistas). Los meristas adoran a Yahvéh, pero personalizan de manera excesiva tanto el nombre como los atributos de Dios; llegando incluso a convertirlos en entidades «separadas» —en griego *merizô*, de donde procede su nombre— e independientes. Un escrito egipcio de la época refiere que «algunos judíos afirman que no hay más que un solo Dios, y otros que varios». Las especulaciones teológicas de los meristas les hacen pasar así por politeístas a los ojos de los profanos.

Los avances de la angelología no son, por otra parte, extraños a la formación de esta corriente de pensamiento. El ángel *Yahoel* —el pequeño Yahvéh—, que mencionan algunos textos apocalípticos de comienzos de nuestra era, resulta interesante a este respecto. Su nombre está formado sobre el tetragrama divino, que los escritos griegos transcriben a menudo como *Yaho*. El *Apocalipsis de Abraham* da testimonio de la importancia del nombre: «Yo he sido llamado Yahoel en virtud del nombre inefable que mora en mí.»

Como se ve, las fronteras entre monoteísmo y politeísmo, incluso en Israel, son más difuminadas de lo que nos imaginamos con frecuencia. La existencia de esta secta muestra, entre otras cosas, la gran permeabilidad de ciertas zonas del judaísmo a las filosofías paganas e incluso a espe-

culaciones de tipo gnóstico. Anotemos, por último, que no se habla nunca de estos meristas en el Nuevo Testamento, tampoco de los genistas, muy próximos a los anteriores, puesto que practican el mismo tipo (*genos*) de teología.

3. Helenos y helenistas

Los helenos, o helenistas —ambas designaciones son casi sinónimas—, son judíos que no sólo hablan griego, sino que viven también a la griega en muchas cosas. Esta imitación deliberada entraña una fuerte atenuación del rigor de los mandamientos y prohibiciones, que pesan sobre las relaciones entre Israel y los gentiles. Los helenistas rehúsan este tipo de segregación y, por lo tanto, se separan en más de un punto de la Torah, lo que no les impide en modo alguno sentirse buenos creyentes, que tienen acceso al Templo y al culto, por los que no sienten, además, una estima desmesurada. Se trata, pues, de gente abierta, cultivada, que han aprendido a vivir en las grandes ciudades de la Diáspora, donde su fe se ha visto confrontada con costumbres e ideas muy diversas.

Algunos de ellos han regresado a vivir en Jerusalén, donde siguen hablando griego y donde parecen tener su propia sinagoga. Como están abiertos, aunque con discernimiento, a las ideas nuevas, oyen hablar de Jesús y su mensaje les gusta por su nota universalista. Muchos de ellos se convierten, pero el bautismo que han recibido no les coloca, a pesar de todo, al mismo nivel que los verdaderos judíos, los hebreos convertidos (Hch 6, 1). Los Doce tendrán en cuenta sus murmullos de protesta y confiarán cargos importantes a siete helenistas, que llevan todos ellos, como es natural, nombre griego: Esteban, Felipe, Prócoro, Nicanor, Timón, Pármenas y Nicolás (Hch 6, 5).

Estos cristianos de origen helenista fueron los primeros en sacar todas las consecuencias de la predicación de Jesús. Mientras que los Doce y los hebreos convertidos continúan frecuentando asiduamente el Templo, los helenos bautizados viven su espiritualidad basada en aquellas palabras de Jesús según las cuales el Templo debía ser destruido y reemplazado por el Templo de su cuerpo resucitado. Esto es lo que parecía predicar Esteban en las discusiones que mantiene con otros judíos de la Diáspora instalados en Jerusalén (Hch 6, 8-14). En estas condiciones, no tiene nada de extraño que fueran los helenistas cristianos los primeros en incurrir en las iras del Sanedrín. El discurso que mantiene Esteban delante de esta asamblea muestra de modo claro que, para él, está consumada la ruptura entre el cristianismo y el Templo «hecho por mano de hombre», esto es, y siguiendo la terminología bíblica, idólatrico (7).

La lapidación de Esteban fue así la primera represión sangrienta contra los cristianos. No llegó hasta los Doce, que doblaron la cabeza esperando que pasara el temporal; no afectó más que a los helenistas bautizados que, viendo la amenaza, se dispersaron (8, 1.4). ¿Adónde podían ir, con la seguridad de ser bien recibidos, sino a casas de gente que no tuvieran nada que ver con el Templo de Jerusalén? Primero, los samaritanos y, luego, los paganos fueron los anfitriones privilegiados de los helenistas perseguidos. Delante de tales auditorios, podían anunciar impunemente la destrucción espiritual del santuario de Jerusalén y su sustitución por el Mesías, muerto pero resucitado.

A los helenistas, a esos hombres de ideas amplias y generosas, debe el cristianismo su primera expansión fuera de los muros de la capital y fuera de las provincias de la tierra judía. Con el concurso ilustrado de los helenistas, la «herejía» cristiana se definió con mayor precisión y se extendió, derribando una frontera tras otra.

4. Los nasareos u observantes

Estos, asentados en la región de Galaad y Basán, al este del lago Tiberíades, en plena tierra pagana, se distinguen por una serie de particularidades muy características. Su nombre viene del vocablo hebreo *n s r*, que significa «observar». Practican la circuncisión, celebran los sábados y las fiestas y reconocen en Moisés y en los patriarcas nombrados por el Pentateuco a los representantes de la religión auténtica. Pero, aunque admiten que Moisés ha recibido la Ley divina, rechazan el Pentateuco y niegan que la Ley verdadera sea la que en él se encuentra consignada. A su modo de ver, el Pentateuco ha sido cargado con una cantidad de elementos que no son ni primitivos ni revelados. Así, no ofrecen sacrificios sangrientos y son vegetarianos. Disponen probablemente de una versión expurgada de la Torah. En suma, se sitúan en la misma línea que los helenistas, pero van mucho más lejos. Aquí nos encontramos en presencia de una herejía de carácter exegetico y ritual. Ésta entraña, como es natural, un rechazo incondicional del Templo de Jerusalén.

La existencia de este grupo resultó favorable a la expansión de la herejía cristiana, que profesaba algunos puntos comunes. Se produjo además un fenómeno lingüístico, que unió a las dos sectas de los nasareos y de los nazarenos, que era como llamaban a los primeros cristianos (Hch 24, 5). Cuando el fanatismo zelota emprendió la guerra abierta contra el ocupante romano, los cristianos de Jerusalén, que no se preocupaban de este episodio político, para ellos superado, se marcharon y se fueron a vivir a la región de Pella, esto es, en pleno centro de las tierras nasareas. Cristianos y nasareos reconocieron, sin tardanza, tener afinidades

y se llevaron bien; muchos de estos últimos se convirtieron además a la fe nueva. De estos nasareos convertidos debía surgir, un poco más tarde, una forma particular de judeo-cristianismo: el ebionismo (del hebreo *ébiyón*, pobre), tema sobre el que no podemos extendernos aquí.

El Nuevo Testamento no habla de la secta de los nasareos, pero nos es conocida por otros documentos. No obstante, se lee en Mc 13, 14-16 una invitación apremiante dirigida a los cristianos para que se vayan de Jerusalén, cuando se haga evidente la profanación del Templo. En ese momento, será prudente huir «a las montañas», lejos de Judea, lo que constituye una alusión, apenas velada para los lectores de la época, a Pella, donde todo el mundo sabe que los cristianos han echado raíces desde los años 67-69. El texto paralelo de Lc 21, 20-23 pretende ser más explícito para los lectores de origen pagano: no habla de la introducción en el Templo de *la abominación de la desolación*, sino de la invasión de la capital por los ejércitos. Según Marcos, Jesús recomienda a sus discípulos que oren para que su huida no tenga lugar en invierno, a lo que Mt 24, 20, que sigue siendo muy judío, añade «ni en día de sábado». En realidad, sabemos que el asalto final contra Jerusalén tuvo lugar en agosto y que la toma de la ciudad concluyó a comienzos del otoño del año 70.

Bueno será, por último, recordar los episodios evangélicos que tienen como marco «la otra orilla del lago» (cf. Mc 5, 1; 7, 31; etc., y par.), que tienen como protagonistas a las poblaciones medio-judías medio-paganas de la Transjordania septentrional. Saber que Jesús había pasado por allí, que había curado a muchos enfermos y posesos, que también allí había instituido al primer misionero pagano de su evangelio (Mc 5, 18-20 y par.), debía suponer una confortación para todo el mundo.

D. LOS CISMÁTICOS

Los samaritanos

El cisma es una ruptura oficial y consumada con la Iglesia de origen. Según esta definición, los samaritanos son cismáticos y son considerados como tales por todo creyente en Israel. Una larga historia ha conducido a esta situación, que, en tiempos de Jesús, había llegado a una especie de paroxismo. Es preciso que recordemos algunos puntos de esta historia.

A la muerte de Salomón, las doce tribus se dividen en dos reinos. El del Sur, el reino de Judá, tendrá como capital Jerusalén y permanecerá fiel a la dinastía davídica; el del Norte, el reino de Israel, tendrá finalmente, tras unos cuantos ensayos, a Samaría por capital, donde reinarán toda clase de cortas dinastías, llegadas al poder a fuerza de golpes de estado y de asesinatos de todo tipo. Existía ya, pues, un cisma político y, teológicamente, una parcelación condenable de la Tierra prometida: los primeros odios vienen de ahí.

El año 721 fue barrido del mapa el reino de Israel por los buenos oficios del monarca asirio Sargón II. Este deporta a la población autóctona, no dejando más que a algunos campesinos insignificantes; por contra, coloniza el país conquistado implantando en él cinco tribus orientales, que se instalan con sus dioses respectivos (2 R 17, 19-33). Se instaura el sincretismo religioso y Yahvéh es colocado, en el culto, en el mismo plano que los ídolos extranjeros. El odio sigue creciendo.

El año 587 le toca a Judá el turno de partir a la cautividad, pero sólo durante un tiempo limitado. Cuarenta años más tarde, el 538, Ciro firma el decreto de retorno y autoriza la reconstrucción del Templo (Esd 1, 1-4). Se emprende esta y, enseguida, viene la gente de Samaria a ofrecer su colaboración, pero son rechazados con arrogancia, lo que está lejos de apaciguar las relaciones (Esd 4, 1-3). Ahora se vuelve completamente imposible para los samaritanos frecuentar el Templo del que han sido rechazados y, a partir de entonces, se construyen el suyo, en la cima del monte Garizim, poco antes de la conquista del país por Alejandro el Magno. El cisma religioso está consumado y el odio llegará a su colmo cuando un accidente histórico vino a alimentarlo todavía más.

A mediados del siglo II antes de nuestra era se desarrolla la epopeya macabea. Una vez conseguida la victoria, conviene aún consolidarla mediante operaciones de limpieza. El asmoneo Juan Hircano se prepara para ello y, en sus hazañas militares, se permite destruir sistemáticamente el templo samaritano del Garizim (129 antes de Cristo). Privada de su santuario, la muy mezclada población de Samaria no subirá, sin embargo, a Jerusalén: celebrará su Pascua y sus fiestas en medio de las ruinas, práctica que sigue estando viva todavía entre las cerca de trescientas familias samaritanas que subsisten.

Judíos y samaritanos son, pues, hermanos enemigos, tanto en el plano político como en el religioso. Paradójicamente, fue el pagano Herodes el Grande quien se esforzó por jugar el papel de conciliador casándose con una samaritana, Maltace. La cosa la toman muy mal los judíos, al tiempo que los samaritanos se ofenden por este desdén. Como medida de represalia, un comando procedente de Samaria viene a Jerusalén, en plena fiesta de la Pascua, a echar huesos humanos sobre la esplanada del Templo, volviendo impuro todo el ceremonial. Esto sucede entre los años 6 y 9 de nuestra era. Jesús era entonces un joven adolescente, el cisma entre ambas comunidades salidas del Pueblo de la alianza se ha vuelto irreparable.

Desde entonces los samaritanos son considerados como extranjeros, como idólatras, más despreciados aún que los paganos, porque estos no han recibido la Ley. Los samaritanos formaban parte de la heredad de Jacob, pero se han hecho indignos deliberadamente de esta ascendencia. queda prohibido acercarse a ellos bajo cualquier pretexto. Aunque reconozcan el Pentateuco —si bien sólo estos cinco libros—, son asimilados

a los paganos, con esta restricción además. ni siquiera por conversión pueden tener acceso al judaísmo.

Este repaso de la historia, incesantemente envenenada, de las relaciones entre judíos y samaritanos explica bastante bien la profunda resistencia de Jesús a frecuentar a estos últimos, prohibiendo a sus misioneros la penetración en esa región (Mt 10, 5), lo que contradice ostensiblemente Lc 9, 52, por las razones que diremos. Por lo demás, la expedición fue de corta duración: ya en el primer pueblo fueron rechazados los discípulos «porque tenían intención de ir a Jerusalén» (v 51). A estos no les queda entonces sino pedir a Jesús autorización para hacer bajar fuego del cielo que consuma a estos pueblos (v 54). Jesús se contenta con dirigirles una reprimenda, sin más explicaciones.

En realidad, como ya hemos visto, la penetración del cristianismo en Samaria fue obra de los helenistas convertidos. Lucas y Juan, en sus respectivos evangelios, anticipan esta misión fructuosa, el primero a través de toda una serie de retoques, el segundo con ayuda de la larga parábola de la conversación con la samaritana, la esposa de los cinco maridos, idénticos a los cinco falsos dioses mencionados más arriba, a propósito de la colonización asiria del reino de Norte. Resulta fácil reconocer en Jn 4, 7-15 el tema de los desposorios ofrecidos sobre el pretil de un pozo —una escena muy veterotestamentaria (Gn 24, 10-21, entre otros)—, en los versículos que siguen a continuación viene el recuerdo de la tan mezclada fe que reina en esa región (vv 16-19) y, por fin, la alusión, menos velada, a la rivalidad entre los dos templos de Jerusalén y del Garizim (vv 20-24). Los apóstoles, de regreso del mercado, oírán decir que la mies está madura: «Yo os he enviado a segar lo que vosotros no habéis trabajado». Se recuerda, en efecto, que Pedro y Juan no hicieron, en Samaria, nada más que cosechar lo que la predicación de Felipe había sembrado (Hch 8, 5-17).

Lucas es el escritor del Nuevo Testamento que muestra más estima por Samaria. Es el único que da la orden de evangelizarla y también el único que pone esta orden en labios del mismo Resucitado (Hch 1, 8). Se felicita de que esta Iglesia goce de paz (Hch 9, 31). Esta simpatía se refleja en el evangelio escrito por su pluma. Como hemos visto, presenta ya una tímida incursión en esta región (Lc 9, 52-55). Todavía Lucas, y sólo él, se complace en subrayar que el único de los diez leprosos purificados por Jesús, que viene a darle las gracias, es un samaritano (Lc 17, 16).

Pero el tercer evangelista es todavía más célebre por su personalísima parábola del buen samaritano (Lc 10, 30-37). Tras haber esbozado la sociología de la fe de Israel, es interesante que proyectemos una nueva mirada sobre esta parábola, que hace intervenir a bastantes personajes diferentes: esforcémonos ahora en identificarlos.

Un hombre baja de Jerusalén hacia Jericó, en el camino es atacado por unos salteadores, que le dejan medio muerto al borde del camino. Tres son los personajes que van a pasar junto a él, pero sólo el tercero se preocupará por él. Comencemos por el sacerdote. Sociológicamente se trata de un

saduceo y la crítica implícita rebasa al personaje concreto para alcanzar a la casta esta se burla del moribundo Viene, a continuacion, el levita, que seguramente es fariseo las preocupaciones legalistas de esta secta le impiden contraer mancha alguna, y sigue su camino Los salteadores que han llevado a cabo el golpe a mano armada no pueden ser más que zelotas, acostumbrados a este tipo de ejercicios Tambien estos, de manera siempre implícita, y en compañía de fariseos y saduceos, son objeto de la misma reprobación En cuanto a la víctima, se observa que no subia a Jerusalén sino que bajaba de allí, sin duda despues de haber hecho allí algun negocio y reabastecido su bolsa Constituye una buena presa para los zelotas, que se dedican, a renglón seguido, a desgarrar sus vestidos, abandonando a su víctima casi desnuda Estos detalles corresponden bien a la cualidad de esenio del viajero Este ha subido a Jerusalem, desde Qumrán, a vender dátiles o tejidos, cacharros de alfareria o cestos, fabricados por la comunidad Baja de nuevo con el dinero de la transaccion, es atacado y, para impedir que de la alerta, los zelotas desgarran sus vestidos, porque saben que estos son los garantes exteriores de la pureza ritual en el monasterio De este modo, la parábola denuncia implícitamente las principales tendencias del judaísmo ortodoxo (saduceos, fariseos y zelotas), pero se apiada del esenio hostile al Templo

Es un samaritano el que, a fin de cuentas, realiza un acto de verdadera caridad No se trata de una casualidad En Israel, se reconoce a un hombre y el lugar al que pertenece en los vestidos que lleva El samaritano, a priori tambien hostile al Templo de Jerusalem, se ocupa espontaneamente de un enemigo tradicional —un judío— con el que, a pesar de todo, tiene un punto en comun, y un punto de importancia De hecho, la parabola conduce a unir a dos hombres, el herido y el que le presto socorro, en un mismo punto doctrinal, el mismo punto que define en buena parte la fe cristiana ¡Ojalá sienta, pues, el judío esenio que el samaritano ha sido su prójimo, y ojalá acepte la víctima ser el prójimo de este extranjero cismático!

No cabe duda de que el panorama que acabamos de presentar de la sociología de la fe en Israel es incompleto Existían aún otras muchas tendencias que no hemos mencionado Habían muchas escuelas y grupúsculos poco influyentes No obstante, las sectas que hemos descrito deberían bastar para situar mejor a Jesús y la originalidad de su predicación en medio de su Iglesia

CONCLUSIÓN

Hemos sobrevolado a gran velocidad el Imperio romano y sus provincias del Oriente medio. Hemos considerado de manera más detenida ciertos medios de Palestina, arquitectónicos o sociales. ¿Ha cambiado la imagen de Jesús al final de este recorrido?

Posiblemente lo percibamos más como un judío, fiel a la Iglesia de su pueblo, aunque hereje y piadoso, impresionante e independiente, marginal para los tradicionalistas de su tiempo, pero profeta auténtico cuando se trata de Dios, su Padre.

Comparte con los hombres y mujeres de su pueblo algunas ideas recibidas, pero, al mismo tiempo, se libera de múltiples usos. Acepta a mujeres en su grupo, perdona a la adúltera, se dispensa del *Kippur* y expulsa los corderos fuera del Templo en vísperas de la Pascua; en general, manifiesta un interés más que mitigado por las liturgias que se celebran en su capital religiosa. Frente al poder político, no tiene nada de zelota, pero sí todo lo de un profeta. Goza, por parte del pueblo, de la consideración de un rabino, siendo que no tiene la autoridad legal. Comenta las Escrituras con una seguridad que desarma al adversario: «Se os ha dicho..., ¡pues bien, yo os digo!» Deja literalmente estupefactos a los pobres, a la gente sencilla, hace florecer el mensaje de Dios en los campos, pero se encuentra mal en la ciudad, sobre todo en Jerusalén, donde escandaliza e indigna a los que piensan con las categorías del orden establecido.

Deja ver connivencias, que no son totales, con el medio baptista y esenio; sus evangelistas y sus misioneros dan testimonio, cada uno a su manera, de la abolición de las fronteras por el Maestro, ya se trate de los samaritanos, de los publicanos o de los incircuncisos. No cabe duda de que ha nacido un mundo nuevo y que llevará años descubrirlo: ¡Nosotros aún no lo hemos logrado!

Al hilo de este recorrido, demasiado rápido, nos ha sido posible comprender mejor la profunda originalidad de Jesucristo. Como nosotros, también él es de carne y de sangre. Fue fruto de una educación recibida

de padres judíos, galileos sin duda, y probablemente conformistas. A la edad de treinta y cuatro o treinta y cinco años tuvo el valor de abandonar su pueblo y marcharse a escuchar a un pariente: Juan el Bautista. Después, comienza su ministerio de predicación para anunciar cosas nuevas —la Buena Nueva— y encarnar esta en actos inéditos, que recuerdan mucho las audacias de los antiguos profetas. El desmarque respecto a su Iglesia no carece de significación, pero no quiero sacar de ello ningún ejemplo ni ninguna conclusión: este libro no es ni un tratado de apologética, ni un manifiesto. Corresponde a cada creyente precisar, día tras días, año tras año, cómo se sigue siendo, o cómo se llega a ser, «el discípulo que Jesús amaba».

BIBLIOGRAFÍA

La bibliografía sobre un tema como este, qué duda cabe, es inmensa, pero de un acceso poco fácil. Elaborar la lista de los autores antiguos a los que es preciso recurrir, hacer el inventario de las ediciones de los escritos judíos indispensables, confeccionar un catálogo de los artículos monográficos sobre algún punto concreto, todo esto no sería, a fin de cuentas, de gran utilidad, pues serían raras las personas que tuvieran acceso a esta documentación. En consecuencia, me limitaré a unos cuantos títulos.

Dos son las obras fundamentales. La primera es la de E. SCHÜRER, *Geschichte des jüdischen Volkes im Zeitalter Jesu Christi*, citada generalmente o bien en su segunda edición (1886-1890), o bien en su tercera/cuarta edición (1901-1909). Como es evidente, después de tres cuartos de siglo, se han llevado a cabo inmensos progresos en este campo. Tenemos la suerte de poseer ahora una traducción inglesa, enteramente puesta al día, de este trabajo de base. He aquí su referencia bibliográfica completa: EMIL SCHÜRER, *The History of the Jewish People in the Age of Jesus Christ 175 B.C.-A.D. 135*, a new english version revised and edited by Geza Vermes & Fergus Millar. Edinburg, T. & T. Clark Ltd, 2 vol. de XVIII + 614 p. y XVI + 606 p., 1973 y 1979; todavía está por aparecer un tercer volumen de índices y de tablas. Este monumento proporciona una amplísima bibliografía sobre cada tema que trata y brinda asimismo las referencias necesarias a los autores antiguos, tanto judíos como paganos. Es la «Biblia» del tema tratado en este modestísimo trabajo.

La segunda obra es la de J. JEREMIAS, *Jerusalén en tiempos de Jesús*, Cristiandad, 1977 (abundante bibliografía).

Sobre temas afines a los aquí tratados puede consultarse: A.M. ARTOLA, *La tierra, el libro, el Espíritu*, DDB, Col. Temas Bíblicos; y también: PENNA, *Ambiente histórico-cultural de los orígenes del cristianismo*, DDB, Col. Temas bíblicos.

Las cuestiones jurídicas, poco tratadas aquí, podrán ser completadas de modo útil por el libro de Ramón SUGRANYES DE FRANCH, *Études*

sur le droit palestinien à l'époque évangélique, Friburgo, Librairie de l'Université, 1946, 143 p.

De fácil acceso es la obra de M. SIMON, *Les Sectes juives aux temps de Jésus*, París, P.U.F., 1960, 139 p., lo mismo que J. NEUSNER, *Le Judaïsme à l'aube du christianisme*, coll. «Lire la Bible», n.º 71, París, Cerf, 1986, 169 p.

Puede leerse asimismo, aunque con discernimiento, el estudio de O. CULLMANN, *Jesús y los revolucionarios de su tiempo*, Herder, 1980, 3.ª ed.

Se presenta una muy buena documentación sobre los últimos días de Jerusalén en P. PRIGENT, *La Fin de Jérusalem*, Neuchâtel, Delachaux et Niestlé, 1969, 158 p.

Sólo por hacer memoria, dado lo evidente que resulta su uso, citaré los numerosos diccionarios bíblicos de todos los formatos, que pueden consultarse en cualquier biblioteca un tanto especializada en el campo teológico y bíblico.

Es asimismo interesante el libro de R. ARON, *Así rezaba Jesús de niño*, DDB, 1988.

Por último, recordemos también la existencia de numerosos atlas bíblicos, que, además de la geografía, incluyen muy a menudo explicaciones interesantes sobre las realidades de la vida palestina en tiempos de Jesús. En este capítulo señalaremos en especial J. BRIGHT, *La historia de Israel*, Desclée De Brouwer, Bilbao, que incluye la colección de mapas de la «Westminster Historical».

ÍNDICE

Preámbulo	7
Capítulo I. EL IMPERIO ROMANO	9
A. Cronología sumaria	11
B. Una ojeada sobre el Imperio	16
1. La sociedad en general	16
2. Economía	18
3. Los transportes	20
Capítulo II. LA PALESTINA EN EL IMPERIO	21
A. El Oriente abigarrado	23
1. Un mosaico de reinos	23
2. La situación en Judea	24
B. La autoridad romana	28
1. Disposiciones generales	28
2. La fiscalidad	29
3. La libertad religiosa	33
Capítulo III. LA ECONOMÍA DE PALESTINA	35
A. La vida en la provincia	37
1. Agricultura	37
2. Ganadería, pesca y salazones	46
B. La vida en Jerusalén	50
1. Situación general	50
2. Industrias secundarias	52
3. Abastecimiento	54
4. La construcción	55
5. Turismo	56
Capítulo IV. PASEO POR JERUSALÉN	59
A. Topografía general de la ciudad	61

B. Parajes y monumentos	62
C. El Templo de Jerusalén	69
Capítulo V. JERARQUÍA DE LA SOCIEDAD JUDÍA	77
A. El clero	79
1. El alto clero	79
a. El sumo sacerdote	79
b. El jefe de la guardia del Templo	82
c. Los vigilantes del Templo	83
d. Los tesoreros	84
e. Los jefes de sección	85
2. El bajo clero	85
a. Los sacerdotes	85
b. Los levitas	87
B. El laicado	88
1. La aristocracia	88
2. Los ricos	89
3. Escribas e intelectuales	90
4. La clase media	93
5. Los pobres	94
6. La mujer	96
7. Los esclavos	104
C. Los paganos	106
Capítulo VI. SOCIOLOGÍA DE LA FE DE ISRAEL	109
A. Las múltiples tendencias de la Iglesia unitaria	111
B. Las agrupaciones espirituales	112
1. Los saduceos	112
2. Los fariseos	113
3. Zelotas y galileos	116
4. Los esenios	119
C. Las desviaciones heréticas	122
1. Baptistas y hemerobaptistas	122
2. Los meristas	124
3. Helenos y helenistas	125
4. Los nasareos u observantes	126
D. Los cismáticos	127
Los samaritanos	127
CONCLUSIÓN	131
BIBLIOGRAFÍA	135
PLANOS:	
— De Jerusalén	65
— Del Templo	71